

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

168

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 16 - 22 junio 1957 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il Epoca - Número 44

UNA CUENTA FAVORABLE A NOVENTA DIAS VISTA



CIENTOS MIL MILLONES DE
PESETAS, BALANCE
DEL CAMPO ESPAÑOL

Una «F» en el castillo de Sos (pág. 10) * Entrevista con María José Simó (pág. 17) * A remo, vela y motor por la costa asturiana (pág. 21) * El último viaje del «Dragón Rápido» (pág. 26) * Diego Sevilla Andrés habla de Canalejas y su tiempo (página 29) * ¿Se mueve la tierra sobre la tierra? (página 32) * «Adonis y el alfabeto», por Aldous Huxley (pág. 46) * Dos barcos a pique en el puerto de Tánger (pág. 49) * Mano a mano de Joselito y Greta Garbo en las Ventas (pág. 53)

«La muerte no separa», novela por Carmen Nonell (página 38)

LA COSECHA, EN CAMINO

La verdad y la ficción



La verdad es que las manos no son el cisne, aunque la sombra lo finja a maravilla.

De igual forma, la Primavera nos brinda la ficción de una Naturaleza florecida y templada que muchas veces no coincide con la áspera realidad.

Las sombras chinescas primaverales afectan a nuestra salud.

En definitiva son engaños contra los que debemos prevenimos tomando "Sal de Fruta" ENO, única verdad capaz de mantener nuestro organismo en condiciones fisiológicas normales, cualesquiera sean las ficciones de la estación.

"SAL DE FRUTA" ENO

MARCAS

REGIST.

REFRESCANTE. DEPURATIVA. ESTIMULANTE

Cerca de un siglo de consumo en todos los países avala la excelencia de la "Sal de Fruta" ENO, bebida efervescente y refrescante que sin ser medicamento, depura la sangre y estimula las funciones orgánicas. En forma concentrada y conveniente posee muchas de las propiedades de la fruta fresca y madura.



Adquiera el frasco grande. Resulta más económico.

DARD

Laboratorio FEDERICO BONET, S. A. - Edificio Boneco - Madrid

UNA CUENTA FAVORABLE A NOVENTA DIAS VISTA

CIENTOS DE MILLONES DE PESETAS, BALANCE DEL CAMPO ESPAÑOL

LA COSECHA, EN CAMINO

PARA los agricultores españoles, en la primavera de 1957 ha llovido a gusto de todos. Esta húmeda primavera española, con su mojado mes de mayo en todas las fechas y en casi todos los lugares, y su pluviosa última decena de abril ha traído para el campo español la mejor firma que al esfuerzo de los hombres haya podido echar la meteorología.

No hay campo en Europa entera más duro, más áspero, más desigual que el terruño hispano. Las peores arrugas de Europa aparecen de los Pirineos para abajo: ásperas sierras, pelados altozanos, calcinados alcores, pendientes roquedas; no hay extensión que merezca el nombre de ello, que pueda ser asimilada a las lisas planicies francesas, flamencas o alemanas. Si el gran esfuerzo que los hombres españoles han realizado en sus cam-



El trigo, en la mano y sobre el campo, guarda, dorado, el calor del sol y el jugo y gracia de la tierra





Huertos, viñedos y frutales dan la cara, clara y alegre, a una recolección abundosa en la casa campesina

Los arrozales levantinos cuajan el fruto que Dios y el quehacer del hombre van ayudando a sazonar

pos en estos veinte años últimos hubiera sido invertido, en la misma cantidad de energía, en otros países de mejor suelo, éstos serían vergeles puros en el más noble sentido del vocablo.

Pero los campesinos españoles son duros, tenaces y resistentes como la tierra misma. Y ahí está, firme y clara, la acción de su voluntad y de su trabajo. Nunca España llegó, como ahora, a consumir tantas toneladas de abonos, a disponer de tantos tractores, a contabilizar tantas hectáreas de regadío, a utilizar tantos quintales de semillas selectas. El cerebro—el Ministerio de Agricultura—y el brazo—el campesino español—han hecho posible que nuestra coyuntura agrícola, sin haber alcanzado su óptimo, haya podido cubrir los riesgos mínimos de la anormalidad. Y si el tiempo, como ahora ayuda, las cosechas en su totalidad son la mejor expresión real al desvelo, al

esfuerzo y a la preocupación de los hombres.

En el campo se han suavizado las variaciones, y las pérdidas de antaño se han ido convirtiendo, poco a poco y en lo posible, en beneficios. Unos beneficios que, a medida que pasen los años y los proyectos dejen de serlo, habrán alcanzado el alto nivel de la mejor agricultura.

CERCA DE LOS CIENTO MILLONES DE PESETAS

Si el año pasado el valor total de la cosecha agrícola alcanzó muy cerca de los ochenta y cinco millones de pesetas, este año dicha cifra rondará el tope de los cien mil. Ello se debe a la unión de precios más positivos junto con la obtención de mejores rendimientos unitarios en los cultivos. En el magnífico estudio realizado por vez primera en España por el Servicio de Estadística

del Ministerio de Agricultura acerca del producto neto de la agricultura española, puede observarse este favorable alza. En 1955, dicho producto neto, incluido lo ganadero y forestal, alcanzó los 72.000 millones de pesetas; hoy llegará a los 85.000 millones de pesetas. Hay que tener en cuenta que el producto neto es lo que resta del valor total, deducidos gastos y amortizaciones. Debe destacarse que la proporción de gastos, con relación al Producto Final Agrario, es sólo del 11 por 100, lo que indica que nuestra agricultura depende muy poco de economías externas.

El gran secano andaluz ha sido uno de los más favorecidos con las lluvias caídas. Las siembras de cereales y leguminosas de otoño principalmente en Huelva y Jaén, muestran mejor aspecto vegetativo que el pasado año por esta época; en Sevilla vegetan bien los garbanzos y las siembras

de cereales han mejorado muchísimo con el agua recibida; por Cádiz, las leguminosas superarán la cifra del año anterior, y solamente en Córdoba las lluvias, que fueron menores, han hecho que en cereales las perspectivas sean iguales tan sólo a las de la cosecha pasada.

Esto en cereales andaluces, que es importante; pero más importante todavía en los cálidos campos del Sur, es el olivar. Los olivares gaditanos, los cordobeses, los onubenses, los malagueños y los sevillanos presentan una floración inmejorable; tan sólo los olivares de Jaén están algo retrasados. Afortunadamente, la cosecha aceitunera presenta unas favorables perspectivas. Los cuidados, los anticriptogámicos—esas fumigaciones aéreas del Servicio de Plagas contra el Campo—, los abonos, los desvelos de los hombres, se lo merecen.

La vid, por su calidad, tiene en

Andalucía gran importancia. Si en Córdoba los cereales se presentaban algo atrasados, el viñedo, en cambio, ha brotado muy bien. Esto si que lo saben, y se alegran, por los pagos generosos de Moriles, de Montilla, de Rute, de Lucena. Al viñedo de Huelva le pasa lo mismo. E igual al de Almería. La exportación para el futuro se presenta optimista. Por los pagos de Jerez la noticia también se ha celebrado.

Y así está el campo andaluz. Además, buenos son los habares de Granada, buenos los rendimientos de patata temprana en Málaga e inmejorable la floración de los naranjos de Almería. Los ataques de «roya» a las habas de Cádiz no son factor negativo considerable en esta límpida panorámica del campo andaluz, húmedo en la primavera como nunca casi lo estuvo.

En el centro de España, Castilla y sus brazos, Extremadura y

Aragón. Unos brazos centuplicados en agua futura. El Plan Badajoz por un lado; el canal de Los Monegros por otro. Cuando estén terminados por completo no habrá necesidad de alzar los ojos al cielo, si no es para dar gracias a Dios. Los dos brazos de Castilla son, en esta predicción agrícola, tal vez los más débiles de todo el panorama cosechero hispano. Pero, sin embargo, los cereales cacereños y las leguminosas pacenses superan a los de años anteriores. Cáceres ha combatido con éxito de victoria focos de langosta, y el viñedo de Badajoz ha sufrido algún daño por las heladas; pero el olivar de ambas provincias, los cereales de Cáceres—una cosecha en trigo superior en un 40 por 100 a la pasada—y los garbanzos de Badajoz dan base firme para una esperanza bien fundada.

Castilla es el centro. Un centro que hoy es totalmente distin-



El campo español presenta un aspecto prometedo en casi todos sus cultivos, gracias tanto al esfuerzo de los agricultores como a las directrices del Ministerio de Agricultura

to del de hace veinte años. Una transformación magnífica conseguida por voluntad y por constancia; una transformación que, sin embargo, no está terminada porque el campo siempre admite la mejora. Pero Castilla está conociendo, más que región alguna, el inmenso beneficio de la concentración parcelaria, milagro de la época; Castilla, por sus llanuras manchegas, ha visto surgir nuevos y artificiales ríos para sus campos; Castilla ha sentido sobre sus pedrezos el ronco trepidar de los tractores; pero Castilla también, desea más. Y el tiempo, venciendo todas las dificultades, le dará satisfacción cumplida.

Junto al agua de la tierra, el agua del cielo ha hecho que sea normal el desarrollo de los sembrados de Castilla la Vieja; que sean excelentes en Segovia; buenos, en Burgos, y acusen un cierto retraso vegetativo en Tierra de Campos; que Cuenca y Guadalajara presenten, en sus campos, un futuro como tiempo hace que no se conocía y que a tierras de León y de Salamanca

las leguminosas y los cereales lleven delantera a la vid, a los frutales, a la remolacha y a la patata temprana.

Aragón tal vez sea el brazo más débil. Mientras que en toda España la primavera ha colaborado, en Los Monegros la falta de precipitaciones ha hecho que los cereales no presenten aspecto tan crecido como en otras ocasiones. Ahora bien; esta sequía ha favorecido a los frutales aragoneses y a la patata de Huesca, que acusan, debido a ese calor, una cosecha superior a la del año pasado.

Resumen: Buena la mano derecha, superior el corazón, más débil la izquierda; pero el cuerpo, fuerte y seguro.

PLANTELES DE ARROZ Y CUADRICULAS DE NARANJOS

Levante está de fiesta, vestido de plata y oro. Plata, la del arroz; oro, el de las naranjas. Todas las levantinas provincias se han recuperado gracias a la conjura

de las ayudas estatales con los esfuerzos de los agricultores, de las heladas de hace año y medio. Los agrios, las naranjas principalmente, volverán a recorrer los momentáneos caminos suspendidos. Y la cosecha de naranjas pasará del millón de toneladas.

En cuanto al arroz, los plantales darán óptimo fruto; plantales de Valencia, de Castellón, de Sueca, de Cullera, de toda la región. Cuatrocientas mil toneladas se alcanzarán a buen seguro.

En cambio, este tiempo ayudador de la tierra, no es bueno para los frutales levantinos. Y, así, las cosechas de melocotón y albaricoque de la huerta murciana son menores que la precedente. Claro es que la disminución de esta singular partida en la cuenta general se contrapesa, con creces, con el aumento de los restantes capítulos agrícolas. Unos capítulos que se miden por millones de pesetas oro.

En Alicante ya comenzó la siega de los cereales de pienso y esperan la excelente cosecha de todos ellos en Albacete. Por otra parte, en Castellón, las habas y los



El valor neto de las cosechas españolas ascenderá a 100.000 millones de pesetas. El tiempo lluvioso de esta primavera ha colaborado a tan brillante resultado

guisantes están dando excelentes rendimientos. La plata y el oro del arroz y de las naranjas se completa así con el verde florido de los productos de la huerta.

GALICIA Y GERONA: DOS PUNTOS POSITIVOS

Del cabo de Finisterre al golfo de Rosas, la geografía de la agricultura española es grandemente positiva. En Galicia, los cereales, la patata, los pastos, los frutales y la vid de la región, son fracamente superiores, en rendimientos y en totales, a las perspectivas, por estas épocas, del año anterior. En Asturias, sólo las leguminosas y los cereales son iguales a fechas pasadas, lo demás es mucho mejor. En las Vascongadas el panorama sigue esta misma línea. En Navarra, afectada un poco su zona alta por la irregularidad atmosférica, la cosecha cerealista, junto con la de patata y frutales, presenta un optimista futuro. En Cataluña, hay abundancia de leguminosas; buena muestra del

olivar, sobre todo por Tarragona y Barcelona; escasez de agua por Lérida ya que los regadíos del canal de Aragón y Cataluña acusan la falta del líquido elemento, y una cosecha magnífica, en todos los sentidos, en Gerona.

El gran camino del Norte tiene, pues, en Galicia y en Gerona dos centros agrícolas profundamente positivos.

EL PAN NO AUMENTA DE PRECIO

Es evidente que el trigo ocupa

Lea usted
La Estafeta Literaria
Aparece los sábados

un puesto primordialísimo en nuestra agricultura, no sólo en lo que puede referirse a su consumo, sino a todos los aspectos que de su cultivo se derivan. en esta campaña afortunadamente, la cosecha, que alcanzará cuarenta y dos millones de quintales métricos, será superior a la del año pasado.

Una de las grandes preocupaciones del Ministerio de Agricultura ha sido elevar los rendimientos unitarios, no sólo en todos los productos, sino especialmente en el trigo, ya que este cereal es base económica de la gran mayoría de la población rural española, puesto que nada menos que un millón seiscientos cincuenta mil agricultores cultivan trigo, y gran parte, exceptuados ciento diez mil, realizan su trabajo sobre superficies inferiores a seis hectáreas. La España triguera es, por tanto, la España del modesto empresario, y los problemas económicos de éste son, pues, los que sobre aquella se proyectan. Ahora bien; junto a la buena noticia, junto a la buena esperanza del mayor volumen de la cosecha triguera, los agricultores

res españoles han sentido la satisfacción de ver recompensadas y atendidas sus necesidades. Así, el Ministerio de Agricultura ha tomado las medidas oportunas para que, en el nuevo precio del trigo, los cultivadores del mismo obtengan el justo beneficio, y, sin embargo, el precio del pan no haya sido aumentado. Y ello ha sido posible mediante la puesta en práctica de un reajuste en los márgenes comerciales, teniendo en cuenta, además, el volumen de existencias en poder del Servicio Nacional del Trigo y de los industriales, así como a la comprensión y apoyo del Ministerio de Agricultura, que ha facilitado los medios de Tesorería adecuados, evitando que la responsabilidad de los fondos de manobra pudiera gravar el coste total.

En el proceso intensificador del cultivo triguero en España es de justicia resaltar la labor del Servicio Nacional del Trigo. El ha puesto, siguiendo las directrices del Ministerio, a disposición del cultivador de trigo, considerables contingentes de semillas seleccionadas, y cada vez mejor adoptadas a las condiciones agrológicas de cada comarca; sin ir más lejos, la pasada campaña entregó 1.500.000 quintales métricos de semillas de tales categorías; él ha distribuido en préstamo, en el grupo de fer-

tilizantes, el año pasado, 365.000 toneladas de los mismos con un valor muy aproximado a los quinientos millones de pesetas.

Por las dos Castillas, por La Mancha, por los campos extremeños, por las tierras trigueras, pues, el principio del mes de junio no ha podido ser mejor; mejor para todos, para los hombres y para los sembrados.

LAS CUENTAS NO FALLAN

He aquí, pues, cómo esta primavera se ha sentido agricultora y ha ayudado al campesino. A este campesino español que va a obtener del campo casi cien mil millones de pesetas. Cada año el campo español ha de ser mejor, más fuerte, más próspero, más fecundo. Esto ya lo está consiguiendo con sus directrices el Ministerio de Agricultura. Cuando todas las hectáreas hayan recibido sus abonos; cuando no exista trozo capaz de utilizar un tractor sin emplearlo; cuando todas las tierras dispersas se hayan reunido; cuando el agua, humanamente hablando, llegue a todos los lugares, las cuentas del campo no tendrán un solo fallo.

Porque si ahora obtendremos, en números redondos, más de cua-

tro millones y medio de toneladas de trigo, cerca de dos millones de toneladas de cebada, medio millón de toneladas de avena, otro medio millón de centeno, casi 700.000 de maíz, cerca del medio millón de toneladas de arroz, 200.000 de garbanzos, 100.000 de judías, otras 100.000 de habas, 25.000 de lentejas, cuatro millones y medio de toneladas de patatas, tres millones de toneladas de uva, millón y medio de aceituna, 200.000 de algodón, 35.000 de tabaco, dos millones de toneladas de remolacha, tres millones de toneladas de productos horticolas, más de un millón de toneladas de naranja, etc. etc., dentro de unos años, estas cifras habrán sido considerablemente superadas, como atrás quedaron las totales de hace uno, dos o tres lustros tan sólo.

Y si ahora el campo obtiene para él 100.000 millones de pesetas, en el futuro las unidades de la cantidad habrán podido ser mucho mayores todavía.

El campo, cuando, como ahora, se le cuida, responde con el ciento por uno. Aunque, como el nuestro, necesite esfuerzo, trabajo y sacrificio.

José María DELEYTO

(Fotografías de Isidro CORTINA)



Los productos horticolas presentan en todas las vegas un aspecto inmejorable

COORDENADAS PARA LA HISTORIA

EN las últimas declaraciones del Caudillo, ya difundidas por la Prensa católica de Centro y Suramérica y de los principales países europeos, encontramos una perfecta panorámica ajustada a las realidades de la España de hace veinte años hasta nuestros días. Panorámica que recoge, expuestos con sorprendente claridad, los puntos culminantes, los ejes indispensables, sobre los que camina la Nación: aspecto religioso, cultural, político y económico, social y jurídico.

La Historia, y sus críticos y filósofos bien lo sabían, no permite que nadie la juzgue con el prisma exclusivo de lo presente, de lo actual, de lo coetáneo. Lo presente en Historia queda reducido o revalorizado según su pasado, sin circunstancia genética. No podemos enjuiciar la política, la economía o el estado general de un país, si antes no hemos reposado los ojos en el pretérito que engendró esa actualidad, porque no existe espejismo más falso que el prisma mal encuadrado del tiempo. El pasado acusa para depreciar o encomiar la obra del presente.

Para tener una idea exacta y un concepto claro del momento actual de España, siguiendo esas coordenadas, expuestas ahora por el Caudillo en sus declaraciones, hay que mirar hacia atrás. Mirar y ver los cincuenta y los cien años que, en el tiempo, precedieron a la fecha histórica en que la España de hoy renació. Ni en lo económico, ni en lo social, ni en lo cultural y naturalmente, tampoco en lo político o en lo religioso, la España de ese siglo, que es largo y tiene historia arroja el más pequeño dato positivo, la más pequeña cifra esperanzadora.

Mientras el materialismo ateo y el marxismo intentan descristianizar sistemáticamente las masas y desmoronar a la familia, con una acción abiertamente perseguidora de las creencias religiosas, los partidos políticos, tan abundantes como ineficaces por su incapacidad, su mala fe o su ignorancia, se encargaban de entretener todo intento, si es que lo hubo, de crear una política de sana cultura, de cultura extensa en lo horizontal, de crear una legislación laboral auténticamente justa, de sostener una economía nacional que ya no podía resistir tantas embestidas de abandono, de pereza, de desidia por parte de gobernantes y partidos; fueron incapaces de buscar alumbramientos de nuevas fuentes de riquezas, de encontrar nuevos mercados para los productos españoles, o al menos, de sostener los que esos productos habían conquistado sencillamente porque eran buenos. La economía nacional se derrumbaba porque no había manos que la supieran o quisieran sostener. Las manos sólo estuvieron prontas a la hora del último pillaje, del último saqueo para dejar vacías las arcas del Banco de España. El último robo, con ser de tanta valía, era más el símbolo de hasta dónde puede llegar la acción de una política sin conciencia. Aquí quedaba

España para empezar de nuevo, para renacer, sin que nadie le ayudase, sola con sus hombres de buena voluntad y su hombre providencial.

Sobrevivir, después de aquellas trágicas condiciones a que quedaba atado nuestro porvenir, era ya mucho; recuperarse, con el propio esfuerzo, era obra de gigantes; avanzar hasta despejar todas las incógnitas y crear un horizonte limpio, lleno de esperanzas, era algo más. Y ésta ha sido la labor de España en sólo veinte años. Veinte años que valen por un siglo.

Para juzgar el presente, el momento, la Historia no puede olvidar el pasado.

De la doctrina de la Iglesia, que es la doctrina de la verdad, ha tomado el Movimiento político español sus enseñanzas como base de sus programas para la mejora del pueblo: «El Estado, haciendo suyas las sabias doctrinas de las Encíclicas sociales de nuestros Pontífices, ha procurado darle forma concreta, llevando a su legislación todos aquellos objetivos que la Iglesia señala como ideales».

Desde nuestra Carta Magna del Trabajo, desde nuestro Fuero, hasta la última ley en materia laboral o social, salario familiar, Seguro de Enfermedad y de vejez, salario en los domingos y días festivos, política de viviendas baratas y salubres, exterminio del paro obrero para llegar a la ocupación total, todas las leyes que rigen las relaciones laborales y humanas entre empresarios y empleados están marcadas con la distinción y la insignia de los ideales que nuestros pontífices persiguen en la cristianización perfecta del mundo del trabajo.

Ahora el mismo Caudillo es quien anuncia el estudio de nuevas y trascendentales leyes que nos llevarán al perfeccionamiento del impuesto, a una mayor justicia en las cargas contributivas y en la distribución de las riquezas.

Es, hasta cierto punto natural, que aquellos que se cruzaron de brazos ante su impotencia y su mala fe, den hoy alaridos contra el total resurgir de España. Se apedrean los árboles que dan fruto y ellos dramatan desde su envidia o desde el remordimiento de sus conciencias. El comunismo ha creado esa nueva forma de delincuencia internacional que es la conspiración contra la vida interna de los pueblos. Nuestra Cruzada nos ha convertido en el blanco predilecto de las iras del comunismo. No podía ser menos, pero nuestra experiencia, triste y trágica, hace que estemos alertas y avisados, despiertos. «Desgraciado del que se duerma o se confíe ante el peligro». La postura intransigente de España ante las fórmulas más o menos «pacíficas» del comunismo ha servido, entre otras cosas, para dar al mundo una lección que no todos saben aprovechar.

EL ESPAÑOL

LEA USTED TODOS LOS SABADOS

"LA ESTAFETA LITERARIA"

LA ACTUALIDAD NACIONAL Y EXTRANJERA DEL MUNDO ARTISTICO Y
LITERARIO LA ENCONTRARA EN LAS PAGINAS DE



Dos notas gráficas de los actos de Sos, a los que asistió el Ministro de Educación, que aparece en una de las fotografías

LA "F" DE FERNANDO EN EL CASTILLO DE SOS

UNA VIDA NUEVA PARA
EL PALACIO DE SADA
LA VILLA DEL REY CATOLICO
EN EL GRANERO DE ARAGON

EL invierno aún no ha quedado atrás. Negros nubarrones cruzan el espacio, haciendo aquel jueves un día tormentoso y desapacible. Por el viejo camino que serpentea entre campos, uniendo Sangüesa con Sos, avanza una comitiva no muy numerosa y de aire preocupado. El camino está intransitable por las inclemencias del tiempo y la marcha es lenta, aunque quisieran hacerla fugaz como el pensamiento. Llevan en andas a una dama de aspecto añejado y grandes y expresivos ojos azules, en cuyo rostro, terso y distinguido, se advierten las huellas de los primeros dolores maternales.

Es Doña Juana Enríquez, esposa de Juan II, madre dentro de unas horas del príncipe más glorioso y excelente que jamás tuvo España.

Tres leguas de mal camino, bajo la inclemencia del tiempo, que

Una vista de la «Torre de la Reina»



parece reflejo de la turbulencia política del momento. Es el 9 de marzo de 1452. Sangüesa ha quedado atrás, y con la fortificada villa medieval, que se alza como un gallo de pelea frente a Sos, en eterna rivalidad, queda también la frontera navarroaragonesa, ahora perdida su razón de ser, porque Doña Juana Enriquez y Don Juan II son Reyes de Navarra y de Aragón.

Hace tan sólo unas pocas horas que Doña Juana ha comprendido que la buena nueva se aproxima, y queriendo que su hijo nazca en tierra aragonesa, para favorecer los planes dinásticos, ha dado órdenes a los suyos para que se efectúen los preparativos del viaje.

Se encuentra en Sangüesa desde primeros de octubre de 1451, instalada en el palacio del Príncipe de Viana, construido por Alfonso el Batallador en 1211 para

defender a la nueva villa. Sus veintisiete años están ilusionados por el fruto de sus entrañas, y antes de salir para Aragón acude al templo de Santa María, cercano al castillo, donde se postra ante la imagen de la Virgen de Rocamador, a la que ofrece el ser que va a llegar dentro de poco.

Después, el viaje.

Una heroica dignidad la hace soportar la angustia del traslado, y al día siguiente, 10 de marzo, en una pequeña alcoba del palacio de Martín de Sada, sobre sencillo lecho, como correspondía a su espíritu militar, nació el inolvidable Don Fernando hacia el mediodía, cuando el sol estaba en su cenit anunciando la futura gloria del nuevo Príncipe de Aragón.

LOS MARTIN DE SADA,
«HIDALGOS HONRADOS»

Dice Argensola en sus «Ana-

les»: «Nació Don Fernando un viernes, a diez de marzo de mil cuatrocientos cincuenta y dos, en Sos, villa antigua de Aragón que confina con Navarra. Mereció ser Casa Genial en aquel punto la de los Sadas, hidalgos honrados, a quien el Rey Don Juan, y la Reina, su mujer, favorecían alojándose en ella cuando las ocasiones de la guerra con que allanar Navarra les obligaba a pasar por aquella frontera.»

Si; la casa-palacio de Martín de Sada está siempre dispuesta para la llegada de los egregios huéspedes. En ella se han alojado en múltiples ocasiones, y los altivos y severos muros conservan buena memoria de ello. Pero hasta aquella fecha nada especialmente glorioso ha ocurrido. A pesar de ello, parece que aquellas piedras tienen un destino sublime, y cuando los primeros vagidos del tierno infante resuenan en las estancias medievales todo el castillo sabe, hasta sus piedras más humildes, que su destino se ha cumplido, que su misión se ha consumado.

Al día siguiente, y a través de una puerta que es inmediatamente tapiada para que, según la tradición, ningún otro príncipe pudiera pasar por ella, es llevado el Príncipe a la iglesia colegial de San Esteban para recibir las aguas bautismales en la pila de piedra de una sola pieza, que aún se conserva, aunque esta ceremonia se repitiese un año después, con la máxima solemnidad, en La Seo, de Zaragoza.

«NO PODIA PERDERME LO DEL PALACIO, ¿SABE?»

El coche Zaragoza-Sádaba no es ni muy viejo ni muy nuevo. Lleva polvo de muchas horas de rodaje y está acostumbrado a la mano de su conductor. Es como todos los coches de línea que unen a una capital con los pueblos de la provincia. Saben muchas más cosas de las que son capaces de confiar y su mutismo hace pensar si no lo habrán adoptado para asegurarse una prudente tranquilidad.

Sale temprano de Zaragoza; pero antes hay que coger billete.

—Pues no vamos a tener...—me dice un empleado de uniforme azul mahón y dorada botonadura.— ¡A todo el mundo se le ha ocurrido ir a Sos!...

Le explico las circunstancias.

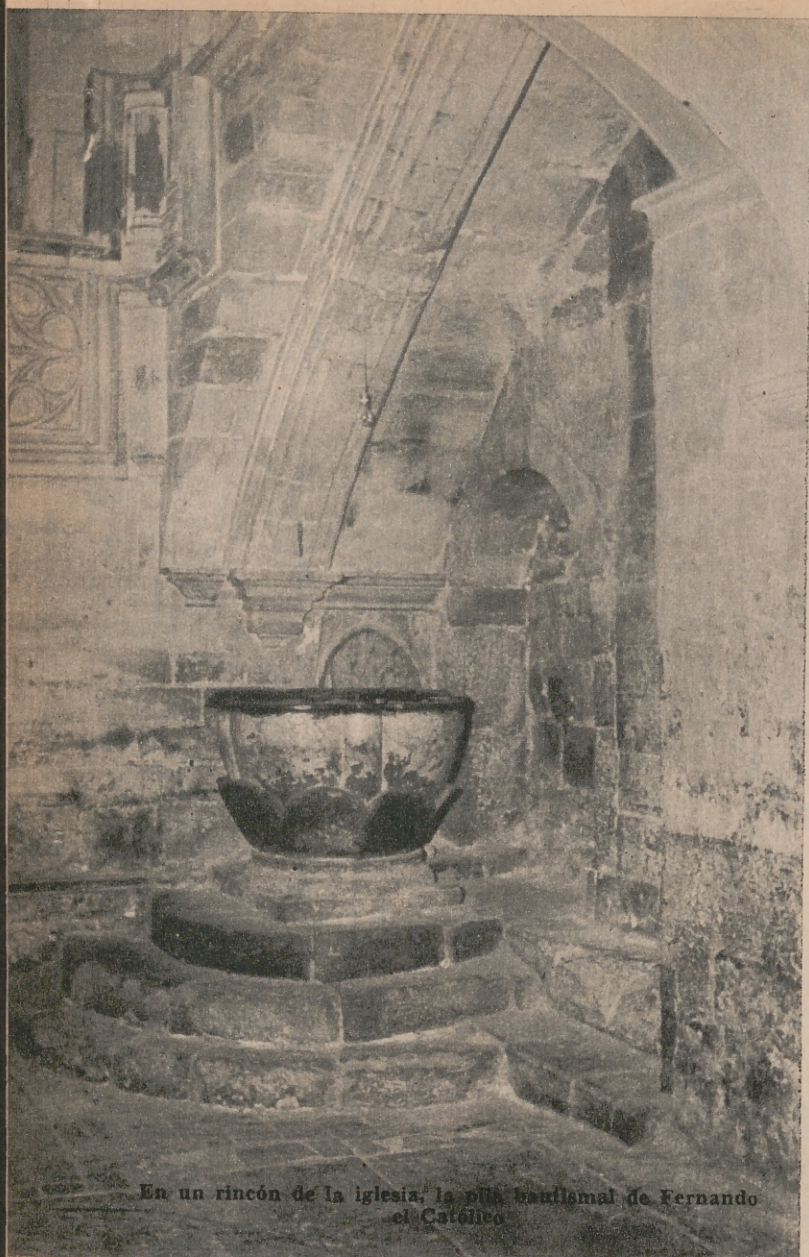
—No sé...—duda, sin comprometerse.

Va a un compañero suyo y le dice algo en voz baja. Hablan. Me miran. Luego, vuelve:

—Verá; hay un billete reservado para un viajero que se retrasa...

Con él en la mano subo al coche y me acomodo. Está lleno, realmente, y todos hablan con el nervosismo que precede a todo viaje, por sencillo que sea. Fuera; suben los últimos equipajes a la baca y retiran la escalera. Alguien da a la manivela y el motor se pone en marcha.

Este coche sólo nos conducirá hasta Sádaba. Allí será preciso tomar otro—«La Sangüesina»— que une a Sádaba con Castiliscar, Sos y Sangüesa, ya en Navarra. No hay como los viajes para



En un rincón de la iglesia, la pila bautismal de Fernando el Católico



Todo el pueblo de Sos se concentra a las puertas del histórico palacio

hacer amistades. En el largo rosario de kilómetros—123 hasta Sos—surge en algún momento el comentario sobre el tiempo, el ofrecimiento de tabaco o el cambio de periódicos. El coche, como antes decía, va lleno. La mayor parte parece gente acomodada, hijos de Sos, quizá, que no quieren perderse la inauguración del palacio de Sada. A mi lado, un señor de nivea cabellera lo mira y remira todo con delectación, absorbiendo el paisaje por sus ojos ávidos de recuerdos. En cierto momento se encuentran nuestras miradas y le pregunto:

—¿Es usted de por aquí?

—De Sos—hay orgullo en su afirmación—. Hace veinte años que no he vuelto, ¿sabe?

—¿Emigrante? — el acento así lo indica.

—Me fui a Cuba, y allí he conseguido mucho. Pero la tierra tira. Hace unos días que desembarqué y ya estoy aquí, a punto de llegar. No podía perderme lo del palacio, ¿sabe?

SOS, HOY

De pronto aparece Sos, la villa de Sos, sobre un cerro, tranquila y sosegada desde lejos, como una

matrona segura en sus laureles. Su perfil, aún hoy, es medieval, y si no fuera por unas modernas construcciones que se advierten en primer plano, diríase uno trasladado al ayer. La torre del homenaje, que corona el castillo, se recorta contra el azul intenso del mediodía, bajo un sol que abrasa, y la suave gradación de las edificaciones, en forma de racimo o de granada, y en torno al castillo, recuerdan que fué en tiempos llave del Reino de Aragón y fiel guardián de la frontera.

La villa—la Muy Noble, Muy Leal y Siempre Vencedora Villa de Sos del Rey Católico—está preparándose para la gran fecha del domingo 9 de junio, en que se inaugura con asistencia de altas jerarquías el palacio de Sada, cuna del Rey Católico, reconstruido por el magnífico mecenazgo del Patronato, presidido por el Gobernador Civil de Zaragoza, don José Manuel Pardo de Santayana y Suárez.

Pese al calor, Sos bulle, rompiendo la tradicional tranquilidad de la villa. Sus calles, siempre silenciosas y tranquilas, cómo dándose cuenta de la historia que conservan en sus balcones o en

los escudos que coronan las puertas, se ven ahora agitadas por un ir y venir de personas que preparan el escenario del gran acontecimiento. Colgaduras en los balcones, con la «F» de Fernando; gallardetes que ondean al viento.

—¡Cuidado, ese mástil! ¡Cáldadlo bien!

AYER, SIEMPRE EL AYER

No hay como pasear al azar para encontrar el verdadero sabor de un pueblo. Sos se afana, es cierto, y rompe su acostumbrada serenidad. Pero eso, lejos de borrar el encanto de estas piedras gloriosas, que son trozos de Historia viva, aumenta esa ilusión, y desde el pie de las recias murallas o los airosos torreones, donde más auténtica es la presencia del ayer, se mira ese hormigueo como los preparativos que fieles vasallos hacen para festejar el nacimiento de su Rey. Con los ojos entornados, los perfiles se hacen más vagos y los atuendos de este siglo XX pierden su carácter, para trocarse en ropajes medievales. Entonces todo resurge triunfal y los forasteros y curiosos que deambulan por doquiera



son en esta nueva imagen sencillas y aguerridas gentes de la fronteriza villa que aguardan ilusionadas a que las campanas de San Esteban lancen a los cuatro vientos la buena nueva de que Aragón tiene un Príncipe y de que ellos son sus paisanos.

Estamos en una de las más pintorescas villas de Aragón y, quizá, de España. Todo en ella es poesía y leyenda. Su silueta es encantadora y los perfiles de sus murallas truncadas, de sus torreones almenados y de sus portales de diversos estilos son un epitome de Historia. ¡Cómo conocerán los niños sosenses a «su» Don Fernando y a sus glorias locales! Les bastará con mirar ese castillo, ese palacio, esa calleja blasonada de escudos tan antiguos como la Reconquista, esas casas que aún guardan el eco del entrecocar de armaduras y el zumbido de las ballestas al soltar las flechas. En sus sueños verán cabalgar a los antiguos caballeros para plantear esforzados combates, y ellos mismos se sentirán un poco protagonistas de lo que les dicta el ambiente en que vi-

ven. ¡Qué reposo, qué soledad y qué recuerdos!...

PERO VIVIMOS EN EL SIGLO XX

Pero vivimos en el siglo XX, aunque las piedras se empeñen en llevarnos la contraria. Sos del Rey Católico es una de las famosas Cinco Villas, compañera de las otras cuatro, que son: Uncastillo, Sádaba, Ejea de los Caballeros y Tauste, renombradas todas ellas por su antigüedad, por el carácter energético de sus habitantes y por ser el granero de Aragón, y aun de España, si la cosecha viene buena.

De las cinco, Sos es la menos rica, la menos favorecida por la Naturaleza. Su razón de existir se la dió la pugna entre Navarra y Aragón, traducida a la pugna Sangüesa-Sos. Ambas villas, cada una llave de su Reino, fueron las avanzadillas de las cuestiones bélicas entre ambos Reinos, y su fortaleza y su bravura convirtieron a sus habitantes en guerreros de oficio, infundiéndose espíritu marcial por la mutua oposición. Esta dedicación militar de Sos motivó que fuese construida

en alto, a fin de ser inexpugnable, lo que va hoy en detrimento de su economía, porque escasa parte de su término se beneficiará con el futuro canal de Las Bardenas, que convertirá en regadío esta dilatada comarca, en la que nacerán nuevos pueblos para explotar la incalculable riqueza del campo.

Es, por tanto, Sos, especialmente, altar y santuario de España, consagrado a perpetuar los hechos históricos y a conservar en su recinto esa piedra que fué fundamental para la unión nacional y para la colonización de un mundo. Su destino está en sus propios monumentos.

CEREALES, GANADO Y VINO

La principal riqueza de Sos son los cereales, la cría de ganado lanar y cabrío y el vino. Casi todo el término es secano, a excepción de la vega del Ramblar, regada con las mansas aguas de unos barrancos que estrechan a la villa en lazos de plata, y en la que se recoge toda suerte de hortalizas. A su falda se extiende la llanura de Campo Real, que perteneció a don Martín de Sada, luciendo al sol sus doradas mie-



El Ministro señor Rubio, en el discurso de clausura de las jornadas fernandinas

ses, que han fructificado con el sudor de estos buenos labradores.

Es importante también la industria vinícola, con una producción en la campaña de 1952-53 de 34.875 litros de vinos secos. Ya en el plano industrial, existe una

fábrica de chocolate, con consumo anual de nueve toneladas de cacao y otra de harinas.

Cuenta Sos, según los últimos datos estadísticos, con 646 viviendas y 88 edificios destinados a otros usos, y en cuanto a su po-

blación, los censos periódicos muestran un descenso en la misma bastante acentuado, pues si su población de derecho son 3.068 habitantes, quedan reducidos a 2.725 de hecho, según datos del año 1950, que cotejados con el censo de 1900 dan una diferencia bastante notable, ya que a principios de siglo Sos contaba con 3.647 habitantes. Pero Sos ha salido de su silencio. Después de años, después de siglos, reverdecen las viejas glorias de la vieja villa fronteriza, y a tenor de la inauguración del palacio de Sada su nombre suena de nuevo en toda España y aun en América. La reconstrucción del que era el más importante monumento aragonés es motivo de júbilo para todos, y España entera, de Norte a Sur, de Levante a Poniente, siente como suya la alegría de esta jornada fernandina que ha tenido lugar bajo el brillante sol de este 9 de junio.

Sos ya no será más olvidada. El palacio de Sada, reconstruido fidelísimamente, está ahí, erguido y rescatado, luciendo su severo esplendor.

Lea usted

"LA ESTAFETA LITERARIA"

OCHO GRANDES PAGINAS

Aparece los sábados

Precio: 3 pesetas



Una vista del arco y de la casa de Santángel, típico rincón de la vieja villa de Sos

**«ME «PAICE» MENTIRA
TODO ESTO»**

El sol no podía faltar a la cita, y no faltó. Tenía que dar realce, con su asistencia, a los actos preparados.

Desde las primeras horas de la mañana la villa estaba en pie, engalanada vistosamente con colgaduras nacionales y emblemas fernandinos. Todo el pueblo se encontraba en las empinadas calles y en las recoletas y hermosas plazas, aguardando a las autoridades. Incontable número de forasteros, no sólo de los pueblos vecinos, sino de todo Aragón y de toda España, se apiñaban en los puntos de máximo interés, con una alegría que se les salía por los ojos. Los chicos lucían sus ropas domingueras y, aunque correteaban de un lado a otro, procuraban no estropear su atuendo. Los mayores, circunspectos, tenían un aire de no sé qué íntima satisfacción e implícito orgullo que los hacía inmensamente felices.

Un viejo de rugosa cara y pañuelo en torno a la cabeza, que estaba sentado sobre una piedra en las afueras, frente a Sangüesa, me llamó la atención. Aún faltaba, por lo menos, una hora

para que llegase la comitiva, y me acerqué a él. Mis pasos no le hicieron volverse siquiera; tan ensimismado parecía estar en la contemplación del paisaje que tenía ante los ojos. Cuando llegué junto a él carrespeé para anunciarle:

—¿Qué, abuelo; no va a la fiesta?

Se volvió para mirarme. En su rostro, curtido por el sol y el cortante cierzo, cuajado de arrugas y fresco al mismo tiempo, dos lágrimas habían trazado surcos húmedos.

—¡Me «paice» mentira todo esto!

**«YA TOCABA A SU TOTAL
RUINA ESTA CASA DE
SADA...»**

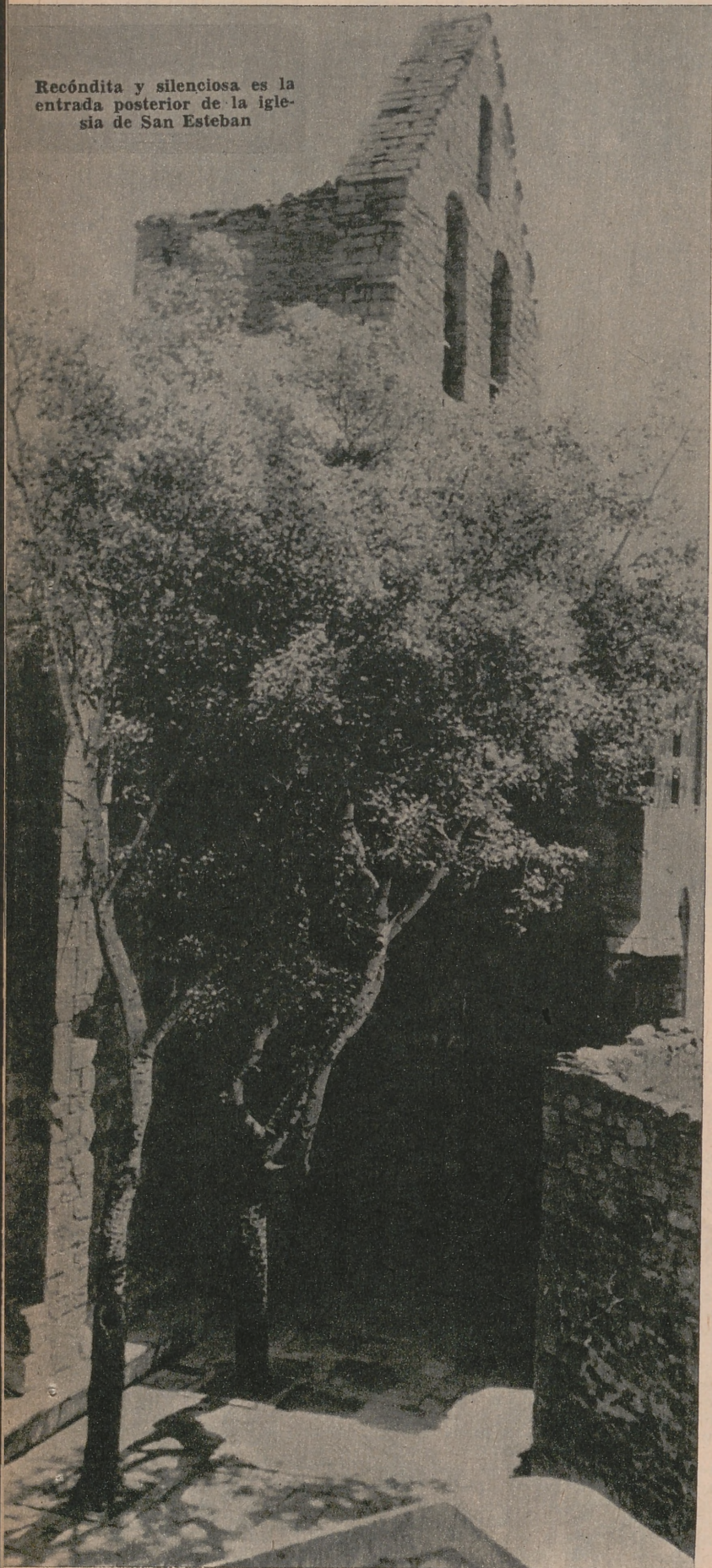
Son las palabras iniciales de la placa conmemorativa que figura en la fachada del palacio, y en la que se airean los escudos de los Reyes de Aragón, y los de España, Aragón, Sos y Sada. La leyenda dice así, completa: «Ya tocaba a su total ruina esta Casa de Sada en que nació Fernando el Católico, cuando el Patronato fundado y presidido por el excelentísimo señor don José Manuel Pardo de Santayana y Suárez la

reconstruyó totalmente, librándonos a todos de la nota de ingratitud hacia el mejor Rey de España.» Y al pie: «Sos del Rey Católico, X marzo MCMLVII».

La reconstrucción ha sido perfecta y ha comenzado en la explanada misma, con la escalinata de piedra labrada y de la misma clase que el muro. El edificio es de sillería y tiene más valor histórico que artístico. El 14 de septiembre de 1924 fué declarado Monumento arquitectónico-artístico, sin que esta declaración sirviese para nada a la hora de cuidar su integridad. Ya en aquellos años su situación era lamentable y precarios puntales lo mantenían en pie, aunque cada vez más ruinoso y descuidado.

Es asombroso cómo esta obra ha podido ser realizada, con las dificultades que entrañaba. El palacio, hoy, es una joya que ha surgido de unas ruinas polvorientas y llenas de matojos y espinos. La fachada es, como he señalado, de sillería, coronada de almenas. El interior está reconstruido todo lo esencial, sin perder por eso el rigor histórico. Un amplio zaguán da paso a una escalera de piedra y pasamanería de madera noble y herrajes de la época.

Recóndita y silenciosa es la entrada posterior de la iglesia de San Esteban



«AQUI NACIO FERNANDO EL CATOLICO»

Se llega a ella por una escondida escalera. Cuando se atraviesa el umbral, un escalofrío recorre el cuerpo y una súbita emoción recoge en los labios todas las palabras admirativas. La máxima sencillez preside el lugar. La cámara de la Reina, iluminada por un mirador, tiene un crucifijo románico, cuya mirada serena a quien a él se dirige, y cerca de él un reclinatorio de raso llama a la oración. Dentro, la alcoba, con una sencilla cama de la época, lo más aproximada posible a la que sirvió a Doña Juana Enriquez para alumbrar al Rey de la Unidad española, habla de sencillez y de renunciación. Y como única decoración, el azulejo, con la leyenda que sirve de titulillo a este párrafo.

En el piso alto se encuentra la Sala de Banderas, de hondo significado en la cuna del Rey Católico, son las de todos los países hispanoamericanos, además de las de España y del Movimiento, que las presiden.

Estas banderas, entre cuyos pliegues hay tantas historias de conquistas, de colonizaciones y de mayorías de edad, son un donativo de un hijo de Sosa residente en Nueva York, que prometió su envío, a excepción de las enseñas argentina y uruguaya, que fueron entregadas por peregrinos de ambos países.

Esta casa-palacio de Sada que acaba de inaugurarse estará dedicada a Casa de la Cultura, y entre sus muros se han instalado sendas bibliotecas: una, fernandina, y otra, municipal, de perfectas instalaciones ambas.

CON EL SILENCIO, LA EVOCACION

Todo va quedando silencioso. Poco a poco, el palacio de los Sada se vacía, y de nuevo los muros quedan solitarios en su diálogo de siglos. Sosa, estremecida, continúa en el exterior, viviendo la gran jornada, que nunca se borrará de su recuerdo. Las banderas flamean en la torre del homenaje, como transmitiendo al espacio la buena nueva de esta reconstrucción, agitándose con la misma alegría con que el 10 de marzo de 1452 la bandera aragonesa batía en el aire por el nuevo Señor de aquellas tierras. Lo imposible se ha realizado. El milagro se ha materializado en esta punta de Aragón, en esta Marca Hispana, no siempre muy recordada, pero eternamente sentida.

Al dejar atrás los muros almenados, los escudos nobles de las casas, los nombres históricos de las calles, las placetas medievales, parece que en el aire resuena todavía la Orden que Juan II, padre del Rey Católico, dió en el año 1458: «Que perpetuamente todos los de esta Villa sean Infanzones...»

Y Sosa, cuna de hijosdalgos, queda atrás, sobre la colina, cargado de laureles...

Miguel M.^a ASTRAIN
(Especial para EL ESPAÑOL)
(Fotografías de Lozano y París)



EL "IDOLO ESPAÑOL" DE LA TV ITALIANA EL ROSTRO Y LA VOZ DE MARIA JOSE SIMO ANTE DIECISIETE MILLONES DE TELEESPECTADORES



"He cantado siempre, creo que desde que he nacido"

MARIA José Simó es una mujer. Lo primero, la gran caída de su cabello rubio a todo lo largo de su rostro sereno, de profunda belleza. Luego, sus cosas. A veces ríe. Otras, canta. Otras, puede que lllore. Y habla:

—Una mujer es el símbolo del amor. Y el amor es la vida misma, cualquiera que sea el concepto que de ella se tenga.

Habla con sencillez. Con un exceso de naturalidad que le da a uno la vuelta.

—En Italia he tenido un éxito extraordinario. Hubo ocasiones, en Roma y en Milán, en que casi no podía salir a la calle ni pene-

trar en las tiendas. Eso es estupendo, porque yo, contra la opinión de casi todo el mundo, no considero un fastidio tal cosa. El firmar un autógrafo puede llegar a hacerte perder un tren; pero, a pesar de todo, eso también es bueno.

—Y usted, ¿qué es, María José?

—Ante todo, cantante de ópera: no soy más que una artista.

**DURANTE UN PARENTE-
SIS DE SU CARRERA
ARTISTICA MONTA UNA
FABRICA DE CEMENTO**

María José Simó se ha conver-

tido en una de las figuras que más sensación despertaron en la televisión italiana. El fogueo de su primera actuación ante la televisión ha representado 200.000 liras para María José. A la televisión, los veinte minutos que duró el programa de la cantante española le costaron veinte millones de liras. La razón no fué otra que la necesidad de suspender diversas emisiones comerciales programadas de antemano, y que se cotizan a millón de liras por minuto.

Para llegar hasta aquí, la historia de María José no ha tenido que llenarse con una larga



«La voz es fundamental para mi vida. Creo que si la perdiese me anularía espiritual y totalmente...»

lista de actuaciones y escenarios recorridos. Su vida de artista es del más cercano ayer. Barcelonesa de nacimiento, a los pocos años viene a Madrid con la familia. Pero sus comienzos en el arte también se iniciaron en Barcelona, donde a los catorce años comenzó a estudiar danza clásica y canto con Anna Militch.

Mira hacia uno, y pasándose con suavidad la mano por el cuello, dice con cierto orgullo:

—Cuando concluí aquellos estudios era la cantante de ópera más joven de Europa.

De nuevo a Madrid para realizar su debut en la capital de España. Hace de esto alrededor de los ocho años. La presentación, patrocinada por la Asociación de la Prensa, se efectuó en el teatro de la Zarzuela. El éxito fué prometedor. Prueba de ello fueron los dos conciertos que dió ante el Caudillo. Regresa a Barcelona, y en la capital catalana da diversos recitales. El triunfo como cantante y sus excelentes cualidades de actriz le valieron para realizar uno de sus primeros papeles en la película «Su excelencia el mayordomo», que actualmente se proyecta en los cines cubanos.

Aquí concluye la primera parte de la biografía de María José.

Por unos años abandona totalmente el mundo del arte. Y aunque parezca un tanto extraño, pensó dedicarse al mundo de los negocios, si bien de una forma limitada; la demostración palpable de tal hecho es la fábrica de cemento que montó en Sanahuja, un pueblo de la provincia de Lérida y que ya va para dos años de vida.

El arte siempre llama. María José retorna con un mayor entusiasmo y decidida a la entrega absoluta. Vuelve a sus clases y estudios con Anna Militch, para acogerse, poco más tarde, a las enseñanzas del doctor José María Colomer. El pasado año marcha a Italia, donde fué escuchada en sesión privada por el maestro Mantovani, de la Scala de Milán, al que causó una impresión extraordinaria, tomándola como discípula suya.

La entrada, mejor dicho, reaparición, de María José Simó no pudo ser más sensacional. Conciertos en Milán, de música antigua italiana, ópera y música clásica española. Alguno de ellos retransmitido a España y a Hispanoamérica con asistencia del Cuerpo diplomático hispanoamericano. Todo esto combinado con ligeras visitas a España.

Pero el éxito popular no llega hasta marzo de este año, cuando, a poco de llegar a Roma, fué sometida a prueba para actuar, an-

te la Televisión italiana. Su intervención había despertado enorme interés; por eso asisten al ensayo todos los directores de la TV. El resultado fué claramente positivo.

—Si —dice esta esencia de la naturalidad que se llama María José Simó—, hay que tener en cuenta que mi físico da perfectamente, entre otras cosas porque no necesito la menor dosis de maquillaje ante la cámara.

El contrato no se hizo esperar, pero ella impuso sus condiciones:

—Mire usted, como ya anteriormente le he dicho, ante todo soy cantante de ópera. Por eso he exigido que no se me hiciese cantar folklore exclusivamente.

María José, mujer de extraordinaria sensibilidad y de gran formación, confeccionó ella misma el programa, que fué aceptado sin la menor traba por los profesores Arata y Pugliese, directores generales de la televisión italiana. Aquellos veinte minutos de la cantante española ante las pantallas representaron uno de sus triunfos más generosos y espontáneos.

Cuando habla, apenas gesticula. Sus manos finas permanecen entrelazadas, mientras los dedos se acarician suavemente unos a otros. Y habla y habla. Y otras veces sonríe un poco picarescamente, mientras dos pequeños hoyitos se le forman al borde de los labios. Pero sobre todo, habla.

Diecisiete millones de personas vieron su actuación en la Televisión

—Lo de la televisión fué magnífico. Fijese que la actuación era nada menos que para la «Aerovisión», un conjunto de emisoras de toda Europa. Aproximadamente me habrán visto actuar unos 16 ó 17 millones de espectadores. La puesta en escena, naturalmente, fué también obra mía: al fondo coloqué la reproducción de un cuadro de Goya, «La maja y los embozados», y, abarcando toda la pantalla, la inscripción: «Canta María José Simó, soprano líricodramática».

El escenario representaba la habitación de un hotel al que llegaba la cantante con una extraña maletilla, de la que iba extrayendo objetos típicos de España: peinetas, mantilla, castañuelas, postales de nuestras ciudades, etc. Y entrelazando el escenario y los objetos que salían de la pequeña maleta, las canciones de María José. Esto fué el pasado 30 de abril, a las once de la noche.

—La gente quedó entusiasmada —en estas palabras no hay la menor concesión a la «pose»; para ella el triunfar es una cosa natural dadas sus cualidades artísticas— y se comentó que en la pantalla habían aparecido dos pintores: Goya y yo como pintora de sonidos, acompañada por la magnífica orquesta del maestro Chioffio.

Rápidamente llegó el contrato con la TV italiana, reservándose la cantante el derecho de actuar en los estudios de nuestra televisión. Al lado de este contrato ha suscrito otros para dar conciertos en Roma y Milán, así co-



María José Simó y Salvador Dalí ante la cámara de nuestro fotógrafo. Dos nombres españoles con resonancia internacional

mo varios para efectuar grabaciones en discos.

SENSACION EN RADIO VATICANO

«A la eximia soprano española María José Simó, que ha honrado a Radio Vaticano actuando generosamente ante sus micrófonos, ofrecemos esta grabación de su magnífico concierto de música clásica española e italiana, transmitido el día 6 de junio de 1957.»

—Ha sido una de las mayores emociones de mi vida. El 14 de mayo, con ocasión del programa especial de Radio Vaticano, dedicado al aniversario de la Coronación de Pío XII, la emisora retransmitió el «Ritorna vincitor», interpretado por mí. Recientemente, el pasado 6 de junio, con motivo de la fiesta onomástica de Su Santidad, se pasó el concierto completo. Y ya ve, Radio Vaticano me ha regalado la cinta magnetofónica de la grabación.

María José abre el magnífico estuche y parece regustar de nuevo el misterio de su voz, encerrada en la cinta. Lee la nota dada por la radio del Vaticano, y lee con voz clara, llena de dulzura, sin gestos, mientras los ojos parecen oscurecerse más y más tras sus largas pestañas. Luego, abre un álbum repleto de fotografías de sus días de Italia y de recortes de la Prensa española e ita-

liana en que se comentan sus actuaciones.

Descansa un momento y se asusta cuando el fotógrafo Nuño hace estallar el fogonazo del «flash»:

—¡Si estoy siempre despeñada! Me va a salir una cara terrible.

Y por aquello de la coquetería se pasa ligeramente el peine por su cabello rubio.

—Me ha entusiasmado el éxito de Radio Vaticano por muchos motivos. Uno de ellos, enormemente interesante. El caso es que el maestro del Vaticano Alberico Vitalini me ha elegido para estrenar en España su «Magnificat», y para cantarlo en Roma con coros y orquesta, actuando yo de soprano solista.

Al comienzo de la charla, María José se había quitado un pañuelo rojo que llevaba al cuello. Ahora, reposa sobre sus rodillas acompañado de unos guantes, igualmente rojos con pequeñas pintitas negras. Sobre el sillón en que se sienta, descansa su abrigo rojo. El pequeño gallo que adorna su solapa, parece vivir con su roja cresta.

El «Idolo español» es para los telespectadores italianos María José Simó

Estos son los tonos que busca María José Simó: el rojo, que aparece en sus joyas y abrigo, y el negro de su traje sastre y las pequeñas motas del pañuelo y los guantes. Colores auténticos, profundos como su personalidad que, al mismo tiempo, es sencilla y llana.

—María José, ¿qué le parece?



esos éxitos de la televisión? ¿Le gusta actuar ante la TV?

—Me parece fantástico. Sobre todo al pensar que la escuchan y la ven a una todos esos milloneros de personas que siguen los programas. Me parece francamente brutal.

Ahora se ha expresado así, con soltura y gracia de castizo desparpajo. En otros momentos, habla con extraordinaria suavidad y dulzura; murmura más que habla. El cambio de matices es perfecto.

—Mire usted, en Italia me han dicho que además de ser una gran soprano era una gran actriz.

«MI MAYOR DESEO CUANDO CANTO ES DESPERTAR EMOCION EN EL QUE ESCUCHA»

Una de las cualidades más extraordinarias que más puertas le ha abierto en Italia es llegar al mi bemol sobre agudo. Y lo curioso del caso es que esta característica fué descubierta por el doctor Colomer a consecuencia de una afonía de María José. Ella estima esta cualidad, única e impresionante, como al mayor tesoro imaginable.

—Y si usted se quedase sin voz, ¿qué haría?

—Seguir sacando saquitos de cemento a mi fábrica de Sana-huja.

Ha respondido un poco a la jirera. Por lo menos, eso le debió de parecer porque rápidamente agarra un gesto de tristeza y melancolía y sigue hablando.

—Creo que si quedase sin voz me anularía espiritual y totalmente. La voz es fundamental para mi vida.

—¿Qué es lo que más le gustaría poder interpretar cantando, llegar a alcanzar en su canto?

—Quisiera traducir las distintas impresiones que uno es capaz de sentir en cada momento.

—¿Cómo quisiera que sonase su voz? ¿A qué instrumento musical le gustaría que se semejase?

—Igual al sonido de un violín. Por algo hay un dicho italiano que dice: «Cantare e sonare come un violino».

La voz de María José Simó, pese a esta confesión suya, es maravillosa. Ella ha concedido que allá, en lo íntimo, da gracias a Dios de tener la voz que tiene. Pero siempre le queda un cierto temor, una especial angustia de pensar en que no ha calado hasta lo más hondo del alma del espectador.

—Mi mayor deseo cuando canto es llegar a despertar emoción en todo el que me escucha.

En algunas ocasiones la charla se interrumpe con la llegada de algún amigo o amiga que vienen a felicitarla al hotel. Casi todos le traen buenas noticias.

—Oye—dice un compañero de la radio dirigiéndose a María José—te llevaremos a la última hora de la actualidad.

Ella se vuelve hacia él con ojos de gran alegría y pregunta con interés:

—¿Se oírá también desde Barcelona? Es que en Barcelona, ya comprendes...

Luego es otro que le enseña una noticia de Prensa en que se habla de ella. Y no puede contenerse y agarra el periódico que lee con avidez. Luego llega la

sonrisa de satisfacción, la ingenuidad de esta mujer que todavía posee el espíritu, sin reconditices de una niña.

—¿Cómo reaccionaba el público italiano ante sus actuaciones?

—Yo estaba muy emocionada, pero sé que me decían cosas preciosas y yo les sonreía a ellos con todo el ardor de mi corazón.

«GRANADINAS DE EMIGRANTES», ES SU OBRA PREFERIDA

Anteriormente hemos hablado de la considerable cantidad de millones que le ha costado a la TV la actuación de María José Simó, así como del interesante resultado económico que había significado su paso ante la cámara. Podría parecer que ciertos matices daban un carácter excesivamente materialista a su triunfo.

—Mire usted—y habla como siempre, sin el menor segundo de duda—el dinero es necesario en la vida porque nos proporciona todo lo que precisamos. Pero a mí, personalmente, no es lo que más me interesa. Lo importante es ser feliz y esto va en la mayor o menor reserva espiritual de cada uno. Se puede ser feliz contemplando la naturaleza, gasando una peseta en un tranvía que te lleve hasta las afueras de una población y saboreando las mil facetas de todo eso que a menudo no reparamos.

—¿Desde cuándo tiene conciencia de haber cantado?

—He cantado siempre. Creo que desde que he nacido. De niña, para cantar, me subía a la copa de un árbol porque buscaba ansiosamente espacio. Creo que me gusta más, cantar ante la naturaleza que en un salón.

Y, ya situados en plena naturaleza, ¿a qué horas prefiere cantar?

—Me agrada el atardecer. Mire, antes le he hablado de que cantaba desde siempre; bien, pues una de las pruebas más fuertes para demostrar mi vocación, es que cuando me operaron de apendicitis, tan pronto como desperté la empecé a cantar y cantar.

Las piezas básicas de su actuación en Italia fueron, principalmente, los compositores españoles. Interpretó a Falla, Granados y Turina, así como las «Granadinas de emigrantes» de Barrera y Calleja que causaron extraordinaria sensación en el público italiano.

—De tal manera se entusiasmaron con estas granadinas que no se cansaban de aplaudir. El caso es que yo estaba tan emocionada como ellos por el entusiasmo con que me escuchaban, hasta el punto de que no pude contenerse y se levantaron de los asientos.

—¿Qué siente con el triunfo?

—Gran satisfacción al saber que una gusta al público, no precisamente por ser una, sino por ser hija de España. Cuando me aplauden siento dentro una emoción grande porque es igual que si aplaudiesen a la tierra propia.

—¿Qué piensa de sí misma?

—Como artista pienso que soy una buena cantante, y eso es lo que me gustaría ser. Pero si me pregunta lo que prefiero, como mujer, le diré que antes de ar-

tista prefiero ser una buena madre.

—¿Qué ama en la vida?

—Lo bello ante todo.

—¿Y lo feo?

—Me interesa, porque puede dejar de serlo si tiene alguna belleza de orden espiritual.

De los autores de ópera extranjeros, María José se inclina por Puccini y Verdi, sin olvidar nunca a Wáagner que le impresiona por su grandiosidad. Sus preferencias en cuestiones musicales son bastante «tabú». Pero a pesar de todo, se anima a charlar de la obra que más le impresiona.

—Si hubiese de interpretar una pieza sola, por imposibilidad absoluta de adquirir otra música, me inclinaría por las «Granadinas de emigrantes». Cuando las interpreto, creo que nunca he podido dejar de llorar porque siento como algo mío su letra, su música y su significado.

—Aparte del español, ¿cuál es el idioma que más le interesa para cantar?

—El italiano.

UN GRAN NUMERO DE PROYECTOS PARA EL FUTURO

—¿Qué tal de proyectos?

—En Italia he tenido tres ofertas para actuar en el cine. De todas, me ha interesado una coproducción italo-española. Será una gran película del gusto de todos los públicos. La protagonista, desde luego, he de ser yo.

Anteriormente, la televisión colombiana le había ofrecido un contrato pero no aceptó.

—¿Y en España le han ofrecido algo?

—Tengo en perspectiva unas grabaciones de discos y varias proposiciones para ópera, conciertos y cine.

María José Simó que dedica gran número de las horas del día a perfeccionar sus conocimientos, no sólo de canto, sino de piano e idiomas, hace sortilegios fantásticos para que el tiempo transcurra sin notarlo. Los últimos días han sido de un ajeteo enorme. Recién llegada de Italia, después de haber pasado varios días sin dormir apenas, hoy ya se ha repuesto bastante. Ha descansado su garganta y el alma ha encontrado relativa tranquilidad.

El tiempo es corto. He hablado con María José Simó, no sé si tres minutos o tres horas. Pero ahora, la vida del hotel cosmopolita comienza a despertarse y se oyen los nombres de personajes más o menos conocidos.

Y hay un momento en que todos los rostros se vuelven hacia un lado:

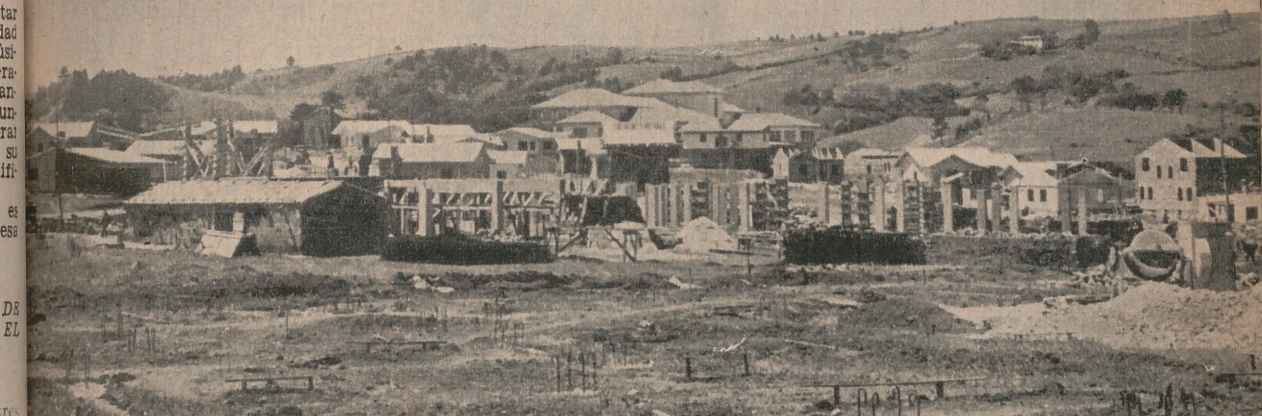
—¡Hombre!—dice con todo entusiasmo María José—¿qué ocasión magnífica para hacerme una fotografía con Salvador Dalí!

Las antenas del gran pintor de Cadaqués se han puesto a vibrar un momento. Hay las presentaciones acosumbradas y Salvador coge del brazo a María José para abrir los ojos con serenidad ante el intento de susto y magia que lleva el «flash» dentro de sí.

Luis LOSADA

(Fotos: Henece).

A REMO, VELA Y MOTOR POR LA COSTA ASTURIANA



Junto a Candás, y cerca del mar, se asoman ya las aviaadillas de Perlora, ciudad de verano para los trabajadores. He aquí el poblado en construcción.

Diecinueve millones de kilos de pescado capturados en doce meses

Perlora, ciudad residencial para el descanso merecido

Al cabo de Peñas le faltó muy poco cuando se terminó el mundo para convertirse en la avanzada que mar al Norte tenía la Península. A un lado, Aviles, al otro, Gijón, y en los caminos que llevan de uno a otro, Perlora. Hace unos años, Perlora era sólo una parroquia del Municipio asturiano de Carreño. Hoy este poblado es lugar de verano de muchos trabajadores asturianos.

Todo empezó poco a poco, hasta que maduraron los proyectos y comenzaron las prisas por la construcción. Hasta 1954, estar en Perlora significaba solamente que todavía quedaba un poco de camino hasta llegar a Candás. Hoy estas playas son punto final del camino de muchas gentes.

Los prados que se asoman al mar desde los acantilados o descienden suavemente hasta las playas quedaban un poco a trasmano del gran turismo. Estaban solitarios, con la única compañía del mar y el viento, siempre nuevos y siempre repetidos. En 1954 el paisaje y la vida de este rincón asturiano se transforma. Ha sido inaugurada la Residencia Familiar «Jacobó Campuzano», de la Obra Sindical Educación y Descanso.

Las playas y los prados comienzan a alegrarse. Han llegado familias, gentes de tierra adentro, para las que el mar siempre tiene sorpresas y que descubren cada día la gracia del agua salada. La pesca, el mar y los barcos son para ellos solamente un motivo

busca del descanso y lo han obtenido.

El éxito de esta Residencia, una más entre la cadena de edificios con los que Educación y Descanso ha jalonado el mapa turístico de España, trajo pronto un problema: la insuficiencia de plazas ante las peticiones cada día más numerosas. Y, claro es, vinieron los proyectos de ampliaciones. Se podía haber agrandado el enorme edificio, se podía haber construido una planta gemela al lado, pero entonces, poco a poco, perderían aquellos rincones su encanto. La punta de tierra que avanza sobre el mar sería pronto la base de una serie de bloques de cemento y hierro que romperían con su figura la armonía de muchos siglos.

Y entonces surgió la idea. Aquellas tierras serían el asentamiento de la Ciudad Residencial de Perlora. Las gentes que vienen de la ciudad, de la mina o la fábrica están cansadas de ser unos seres más en una masa; prefieren la vida en familia, dedicar unos días al año a la exclusiva atención de los suyos.

Y en vez de bloques se construyeron chalets. Ahora los hombres, con su trabajo, se han ganado el derecho a comodidades que antes eran sólo privilegio de millonarios. Ahí es nada, un chalet junto al mar, y luego, las playas.

Perlora y Carranques son los nombres de estas dos playas, chiquitas y resguardadas. Cada una a su manera, tiene distintas van-

tajas. Para los poco andarines, Perlora es mejor, está casi junto a los cimientos del antiguo edificio de la Residencia. En la playa de Perlora las aguas se amasan y se recogen.

Cara al mar, a la derecha y un poco más lejos, está Carranques, más abierta y también, ¿por qué no decirlo?, más bonita que Perlora. Ahora los veranean es pueden elegir entre dos playas, un lujo como pocos.

200 CHALETS PARA OBREROS

Hay un largo camino desde que la idea de la Ciudad Residencial tomó forma de proyecto hasta este hoy que contempla la silueta de gran número de chalets en período de terminación. Las tierras que se asoman hasta Carranques y Perlora pertenecían a muchos propietarios y colonos, exactamente un total de 182, a los que hubo de adquirirse los 350.000 metros cuadrados que suman estas extensiones dedicadas al descanso anual de los trabajadores de España.

Ya están las tierras compradas, y hay por lo menos algo con lo que empezar a trabajar. Ahora ha llegado otra vez la hora de los proyectos: los servicios técnicos de Arquitectura de la Obra Sindical del Hogar trazaron los planes de urbanización, porque el nombre de Ciudad es algo más que un afán de dar importancia a las cosas; es toda una realidad, y la urbanización es una exigencia de cual-



Esta es la fachada de la Residencia Familiar de Educación y Descanso, ahora convertida en edificio-nodriza de la Ciudad Residencial de Perlorá

quier ciudad: amplias calles, agua, alumbrado y luz eléctrica en cada uno de los pabellones.

Todo esto necesita el respaldo del dinero, y llegan las aportaciones de diferentes entidades oficiales. La Delegación Nacional de Sindicatos corre con el 50 por 100 de todas las inversiones, y la Diputación asturiana entrega dos millones de pesetas para las realizaciones en la Ciudad Residencial de Perlorá.

Allí concluye la iniciativa oficial y sindical para dejar paso al impulso privado, porque la Ciudad ha de ser obra de todos. Es un poco extraño y un mucho maravilloso ver ahora los pabellones, distintos y llamativos, recortarse sobre el fondo azul de un mar en calma. Cada chalet es distinto de su compañero porque tiene también distinta procedencia. La Organización Sindical ha dado las facilidades, y ahora son las empresas privadas las encargadas de construir para sus obreros y empleados los pabellones correspondientes. Es una buena ocasión que los empresarios asturianos están ahora aprovechando. De un total de 200 chalets que se hallan proyectados para la terminación de la Ciudad Residencial de Perlorá, 91 se hallan ya comprometidos con Sindicatos Provinciales y empresas. Cualquier industria o comercio puede estar en condiciones de levantar un pabellón para sus empleados, porque los precios

son absolutamente módicos: 55.000 pesetas por el pabellón y 5.000 como aportación a los gastos comunes, en total 60.000 pesetas, que conceden al empresario el derecho de designar durante cincuenta años a aquellos de sus obreros que disfruten de unas vacaciones de lujo.

TIERRA DE TODOS

No, no hay nada de monolítico ni de uniforme en todo este conjunto que crece por momentos. La Ciudad es variada, sin que las repeticiones de una misma construcción se claven con monotonía en el paisaje. La Organización Sindical ha puesto a disposición de las empresas que lo soliciten doce tipos de chalets, que ahora comienzan a asomar sobre las irregularidades del terreno. De puertas adentro, sin embargo, todos son iguales, sin distinciones ni ventajas para nadie: un cuarto de estar, que por la noche se transforma, mediante un sofá-cama, en habitación matrimonial; dos habitaciones para los niños, con capacidad para cuatro cada una, y un cuarto de aseo.

La familia trabajadora se asegura así un veraneo a razón de quince pesetas diarias por persona. Ni siquiera falta en estos pabellones los cuidados para las necesidades más urgentes o los caprichos de última hora. Un biberón, un café o cualquier otra cosa

puede ser preparado en la cocina eléctrica con que cuenta cada chalet.

Afuera, entre pabellón y pabellón, repartidas con acierto funcional por toda la extensión de la ciudad, se construirán las instalaciones que le dan precisamente ese rango: una iglesia, una biblioteca, varias tiendas. Y como es tierra de recreo ahí están los grandes espacios dedicados al deporte, campos de fútbol, baloncesto, tenis, boleras asturianas y americanas. Junto a todo esto, otras edificaciones completarán el cuadro que dará carácter y rango a la ciudad, un teatro al aire libre, un parque infantil con guardería, piscinas edificio de recepción, comedores generales, almacenes, bares y restaurantes.

Es mediodía y el sol se pasea a lo largo y a lo ancho de las terrazas de Perlorá. Allá enfrente, el mar le quita importancia a todo, porque él está allí y no hay nada que signifique tanto, ni siquiera el viento que mueve con fuerza la ropa tendida para secar.

A unos metros de la Residencia trabajan los obreros en la construcción de un pabellón. El amarillo del nuevo chalet está buscando el contraste del paisaje. Pronto, otros obreros vendrán a habitar las nuevas viviendas veraniegas y éstos que ahora se afanan proseguirán su tarea, elevando al aire de Asturias un nuevo poblado.

Por estas tierras pasó José Solís, Ministro Secretario General del Movimiento. Iba siguiendo la ruta de la costa, desde Avilés a Gijón, en un viaje rápido y exhaustivo; cada detención no significaba descanso, sino el estudio de un nuevo problema, de una sugerencia o simplemente un acto de gratitud sencilla de los hombres que saben que no están solos.

La carretera asfaltada pasa al borde del edificio central de la Ciudad Residencial de Perlorá. Al otro lado de la entrada principal, detrás de las salas y los pasillos, están los amplios ventanales de cara al mar.

Allá, a un flanco el mar se mete en la tierra, y Perlorá parece un poco la proa de un inmenso barco de prados y roca, en el que la Ciudad Residencial sería el castillo que rematará la embarcación.

Solís estuvo por estas tierras en una mañana que era como un anticipo del verano, como un prórroga en la niebla y la lluvia. En esta gran sala que es el comedor de la Residencia se reunieron con doscientos hombres que en asamblea abierta y espontánea rindieron homenaje a la figura del Ministro Secretario General del Movimiento. El viejo concepto que nos hablaba de las fuerzas vivas de la provincia cobró de nuevo actualidad, porque aquellas gentes que con Solís se reunieron en Perlorá eran la representación vital de toda Asturias, que extendida desde aquí hacia tres de los puntos cardinales esperaba los resultados de aquel diálogo.

En esta sala, ahora vacía por unas horas, donde a la hora del almuerzo y de la cena se juntan productores de toda España hubo un día, en honor de Solís, un banquete. Sobre las mesas, ahora

brillantes, llegó un día una comida marinera. Después, cuando el Ministro tomó el rumbo de Gijón, todo volvió a quedar otra vez en silencio. Allí quedó satisfecha la esperanza de los trabajadores asturianos.

CARA AL MAR, LAS COFRADIAS

Desde la ría de Tinamayor hasta la desembocadura del Eo hay 315 kilómetros de litoral. Así, sobre el mapa es la diferencia que va de 0° 50' junto a la raya con Santander a 3° 28' de longitud Oeste del Meridiano de Madrid, pegando a las tierras de Lugo. Esa es, ni más ni menos, la Asturias marinera. Allí está la Costa Verde, con una larga lista de nombres que figurarán mañana en la agenda de todas las Compañías de Viajes.

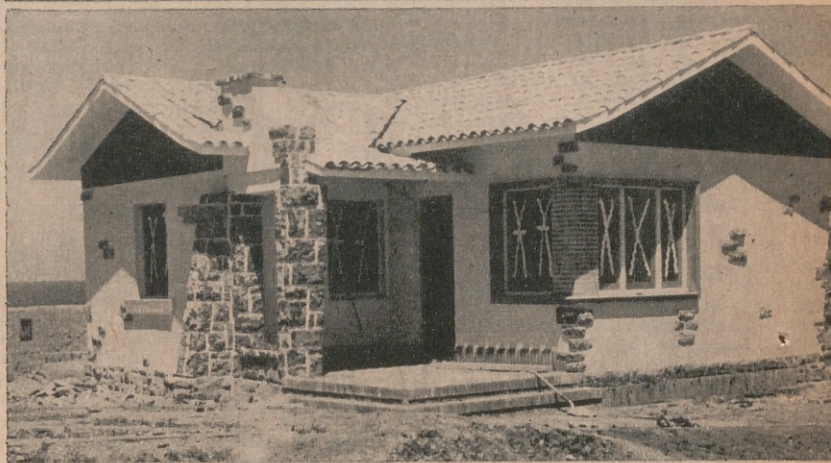
La Costa Verde va a ser pronto algo sólido y consistente en los programas de turismo. Diez albergues de carretera, junto al litoral, siempre recortado, van a ser los primeros jalones donde se afirmará la huella de un propósito. El precio es caro, cinco millones, pero la Diputación Provincial está dispuesta a que la Costa Verde sea algo más que un feliz sobrenombre de la Asturias del turismo. Y después, más hoteles, nuevas instalaciones, sin olvidarse siquiera de que el turismo motorizado se impone para mañana y que el camping necesita espacios especiales que va a tener muy pronto.

Todo eso supondrá mucho dinero, pero la renta está ahí mismo, a la vista; las inversiones del litoral van a ser seguras y fáciles.

El mar y la costa tienen también el reverso, su otra cara de siempre. La Costa Verde es un mundo abierto para el que busca descanso y recreo. Junto a las playas elegantes y los hoteles con aire acondicionado están las gentes que ganan su sustento sacando del mar el pescado que alimenta a la población del interior.

El Sindicato Provincial de la Pesca cuida y protege el trabajo de estos hombres. Por un lado, lo social; por otro, lo económico, la Organización Sindical vela en todos los aspectos por la protección al pescador. De punta a punta de la costa extienden su acción las diecinueve Cofradías de Pescadores encuadradas en el Sindicato. Con sus nombres viene el recuerdo de pueblos marineros en su totalidad y de otros que junto a la pesca contemplan el desarrollo de actividades industriales, comerciales o simplemente turísticas. Ahí están listos para formar un censo del trabajo pesquero en Asturias, Abres, Figueras, Tapia de Casariego, Visvélez, Puerto de Vega, Ortiguera, Luarca, Oviñana, Cudillero, San Juan de la Arena, Avilés, Bañugues, Luanco, Candás, Gijón, Tazones, Lastres, Ribadesella y Llanes.

Hasta estos puertos llega el pescado del mar Cantábrico en las embarcaciones de nombres viejos y repetidos. En 1956 el total de pesca obtenida por los barcos de Asturias fué de 19.511.919 kilos. A la hora de pensar en aquello tan repetido del «aún dicen que el pescado es caro», vale



Recién terminados, al aire y al sol de Asturias, estos pabellones albergarán pronto a familias trabajadoras. Cada chalet posee una capacidad uniforme; sin embargo, afuera se muestran distintos, alterando la monotonía del conjunto

la pena indicar que esta pesca alcanzó en las Lonjas del Principado un valor total de casi 171 millones de pesetas, una cifra que por sí sola ya justifica la importancia de esta rama de la actividad provincial.

Tras estas cifras conseguidas se mueve todo un mundo industrial, mariner y comerciante unificado para la consecución de estas realidades. Once fábricas suministran el hielo necesario para la pesca que viene en las 805 embarcaciones de bajura y en las 45 de altura.

Allí, en el muelle, esperan también para dar comienzo a su tarea los hombres que distribuyen el pescado entre los consumidores. El Sindicato Provincial de la Pesca agrupa a 130 exportadores que envían a toda España la riqueza extraída del mar, y a 652 detallistas de pescado en fresco.

En realidad, todo empieza después de que el pescado es ya una realidad sobre la red y los pesqueros ponen proa hacia el puerto. Entonces entra en movimiento todo un complejo mundo de actividades que en la nomenclatura económica se denomina Industrias Derivadas de la Pesca.

Asturias sabe muy bien de estas empresas, porque a lo largo de sus zonas marineras se extienden las instalaciones de cincuenta y dos fábricas de conservas. Aquí no es enojoso el capítulo ese de las comparaciones. En 1954 eran solamente 37. Un año más tarde, en 1955, la producción provincial de conservas de pescado significó un total de 3.841 toneladas, de las que más de la mitad correspondían a conservas en aceite y el resto eran al natural o en escabeche.

Después, como contrapartida, llegan las cifras que revelan el esfuerzo de este trabajo. Hacen falta muchas cosas hasta que la lata de cualquier pescado se vende en la tienda de ultramarinos de cualquier parte del mundo. Seis mil ochocientos veinticuatro toneladas de pescado fresco, es decir, casi el doble del total de conservas obtenidas fueron necesarias como materia prima de las fábricas. Después hay también otras necesidades. Casi quinientas toneladas de aceite, 591 de hojalata y 1.172 de sal.

En ese mismo año, el total de horas trabajadas por el personal de las industrias derivadas de la pesca alcanzó la extraordinaria cifra de 2.712.500 horas, de las que cerca de medio millón correspondían a los obreros con empleo

fijo y 79.400 a las mujeres en las mismas condiciones.

AL OESTE, LUARCA

Ya se acabaron para siempre los tiempos del bergantin. Ya terminó la «carrera del Atlántico», que comenzaba al otro lado del charco en los grandes puertos de Filadelfia o de Boston y concluía en este puerto recogido y callado que se llama Luarca. Sin máquinas, sin radar ni previsiones meteorológicas, los largos barcos de vela hacían la travesía del mar Océano compitiendo en velocidad con los barcos ingleses que, partiendo de los mismos puertos americanos, llegaban hasta Liverpool. El record de entonces, una buena marca para contar sólo con el viento, se lo llevó un bergantin de este puerto con sólo diecisiete días de navegación.

Luarca es un municipio asturiano apretado entre el mar y la montaña. Parece como si la presión de estos dos cosmos empujara a la emigración. El mar es camino de América, y por tierra adentro se camina a Oviedo o a Madrid. Hacia el mar o hacia la tierra marchan los hombres de Luarca. Cualquiera otro pueblo no sentiría la comezón del viaje como la sienten estos hombres pero hay prisa por ganar más dinero, por ser alguien a la vuelta de unos años, y las gentes que aquí no se marcharían impelidas por graves necesidades económicas, se van por ese tan viejo amor a la aventura.

Luarca es también un distrito mariner donde la pesca tiene un gran cometido en la economía comarcal. En 1953, la cantidad total capturada por las embarcaciones del distrito fué de 1.221,9 toneladas, lo que viene a representar el 0,24 por 100 del total de pesca obtenida en todas las costas españolas. Si se piensa en la extensión e importancia de nuestra riqueza pesquera cabe hacerse idea de lo que significan las aportaciones de esta comarca asturiana, metida en el occidente del Principado. De esta pesca 1.162,9 toneladas correspondían a los peces; 45, a los crustáceos, y 14, a los moluscos. El valor total de la misma representó más de tres millones de pesetas, de las que 2.187.100 correspondían a los peces, casi un millón a los crustáceos, que luego se vuelcan sobre las barras de los bares elegantes, y el resto a los moluscos. La pes-

ca, si da fatigas y riesgo, da también dinero

Cuando llega el momento de pensar en los medios empleados para obtener estos resultados, hay que acordarse de los dos brazos de la producción: el trabajo y el capital. Luarca empleaba en 1954 un total de 1.791 personas, de ellas 200 mujeres, en las faenas de la pesca. Sobre las 1.243 toneladas de los barcos pesqueros se iban a la mar los hombres a la búsqueda de unas riquezas ganadas a pulso.

Para los vapores se asoma ya cercana la hora de la jubilación. Sólo seis restan en la flota pesquera de este puerto asturiano. Aquí, como en toda la costa, las embarcaciones accionadas por motores de explosión son las que verdaderamente alcanzan importancia. En Luarca suman un total de 89. Sobre éstas y los vapores marcharon cada día los 1.207 hombres que componen el censo de tripulantes radicados en Luarca.

Siempre hay un sitio para la navegación de los viejos tiempos, de menor volumen, pero que aún emplea a 320 hombres en las 95 embarcaciones que van a la busca del pescado impulsadas por el viento o los brazos.

AVILES TIENE TRANVIAS

Las mañanas de Avilés saben a trabajo y actividad, porque Avilés es ahora más que nunca una ciudad importante. Quizá si esta importancia puede medirse por un signo externo de poderío es por el aire desenvuelto de estas avenidas con tranvías, porque Avilés tiene tranvías y prisas en las calles estrechas de los barrios viejos. Allí está la amplia casona de Marta y María y la gran plaza donde el Ayuntamiento vuelve la espalda a la ría. Al pie de los soportales, en los bancos municipales más cómodos del mundo, un grupo de viejos recibe con calma la caricia de este sol de las once de la mañana.

Avilés ha sonado fuerte con la Empresa Nacional de Siderurgia, y aunque no sea tiempo de descubrir Mediterráneos, Avilés estaba allí, sobre la orilla de la ría, desde hacía siglos.

La ciudad es grande y ha crecido de prisa. El municipio, en el que están comprendidos los núcleos habitados y barrios de San Juan de Nieva, Llaranes, Villalegre, San Cristóbal y San Pedro de Navarro, contaba en el año

En Avilés, estos bloques de viviendas ofrecen hogares para los hombres que arrancan con sus redes la riqueza del mar





Ha llegado la pesca de un día cualquiera. Las barcas se arriman al muelle y pronto comienzan las ventas

1950 con unos 20.000 habitantes. Después llegó la benéfica invasión de estas empresas industriales. No ha sido sólo la Empresa Nacional Siderúrgica la única realización que ha vestido de nuevo las calles y plazas de Avilés. Otras Sociedades, estatales y privadas, se han asomado con sus capitales, con sus técnicos y trabajadores a las puertas de la vieja ciudad. Ahí están, como muestra, la Fábrica Nacional del Aluminio, Cristalería Española, Productos Dolomíticos, Española de Oxígeno, Siderúrgica Asturiana y tantas otras que llenan de dinero y trabajo a los hombres de estas tierras.

Hay problemas que acusan los claros síntomas de desarrollo urbano porque a la ciudad, que crece por momentos, se le queda chico todo y hay que construir y reponer. Hoy son ya 50.000 los habitantes de este municipio norteño. Mañana el número seguirá aumentando, Dios sabe hasta dónde, porque el desarrollo industrial en esta zona asturiana parece no tener límite.

Cada día nace un nuevo barrio para Avilés. Una vez serán las 500 viviendas protegidas para pescadores; otra, las 700 de Cistalería Española, S. A. Están, además, las 1.200 de ENSIDESA y el esfuerzo sindical que con sus poblados «Francisco Franco» y «José Antonio» representó la aportación de 1.000 viviendas. Avilés se extiende por sus cuatro costados, y el Gobierno, en la persona de uno de sus ministros, ha contemplado la realidad de este hecho

LA MULTIPLICACION DE LOS PECES

Llamarle isopóndilo parece un poco fuerte, y sin embargo, ese es el nombre de su orden zoológico. De tejas abajo se llama salmón, y constituye una de las más importantes riquezas de los ríos asturianos.

Para el salmón no hay barreras de salinidad. Vive, según las temporadas, en el mar y en los ríos, pero es precisamente en estos últimos donde se realiza la captura del buscado pez.

Es un animal de gran fuerza, que se conoce de memoria los recovecos de las corrientes asturianas. Sabe remontar los raudales, y cuando la pequeña cascada detiene su marcha siempre queda el recurso del salto. La cola es una buena palanca para apoyarla en las piedras del poco profundo río. Un buen impulso y ya está el salmón saltando a dos o tres metros sobre las aguas, en una pirueta inverosímil que le lleva hasta cinco o seis metros más arriba.

Y hay que subir hasta las fuentes, hasta las aguas claras y frías, porque es allí donde el salmón espera la llegada de la época de reproducción. Allí nacen los nuevos salmones, que esperarán un par de años, a lo sumo, hasta descender por los ríos que van a parar a la mar, que es el vivir. Ya no remontarán las corrientes fluviales hasta que pase el tiempo y se vean convertidos en adultos

El salmón pasó por tiempos malos en Asturias. Las explotaciones industriales cegaron para esta riqueza algunas de las más importantes corrientes fluviales de la provincia. Junto a este problema, otro más grave aún, si cabe, vino a hacer más patente la ausencia del salmón en los ríos asturianos. Sus altas cotizaciones en los mercados fueron precisamente la causa de que se extremara la rareza de los ejemplares. El salmón fue objeto de una persecución despiadada, ejecutada con todas las artes ilícitas de la pesca, que amenazaban con hacer desaparecer totalmente la especie.

Con la ley de Pesca Fluvial promulgada en 1942 todo comienza a cambiar en el panorama de

la pesca del salmón. El Servicio Nacional de Pesca Fluvial y Caza emprendió una eficaz campaña, que todavía prosigue, para la repoblación artificial y la protección de los estuarios. Asturias marcha hoy a la cabeza en riqueza salmonera gracias al cuidado ofrecido a sus ríos por este Servicio.

El salmón se muestra cada vez más pródigo y abundante con los pescadores de caña que llegan desde todos los rincones del mundo hasta las cuencas fluviales de Asturias y pagan altos precios por el derecho de pescar en un determinado «pozo». En 1945, el total de salmones obtenidos en los ríos asturianos fué de 188, con un peso global de 2.691 kilos. De aquí hasta hoy se ha recorrido un largo camino. Los ríos entregan cada día mayores ganancias para las explotaciones, y en 1954 esas cifras se habían multiplicado hasta 4.297 salmones, que pesaron en total 23.002 kilos.

Cuando esta riqueza se recuperó por obra y gracia del Servicio Nacional de Caza y Pesca Fluvial comenzaron los ingresos que este deporte proporciona. Y con ellos, los ofrecimientos. Hace tres años, España rechazó una oferta americana para la exclusiva de pesca en los ríos del Norte. Cuatro millones de dólares estaba dispuesta a pagar la empresa por los quince años en que ejerciera el monopolio de sus actividades. La oferta fué rechazada, y hoy el dinero llega directamente hasta las tierras ribereñas en las cuencas fluviales.

De un costado a otro, por el mar y los ríos, Asturias trae para nuestra economía los millones ganados con esfuerzo y en el fuerte olor del pescado se envuelve el trabajo de los hombres que viven de la pesca.

Guillermo SOLANA ALONSO

Enviado especial

Pág. 25.—EL ESPAÑOL



EL ÚLTIMO VIAJE DEL "DRAGON RAPIDE"

Un vuelo histórico de Croydon a Gando, de Gando a Tetuán

La tarde del 5 de julio de 1936, el corresponsal de «A B C» en Londres, Luis Antonio Bolín, recibe el encargo de gestionar el alquiler de un hidroavión. A falta de uno que reuniera esas características, tenía que encontrar un avión terrestre de gran radio de acción. La misión señalada a ese aparato era de decisiva trascendencia para el Movimiento Nacional: en él habría de trasladarse el Generalísimo desde Canarias a Marruecos.

Las instrucciones complementarias dadas eran que el avión habría de llegar a Casablanca el 11 de julio y allí recibiría nuevas órdenes para proseguir el vuelo. Si tales normas no se cursaban antes del 31 de julio, el aparato podría emprender nuevamente el camino, pero regresando a Gran Bretaña.

Luis Antonio Bolín busca en el mismo Londres un asesoramiento técnico a fin de llevar a cabo, de la mejor manera posible, la difícil misión que se le había encomendado. Y recurre a Juan de la Cierva, el ingeniero español inventor del autogiro. Nadie mejor que él en esos momentos para colaborar en la tarea. No sólo se hallaba La Cierva ampliamente relacionado con las empresas de aviación inglesas, sino que técnicamente su visto bueno a la hora de la elección era la mejor garantía de acierto.

Bolín se entrevista sin perder un momento con La Cierva y éste entra en acción al instante. Se



Aviador Bebb, que llevó al general Franco desde Canarias a Tenerife en el «Dragón Rapide»

ponen al habla con los directores de las más conocidas compañías británicas y las respuestas que reciben son desalentadoras.

—No disponemos del material que nos piden.

—Tendríamos que hacer varias gestiones, pero no podemos garantizarles un resultado favorable.

—Muy difícil va a ser encontrar en Gran Bretaña un aparato con las características que nos exigen.

Ni uno ni otro abandonan la empresa y se dirigen con la misma urgencia a distintas casas alemanas e italianas. El resultado de estas gestiones es igualmente ne-

gativo; únicamente aviones militares o al servicio de las líneas regulares reunían los requisitos para realizar la misión con probabilidades de cumplirla sin contratiempos.

Es entonces cuando recurren al director de la Compañía de Seguros de Aviación, amigo personal de La Cierva. El «Dragón Rápido» va a entrar en la Historia.

EL BISABUELO DE LOS «COMET»

El director de esa compañía da un nombre a los dos españoles: Olley.

—La casa Olley Air Service Limited dispone de muchos aparatos y cuenta con pilotos de toda confianza.

Es Bolín quien se pone al habla con el capitán Olley, jefe de la empresa.

—Para ese viaje disponemos del «Dragón Rápido», construido por la firma De Havilland y dotado de dos motores, «Gips y Major».

En el aeródromo de Croydon, no lejos de Londres, descansaba sobre la jugosa hierba inglesa el aparato que llevaba por matrícula las letras G. A. C. Y. R. Entonces, hace veintidós años, era un avión modernísimo y potente, el auténtico bisabuelo de los actuales «Comet». Esas letras y aquel nombre muy pronto iban a hacerse famosos en la Prensa mundial al dar cuenta de la aventura de su viaje.

—Para pilotarlo tengo al hombre indicado: el capitán C. W. H. Bebb. En nadie confiamos tanto como en él.

Bolín y La Cierva aprueban la oferta y se entregan de lleno a estudiar el viaje, el itinerario más conveniente, las distintas etapas, las horas de vuelo. No olvidan tampoco que es fundamental disimular la misión que va a cumplir

El «Dragón Rápido». Nadie ha de sospechar nada si se quiere que el aparato llegue puntual a su destino. Cualquier indiscreción puede significar el fracaso de la empresa.

Bolin y La Cierva son del criterio de que para mejor alejar toda sospecha el aparato ha de emprender el viaje como si se tratara de una excursión de turismo. Y para ello lo ideal sería que a bordo fueran súbditos británicos, sin excluir a alguna mujer de la misma nacionalidad.

Bolin piensa en su amigo Douglas Jerrold, un buen escritor y un amante de todo lo español.

—Necesitamos unos pasajeros para realizar un viaje a un punto desconocido del occidente de Africa.

Jerrold, hombre perspicaz y de viva imaginación, sospecha que algo importante está en juego, pero se abstiene prudentemente de hacer preguntas y averiguaciones. Sin perder tiempo llama por teléfono a su amigo Hugh Pollard, comandante retirado y técnico muy acreditado en armas de fuego.

—Que vengan esos españoles a verme para concretar—es la respuesta de Pollard.

LA LISTA DE PASAJEROS, COMPLETA

Bolin y La Cierva se trasladan al condado de Sussex, donde Pollard, delgado, moreno y ancho de espaldas, tiene su residencia. Es un hotelito rodeado de un alegre jardín, con sus arriates cuajados de flores y con una bien cuidada pista de tenis.

Los dos españoles son recibidos en una estancia con solemnes muebles de estilo jacobino. Antes de entrar en explicaciones, el dueño de la casa abre una botella de vino de Jerez. La acogida es cordial, y Bolin empieza a informar vagamente del viaje. Pollard mide a grandes zarcadas la habitación con el entrecejo arrugado y las manos a la espalda.

—Conforme. Cuenten ustedes conmigo.

Faltaba tan sólo buscar a los otros viajeros; la mayor dificultad iba a estar en designar a las pasajeras. No obstante, Pollard va a solucionar la papeleta.

—Creo que podremos contar también con Dorothy Watson; es una muchacha que ama todo lo novelesco. Ha ido a Londres a despedir a su novio, que marcha al extranjero, y espero que ella regrese pronto.

—Nos hace falta otra—interviene Bolin.

—La otra puede ser mi hija Diana. Vamos a ver qué dice.

Diana tiene diecinueve años y posee una gran vitalidad. Es rubia y bonita. No ha terminado su padre de hablarle del proyectado viaje cuando ella ha dado su aprobación jubilosamente.

Falta sólo la respuesta de Dorothy Watson. Sus palabras son breves y no menos expresivas:

—¿Cuándo salimos?

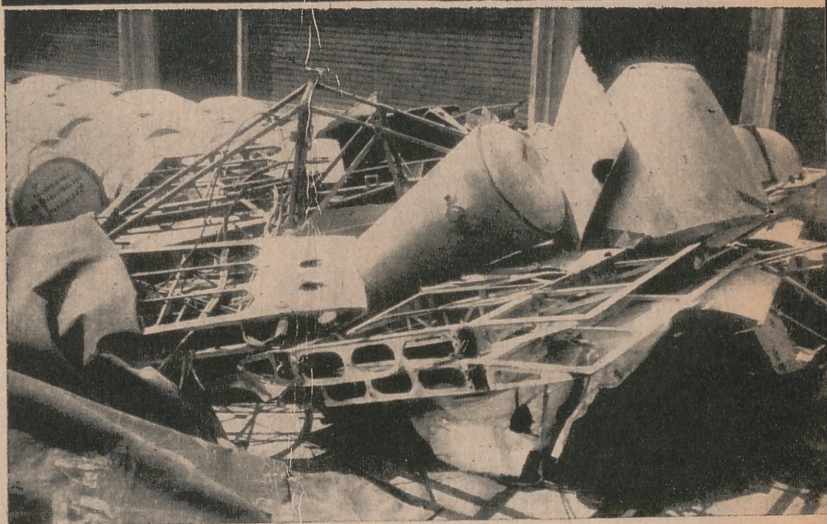
El «Dragón Rápido» tiene cubierta ya la lista de pasajeros. Únicamente ha de reunirse la tripulación.

CROYDON, UNA MANCHA VERDE

En la tarde del 9 de julio, los



Ilustran este reportaje tres fotografías de diversos elementos del avión «Dragón Rápido», desembarcado del «Monte Urbasa», en el puerto de Santurce



dos españoles se presentan en las oficinas que la casa Olley tiene en el aeródromo de Croydon. Diez minutos de conversación con el capitán director de la compañía y es llamado para presentarse el piloto C. W. H. Bebb.

—¿Aceptaría usted realizar, en el mayor secreto, un vuelo hasta las islas Canarias?

Bebb hace un gesto afirmativo con la cabeza.

—Es indispensable que en el itinerario se evite el territorio español; no se debe aterrizar en él bajo ningún pretexto.

El inglés no opone ningún obstáculo y estrecha la mano a los españoles. Se sella así un pacto con la aventura.

La fecha señalada para emprender el vuelo es la del 11 de julio de 1936. La tripulación está integrada por Bebb, que manda el aparato, y por G. O. Boyers, en calidad de mecánico. Como viajeros, con sus pasaportes en regla, suben al «Dragón Rápido», el comandante Hugo B. C. Pollard, miss Diana Pollard, miss Dorothy Watson y Luis Antonio Bolin.

—Contacto.

La hélice comienza a girar, y pronto el terreno de Croydon no es sino una mancha verde que se pierde por el timón de cola. Son las siete de la mañana, y el cielo se enciende todavía con las luces rosadas del amanecer.

La primera escala es en Burdeos. Cuando el «Dragón Rápido» toma tierra, un grupo de españoles se aproxima al avión. En-

tre ellos están el duque de Santofía, los marqueses del Mérito y Luca de Tena, el teniente aviador Gándara y Fernando Zarco. Mientras éstos ultiman los detalles del próximo «salto», los tripulantes ingleses vigilan la operación de repostar los depósitos. El «Dragón Rápido» ha cubierto la etapa sin un solo fallo en los motores.

Un otro pasajero se agrega a la expedición: el marques del Mérito. Lleva el encargo de contratar una avioneta en Tánger para que se traslade en ella el Generalísimo, en el caso de que surgiese alguna dificultad para continuar su viaje el «Dragón Rápido». El nuevo expedicionario ocupa el puesto del mecánico, quien queda en tierra para trasladarse a Toulouse y tomar allí un avión de línea que ha de llevarle a Casablanca.

El aparato vuelve a remontarse en un cielo encapotado. Tantas nubes hay y tan escasa es la visibilidad, que el piloto, Bebb, se desorienta, y después de alcanzar los Picos de Europa, tiene que retroceder hacia Francia. Biarritz va a ser un punto de escala imprevisto.

GANDO, PUNTO DE DESTINO

—Hay que evitar en absoluto el territorio español—insiste, una vez más, Luis Antonio Bolin.

—No es posible alcanzar Lisboa sin sobrevolar la Península.

—Entonces, no olvide que no de-

bemos aterrizar por ningún motivo.

El «Dragón Rápido» marcha a pleno rendimiento de sus motores. No tomar tierra antes de llegar a Portugal es la obsesión de todos los que van a bordo.

La frontera lusitana es alcanzada, y se extienden ya los campos verdes del norte de Portugal ante los ojos de los viajeros. Los kilómetros más peligrosos se han recorrido sin el menor incidente. A la caída de la tarde, el «Dragón Rápido» se posa suavemente en la pista del aeródromo de Espinho en las cercanías de Oporto.

Hasta la mañana del día siguiente, domingo 12 de julio, no se reanuda el vuelo. La próxima etapa va a ser Lisboa.

En la capital portuguesa, Bolin da cuenta al general Sanjurjo de las circunstancias de la travesía. Después de repostar, el avión pone proa a Casablanca, donde aterriza a última hora de la tarde. Pero el esfuerzo exigido al aparato se traduce en una avería de sus motores.

Dos días se invierten en reparar los daños, y el 15, bordeando la costa marroquí, el «Dragón Rápido» se encamina a Cabo Juby. En tierra se habían quedado Bolin, atendiendo a las instrucciones recibidas, y el marqués del Mérito, que, poco después, saldría para Tánger.

Luego, es el salto sobre el mar, y en el horizonte aparecen las instalaciones del aeródromo de Gando, en Las Palmas. La última etapa se había cubierto felizmente.

El «Dragón Rápido» es colocado a cubierto, y los viajeros no se dirigen a Santa Cruz de Tenerife hasta que llega la noche. El piloto ha quedado en Las Palmas, y pronto va a tener instrucciones concretas acerca de la misión que ha desempeñado y de la que falta aún por cumplir.

Está Bebb en su habitación del hotel, dispuesto a dormir la siesta, cuando tocan discretamente a la puerta.

—Adelante.

El capitán de Artillería Antonio Lucena entra en la estancia. Trae el cargo del general Orgaz de comprobar si, efectivamente, el avión llegado a Gando es el que esperan.

—¿Por qué se encuentra usted en Las Palmas, sin autorización especial? ¿Quién es usted? ¿Cómo ha llegado aquí? ¿Quiénes son los viajeros? ¿A qué vienen?

Ante las tranquilas respuestas de Bebb, que asegura con voz inocente que no es más que un piloto al servicio de unos turistas, el capitán Lucena vacila. Pero vuelve a la carga en su interrogatorio, y, al fin, dice al inglés:

—Alguien quiere verle. El general le espera.

«HA LLEGADO EL MOMENTO.»

Quién vacila ahora es Bebb.

—¿Qué general?

La conversación se hace más difícil por momentos. Ninguno de los dos quiere descubrirse, y los minutos pasan infructuosamente.

—¿Sabe usted dónde está la iglesia?

—Únicamente podría decir dónde está la catedral—responde Bebb.

—Da lo mismo. Está usted a las cuatro en punto ante la puerta central. Un coche se detendrá frente a usted y el conductor le hará una seña. Suba al vehículo, que le llevará a la montaña.

En la montaña tenía un exportador de frutos, Antonio Bonny, una «villa» llamada Santa Brigida. Allí esperan a Bebb el propietario de la casa, que mediará como intérprete, y el general Orgaz. Y vuelve a repetirse el interrogatorio.

Los acontecimientos se precipitan a partir de esa entrevista. El inglés Pollard, puesto al corriente de todo, da órdenes al piloto para que tenga preparado el avión a fin de emprender el vuelo al día siguiente.

En la mañana del día 18 de julio, Bebb se despierta sobresaltado al sentir que golpean con energía la puerta de su dormitorio. Irrumpen en la habitación Antonio Bonny, el capitán Gil León y el teniente Legendio.

—¿Qué pasa?—pregunta el inglés, adormilado.

—Prepárese en seguida. Ha llegado el momento.

Bebb obedece. Invierte muy pocos minutos en vestirse y hacer su reducido equipaje. Un coche espera a la puerta y en él es conducido hasta la Comandancia. Una y otra sala, luego un pasillo y finalmente un despacho.

—Espere un momento aquí por favor.

Son las doce menos cinco y un oficial se presenta para decirle:

—Esté preparado.

A las doce en punto, vuelve el mismo oficial.

—Puede salir

Bebb respira satisfecho. Se enfrenta en seguida con caras conocidas: el general Orgaz, que sonríe amablemente; Antonio, Bonny y el mecánico.

Escortado por un destacamento de motociclistas armados, es conducido al aeródromo. El automóvil marcha a toda velocidad y no la aminora sino en ciertos puntos convenientes, donde algunos agentes de enlace indican con un breve gesto que la carretera está libre. Al fin, dan vista al aeródromo de Gando. Allí se encuentra el «Dragón Rápido».

Bebb y el mecánico revisan los mandos, los puntos de engrase, las entrañas de los motores.

—¿Han llenado los depósitos?

—Todo está listo.

—Entonces sólo me falta el viajero—añade Bebb.

—Mírelo. Ahí viene.

EL «DRAGON RAPIDE», RUMBO A TETUAN

A grandes y decididos pasos avanza hacia el piloto un hombre joven, de pelo negro.

—Soy el general Franco.

Presentación abierta y sencilla, mirada de frente a los ojos del interlocutor, un segundo antes desconocido y que va a ser, sin embargo, colaborador importante en el logro de la empresa. En esa mutua mirada ambos debieron quedar satisfechos.

—Contacto—ordena Bebb.

Los motores se ponen en mar-

cha. El Generalísimo, después de estrechar todas las manos, gana las alas del avión para tomar asiento en la cabina. El «Dragón Rápido» se estremece impaciente como deseando remontarse a la profundidad misteriosa de los cielos. Con el Generalísimo van también su ayudante, Franco Salgado y el aviador militar Villalobos.

—En marcha para Casablanca—dice el Caudillo.

Obedece el avión, despega del suelo con agilidad y se lanza hacia Oriente. Son las dos y diez minutos de la tarde del 18 de Julio de 1936.

—¿A qué hora piensa usted que lleguemos a Casablanca?

Bebb muestra nueve dedos sin titubear.

Eran, efectivamente, las nueve y las primeras estrellas colgaban del cielo marroquí, cuando después de una corta escala en Agadir, necesaria para reponer esencia, el «Dragón Rápido» tomaba tierra en Casablanca. Allí espera impaciente Luis Antonio Bolin.

Al aire libre despachan una frugalísima cena y en esos momentos llama por teléfono el marqués del Mérito, desde Tánger, para advertir que el «Dragón Rápido» no se dirija a esta ciudad, como se llegó a pensar a veces.

Quedaban los aeródromos de Larache o de Tetuán. El primero podía recibir a los viajeros esa misma noche, puesto que contaba con instalación eléctrica.

El Caudillo decide reanudar el viaje de madrugada, para aterrizar en Tetuán. A las cuatro y media de la mañana los viajeros ocupan de nuevo sus puestos en el aparato y el «Dragón Rápido» enfila la dirección de Tetuán.

«EL DRAGON RAPIDE» VUELVE A ESPAÑA

Alrededor de las siete, apenas salvado el macizo de Gorgues, surge la blanca ciudad de Tetuán. El avión pasa sobre las cumbres de Beni-Hozmar y, perdiendo altura, vuela sobre el mar en las proximidades de Río Martín.

Bebb oprime la palanca, da vuelta el aparato en torno a un muelle y se lanza hacia el campo militar. Allí aguardan los legionarios. El Generalísimo se levanta en la carlinga y saluda con la mano. Los soldados reconocen a su antiguo jefe y lanzan al aire sus gorros. El Caudillo es sacado en hombros por brazos vigorosos y recibido en triunfo.

El «Dragón Rápido» ha cumplido felizmente el histórico vuelo. Su nombre está definitivamente incorporado al espíritu y a la letra de la reconquista de España. Vibra en aquellos instantes todo su fuselaje como consciente de la misión que acaba de cumplir. Esa mañana calurosa del 19 de julio, el «Dragón Rápido» es ya un avión histórico.

Ahora, veintidós años después, con sus fuerzas agotadas y sin energía para remontarse a los cielos, vuelve a la tierra española a bordo del buque «Monte Urbasa». El capitán Olley, director de la compañía propietaria, lo ha regalado al Caudillo. El aparato, viejo, humilde, silencioso, será en re nosotros testimonio vivo de ese memorable y romántico viaje.

Alfonso BARRA

HISTORIADOR DEL XIX

DIEGO SEVILLA ANDRÉS:

“LA PRENSA TIENE MAS VERACIDAD QUE LAS MEMORIAS”



DATOS Y JUICIOS DE PRIMERA MANO SOBRE CANALEJAS Y SU EPOCA

No es alto, ni bajo. Viste de gris, camisa blanca y corbata a rayas. Pañuelo blanco en el bolsillo alto de su americana. Por las bocamangas asoman blanquimosos, pulcros, los puños de la camisa. Tiene los ojos como cansados de mirar, de pasar las horas largas en la busca de un dato preciso, de una fecha exacta. Cuando habla, sus ojos, cansados, recobran un aire de inquietud y quedan clavados, como ajenos al hilo de la palabra.

Diego Sevilla Andrés tiene ahora cuarenta y cinco años. frente amplia, despejada, un poco echada hacia atrás y algunas canas menudean en su cabeza. En su porte, un hombre elegante con aire de perfecto bohemio. Quizá sea esa la nota predominante en este escritor: su elegante bohemia. Pero a la antigua, cuando la bohemia no era como una flor que se puede llevar en el ojal de la solapa.

El libro hace ya algún tiempo que está detrás del cristal de los escaparates. Sobre su cubierta, en tres colores: rojo, azul y negro, se lee un nombre, un apellido: «Canalejas».

Ese es el título. Su autor, Diego Sevilla Andrés, profesor de Derecho Político en la Universidad de Valencia y padre de otras obras que le han colocado en un lugar de preeminencia entre los más sobresalientes historiadores de nuestro tiempo.

Diego Sevilla ha escogido, y lo maneja a la perfección, un sistema perfecto, ameno y atractivo de historiar el pasado: el sistema de la biografía, donde el dato, la fecha, la anécdota, el detalle minucioso prestan interés y amenidad al relato, sin que mengue la exactitud, la fidelidad, la veracidad histórica o la profundidad de la investigación. En las



Diego Sevilla Andrés, profesor de Derecho Político en la Universidad de Valencia, se ha colocado con sus obras en un lugar de preeminencia entre los más sobresalientes historiadores de nuestro tiempo

biografías—porque hay que hablar en plural—de este historiador está patente el método riguroso de una exposición fiel a las circunstancias de la época y del personaje central.

Con la publicación de la biografía política de Canalejas, Diego Sevilla Andrés nos presenta ya completo y acabado el estudio de un ciclo histórico del máximo interés para nosotros: el siglo XIX. Interés por lo cercano y por su característica de causalidad.

La esencia política e histórica de esa centuria, su agitación y sus cambios, su destino, sus am-

biciones, sus realidades y sus esperanzas quedan como en un espejo de ancha luna, reflejadas en dos obras cumbres del escritor. El siglo XIX está como colgando de la levita o las antiparras de dos hombres centrales. A estos dos hombres corresponden dos títulos en las biografías de don Diego Sevilla Andrés: «Antonio Maura. La revolución desde arriba» y «Canalejas». Conservador, liberal. Un binomio de todo un siglo. Dos etiquetas para casi todos los hombres de la política de cien años, aunque muchos no supieran, en realidad, descifrar el auténtico sentido de esta etique-

ta que habían colgado en sus opiniones y creencias políticas.

Lo cierto será siempre que estos dos hombres, que estos dos volúmenes, servirán, como únicos, para desentrañar la enmarañada red de una época donde se encierra la raíz de una buena parte de la nuestra. Sobre todo cuando el historiador, como Diego Sevilla, hila fino y delgado, con entrelíneas tan claras, tan inteligibles como las negras letras de molde.

Prólogo largo del catedrático y académico Jesús Pabón; dedicatoria fraternal a López Ibor y una introducción tan necesaria como oportuna del autor. Las páginas de la introducción constituyen un acertadísimo capítulo de la mejor metodología para la Historia, para la exposición histórica de una vida y de una época. Sobre esto que llamo metodología habla Diego Sevilla:

—Una de las dificultades para todo trabajo histórico es la fijación de los límites necesarios: Años que debe abarcar y profundidad en su estudio. Esta limitación tiene especialísimo interés

en la biografía política para no sacar las cosas de su sitio. No es baladí la determinación del tiempo interesante que, a mi criterio, viene perfectamente delimitado por el fin del estudio. Es necesario conocer al hombre profundamente hasta que aparece en la vida pública, porque a esta situación aporta, necesariamente, el peso de su vida anterior. Pero el interés político concluye, por el contrario, cuando deja de ser para los demás, o en su fuero interno, un posible gobernante.

—¿Se le ha planteado este límite en alguna de sus biografías?

—Si en «Canalejas», por razones obvias, no se plantea este límite, en otros, sí. Espartero, después de 1856, continúa viviendo como objeto político, símbolo de una tendencia, pero nada más que eso. No gobernará; no quiere y... quizá menos los que lo llevan y traen. El caso se me planteó con Maura, y lo resolví a mi criterio, considerándolo hombre político acabado después de 1913. Así se veía él, y por eso cinco años más tarde hablará de la monserga del

Gobierno nacional. A partir de esta fecha continué la historia simplemente por no dejar incompleta la biografía.

UN HOMBRE PARA LOS ESTUDIOS DEL DERECHO Y DE LA HISTORIA

Diego Sevilla Andrés es valenciano. Nace en la capital levantina, en una de las casas de la plaza de San Agustín, hoy destruida. Las primeras letras, y bastante de las segundas, se las enseña su padre, que por entonces es maestro nacional por los pueblos de Yuste, Calasparra y Cieza. Los cursos de Bachillerato los estudia en el Instituto que hoy lleva el nombre de «Luis Vives». Todavía el escritor recuerda el primer libro que, por aquella época, cayó en sus manos y leyó de un tirón:

—En la biblioteca de mi padre abundaban los libros de Historia, de temas nacionales y patrióticos. Recuerdo que el primer libro que me dió, y que yo lei, fue uno que contenía el discurso que Vázquez de Mella pronunció en 1914 en el teatro de la Zarzuela, «Los tres dogmas nacionales».

En 1927 es ya bachiller. Como becario del Colegio Mayor del «Beato Juan de Ribera» cursa en la Universidad de Valencia la licenciatura en Derecho, que termina con sobresaliente. Pensionado por la Diputación, previa oposición, se especializa en la Universidad de Lovaina en temas políticos y sociales, leyendo su tesis doctoral, también con calificación de sobresaliente, en la Universidad de Madrid, sobre el pensamiento de Donoso Cortés. Durante los seis meses que ha durado su estancia en el extranjero, aparecen en España sus primeros escritos. Son artículos periodísticos que se publican en «Las Provincias», en el «Diario de Valencia», o en la revista «Libertad».

Al volver a España comienza el ejercicio de la abogacía, y en abril de 1935 ingresa en los Jurados Mixtos. En 1936, recién casado, se alista en la famosa Quinta de Navarra, y en altavoces del frente hace gran parte de nuestra guerra. Cuando viene la paz, Diego Sevilla sabe que en su hogar, junto a su esposa, le espera una hija de tres años, a quien la guerra y la permanencia en los frentes de combate le han impedido conocer.

Vienen después las largas horas de estudio, las horas de cátedra, como profesor adjunto de Derecho Político. Y vienen también las primeras publicaciones: «La Constitución española de 1812», «Proyecto constitucional de Bravo Murillo», «La justicia social en el Constitucionalismo español», «La reforma de la Constitución portuguesa». Más tarde, «Tratado de Derecho Constitucional», «Historia constitucional de España» e «Historia política de la zona roja». En 1953 el escritor obtiene el Premio de Biografía «Aedos», con su magistral obra «Antonio Maura. La revolución desde arriba», que obtiene un éxito rotundo de público y de crítica. Es la obra que le consagra definitivamente como un historiador de cuerpo entero de primera línea.

—De todas sus obras, ¿cuál le



«Canalejas» es el resultado de año y medio de trabajo recogiendo materiales y buscando fuentes. Me he inspirado con preferencia en datos de origen liberal»

ha llevado más tiempo en la investigación?

Diego Sevilla Andrés se pasa la mano derecha por la frente y responde:

—La «Historia política de la zona roja» me llevó exactamente cinco años. Naturalmente no fué un trabajo continuado. Está hecha a base de una lectura minuciosa de la Prensa roja española, de la Prensa roja extranjera y folletos de la época. En total, unas cuatrocientas páginas.

—¿Es la Prensa buena fuente para el historiador?

—En la época contemporánea creo que es una fuente insustituible. Como recoge la reacción inmediata ante los sucesos, tiene más veracidad que las Memorias o folletos que se escriben después. En la crisis de mayo del 37 en Valencia, por ejemplo, aparece en los periódicos con toda claridad la intervención de Rusia, aunque más tarde Prieto intentase demostrar lo contrario. El periódico requiere un trabajo minucioso, lupa para examinar las noticias. A veces, una gacetilla perdida al final de una página tiene un interés máximo. La noticia que dió cuenta del regreso de Narváez, en 1856, y su llegada a la Corte por el mes de agosto, tiene una trascendencia capital que para el historiador no puede pasar inadvertido. En octubre, dos meses más tarde, se producía la célebre «crisis del rigodón».

Diego Sevilla me habla del tiempo que sus últimos libros le ocuparon:

—«Maura» me costó unos sesenta días el redactarlo. «Canalejas», un año y medio recogiendo materiales y buscando fuentes. En «Maura» busqué preferentemente fuentes liberales. En «Canalejas» me he inspirado con preferencia en fuentes de origen liberal.

UNA ENTREVISTA CON MAURA

Siendo la abogacía su profesión y el Derecho su estudio, ¿cómo gran parte de su producción literaria se muestra dentro de las obras históricas?

—La historia política, su estudio, su investigación me han atraído siempre. A la evolución constitucional española he dedicado una parte muy considerable de mi tiempo y de mis libros. Es una época y una caracterización histórica que merece un interés especial, y su estudio, meditado y sereno, está un poco por hacer, aunque en ellos figuran ya nombres tan ilustres como Sánchez Ayesta, Almagro, Pabón...

—¿No cree usted que existe hoy en los historiadores un cierto afán reivindicativo de todo el siglo XIX?

Sevilla Andrés parece que tiene siempre la respuesta en la mano. Como si adivinase la pregunta. Sorprende a veces su rapidez tanto como la profundidad del concepto.

—Sí. Es cierto. Ciertamente y natural. Con las épocas históricas viene a ocurrir lo mismo que con los hijos, que primero recriminan, después reivindicán y hasta saben perdonar los defectos de sus padres. Esto no quiere decir, ni mucho menos, que el historiador acepte o transija con todas las proposiciones, conceptos e ideas del siglo XIX. Naturalmente que no. La reivindicación del siglo XIX ha de ser únicamente en lo que tiene de esencial; es decir, en lo que buscan las grandes cabezas de ese tiempo: Un Gobierno para España hecho a la medida de España. Eso es lo que buscan, aunque no encuentren la fórmula del hallazgo. Por eso cuando se estudia hondamente el siglo XIX, se convence uno que en el punto central en que las cabezas más destacadas de esa época coinciden es, precisamente, en el odio a los partidos políticos. Buscan deshacerlos, aunque no lo consigan. Ese es el fin y el objetivo de la Revolución de julio de 1854. Es el pensamiento de Prim, por ejemplo, e incluso de Pi y Margall, que ve en los partidos políticos un fenómeno transitorio de una sociedad inestable.

—¿Cómo entonces se da la paradoja de ser el XIX el siglo de los partidos políticos?

Sevilla Andrés habla con la claridad del profesor universitario. Sus manos, mientras habla, van como abriendo camino a la palabra.

—Porque no supieron, o no pudieron, elevarse sobre las pequeñas diferencias para conseguir la unidad, aunque lo intentaron en varias y repetidas ocasiones. Ese es el sentido del discurso de Narváez ante el discurso de O'Donnell.

El autor hace una pausa y busca en su cartera, llena de fichas, un papel que no encuentra. Después añade:

—Acabo de leer una entrevista hecha a Maura por el periodista portugués Antonio Ferro. En esa entrevista el estadista español afirmaba que la clasificación de derechas e izquierdas carecía ya de todo sentido y que para el futuro no tendría ningún interés. «El futuro—decía Maura—va hacia fórmulas políticas nuevas. Eso de izquierdas y derechas era un lujo que se podían permitir los políticos de antes de la guerra del 14». Son casi palabras textuales de Maura.

UNA VOCACION TORCIDA

—¿Cómo define usted a Canalejas?

La obra de Sevilla Andrés tiene 479 páginas. Sus capítulos «Un niño triste», «Una vocación torcida», «De la República a la Monarquía», «El Parlamento largo», «Años decisivos», «Luchas por la Jefatura», «Canalejas gobernante», «Soledad», corresponden exactamente al recuento y narración minuciosa de los pasos, todos los pa-

sos de la vida de un hombre, y los pasos vaivenes y circunstancias de un ciclo histórico. La biografía se va convirtiendo por arte de pluma, de investigación, de dato, de estudio, de acertado criterio en los juicios, en historia pura, sería, hondamente documentada. En el libro aborda el autor la interesante figura de Canalejas, sucesor inmediato, puede decirse, del Gobierno largo de Maura, y cuyos tres años de regimiento exigen un estudio pausado y profundo del tiempo que le tocó vivir al protagonista. Entre 1910 y 1912 se plantea por un lado lo que puede llamarse las consecuencias o la continuación de los procesos en curso durante el Gobierno de Maura, por otro lado un problema de cuño netamente canalejista: la política religiosa. La dirección que a todos impone el jefe demócrata va siendo estudiada por el autor con su habitual manera, apurando hasta el límite las fuentes informativas, como ya lo hiciera con su estudio biográfico e histórico en su obra sobre el jefe del partido conservador.

—Canalejas—responde Sevilla Andrés— es un hombre esencialmente político, profundamente realista. Sabía maniobrar con más rapidez que el mismo Romanones.

—¿Por qué titula usted uno de los capítulos de su obra «Una vocación torcida»?

El historiador se coloca despacio sus gafas con varillas de oro y coge después su último libro. Hace ademán de leer, pero prefiere decirlo con otras palabras:

—El aspiró a ser catedrático. Son muy interesantes sus apuntes de Historia de la Literatura Latina. Valdeiglesias dice que explicaba muy bien. Primero optó a la cátedra de Manuel de los Ríos contra don Marcelino Menéndez y Pelayo, y perdió. La segunda vez opositó con Sánchez Moguel. De Sánchez Moguel decía don Marcelino: «Es una calamidad pública». Y Juan Varela añadió: «Es el personaje más grotesco que puede concebirse.»

—¿Qué característica cree usted que tiene su obra?

—En cuanto al material, el libro conjuga datos, juicios y recoge lo que la Prensa publicaba al siguiente día del asesinato de Canalejas frente a la librería de San Martín, en la Puerta del Sol. En cuanto a la parte formal, creo que he escrito una obra imparcial, sin odio ni pasión. No pretendo recoger a Canalejas para este bando o el otro, aunque, como siempre sea difícil hurtarse a los riesgos de esta pretensión. He procurado dar una visión lo más exacta posible.

Esta es la estricta verdad. El historiador se ha acercado al personaje de su biografía sin miedo, sin pasión y con un ferviente deseo de enjuiciar imparcialmente personajes y hechos. Y está conseguido. Cuando de aquí en adelante se quiera estudiar esta época crucial del siglo XIX, el historiador, el estudioso tendrá que recurrir a una nueva fuente: a esta obra singular de don Diego Sevilla Andrés.

Ernesto SALCEDO
(Fotografías de Mora.)

Suscríbase usted a

“LA ESTAFETA LITERARIA”

aparece todos los sábados



Paisaje típicamente antillano

¿SE MUEVE LA TIERRA SOBRE LA TIERRA?

LA RESPUESTA A LA TEORÍA WEGENER ESTA EN LAS ESTRELLAS

Reunión de astrónomos en Bruselas

EL día 24 de mayo por la noche, el profesor Mario Fichera, del Observatorio de Capodimonte, de Nápoles, emprendió un viaje cuyo final es Bruselas, y ya dentro de Bruselas, el Real Observatorio de Uccle. Allí, en colaboración con los astrónomos belgas del Observatorio, mirando a las estrellas a través de la lente del telescopio, tratará de averiguar si la Tierra se mueve bajo nuestros pies.

Un resultado positivo, dejaría establecida definitivamente la teoría de Wegener. Si el resultado es negativo, no probaría nada en contra de esa teoría, pues los Continentes pueden estar hoy inmóviles y, sin embargo, haberse desplazado en otros tiempos.

UN HOMBRE LLAMADO WEGENER

El 1 de noviembre de 1880 nacía en Berlín un hombre que años más tarde sentaría la teoría más revolucionaria acerca de la distribución de las tierras en el mundo.

Las aficiones del joven Alfredo Lotario Wegener se señalaron profundamente desde el principio de su vida de estudiante, y le llevaron a matricularse en las Universidades de Heidelberg, Innsbruck y Berlín. La Tierra, los misterios que encierra, su formación y su desarrollo... No trabajaba en un campo desconocido; otros antes que él habían sentido ya esa misma llamada de atención que parecía salir del barro que pisaban, de las rocas y las costas, de las quebradas y de los picos altos cubiertos de nieve. El tenía ya una base de la que partir al iniciar sus investigaciones. Tenía los cimientos y la primera planta. Faltaba por construir el resto de los pisos y el tejado. Un



Messiaa, destruida por un terremoto el 28 de diciembre de 1908

buen tejado con un remate airoso. Pero Wegener nunca llegó a ver terminado el edificio de sus investigaciones. Murió demasiado pronto.

Por regla general, cuando se habla de un investigador, la gente se imagina un sabio enterrado en papeles, que come a veces, porque no se acuerda de hacerlo a las debidas horas; que sale a la calle con un zapato de un color y otro de otro, que vive en un mundo aparte, que es un ser

aburrido, que habla de forma que nadie le entiende... Y ahora, cuando el cine nos ha dado su versión de los sabios, de los arqueólogos, de los investigadores atómicos, con gafas de montura ancha y oscura, pelo cortado a cepillo y secretaria rubia que siempre es un doctor en algo, la gente se ha sentido un poco desilusionada y otro poco sorprendida. Se derrumba el mito del sabio de venerable barba blanca, distraído y asocial, débil, incapaz

El Valle de la Muerte, en el desierto de Arizona



del menor esfuerzo físico. Wegener hubiese sido, desde este punto de vista, una desilusión. Era un teórico, pero también un hombre de acción.

Durante dos años, desde 1906 hasta 1908, tomó parte en la Expedición «Danmark» al noroeste de Groenlandia, desempeñando en ella la función de meteorólogo. Duras jornadas entre el hielo y la nieve. Hoy se puede ir en avión, llevando orugas para caminar sobre la superficie nevada; se construyen refugios de aluminio y plástico. La radio y la aviación hacen posible la evacuación de los hombres en unas horas tan sólo. Pero en aquellos años, en los tiempos heroicos de las exploraciones, la aventura era muy distinta. Se necesitaba algo más que buenos deseos para emprender el viaje.

En la «temporada» de 1912 a 1913, atraviesa Groenlandia en compañía del capitán Koch. Después, la guerra mete su zarpa en la vida de los hombres, y Wegener tiene que interrumpir sus viajes.

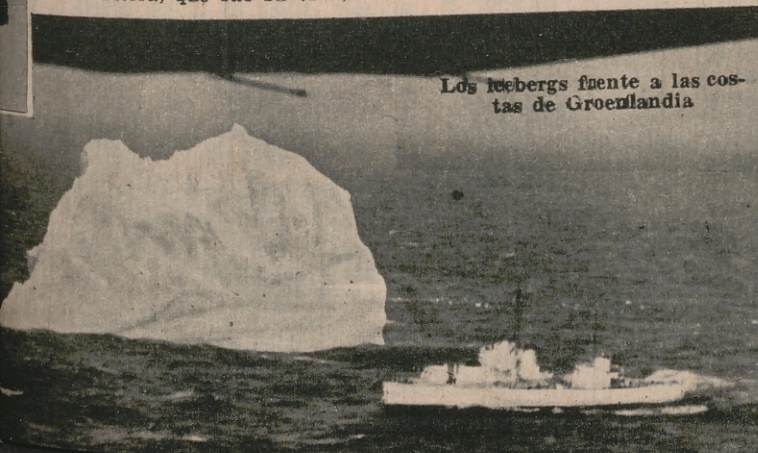
La Tierra, que fué su vida, fué

su muerte. Murió un día de 1930, cuando intentaba auxiliar a un compañero de expedición perdido entre la nieve, muy lejos de sus amigos, de sus libros, de las salas de conferencias. Tenía apenas cincuenta años.

LOS CONTINENTES A LA DERIVA

Usted recuerda el hundimiento del «Titanic», el transatlántico que en su viaje inaugural chocó con un iceberg, causando la muerte de más de mil personas. El iceberg con el que chocó era una masa de hielo, desprendida de otra mayor, que flotaba a la deriva hasta que su camino sin ruta se cruzó con el de la nave. Y llegó la muerte.

Ahora, imagínese que en vez de hielo, la masa que flota es un Continente: Australia, por ejemplo. Y que no flota sobre el mar, sobre el agua, sino en algo un poco más sólido: piedra, roca, por ejemplo. Una roca, el Continente australiano, que flota sobre otra, una inmensa pista que es el fondo de los océanos.

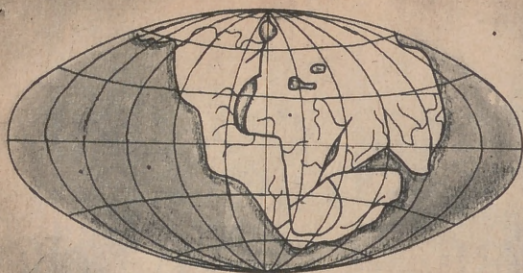


Los icebergs fuente a las costas de Groenlandia

En 1910, Wegener notó en un mapamundi la perfecta coincidencia de las costas atlánticas, pero no le prestó gran atención, porque le pareció inverosímil la posibilidad de las traslaciones. Si usted abre un atlas verá que a cada saliente del litoral brasileño corresponde una ensenada de igual forma en el Continente africano. Si en algún caso no coincide exactamente, haga un esfuerzo, muy pequeño, quite aquí, líme allá y verá como sí coinciden. El esfuerzo éste que usted hace en un minuto, con sólo la imaginación, la Tierra necesita millones de años para llevarlo a cabo. Esta coincidencia ha sido el punto de partida para establecer una teoría acerca de los movimientos de los Continentes, y se la conoce con el nombre de «Teoría de las traslaciones continentales».

En otoño de 1911, gracias a un boletín que llegó casualmente a sus manos, Wegener se enteró de los resultados paleontológicos que probaban la primitiva comunicación entre Africa y Brasil. Confrontó, estudió y obtuvo una afirmación tan importante, que quedó convencido de la teoría. Acerca de esa comunicación directa entre Africa y el Brasil se ha escrito y hablado mucho, como se ha hablado y escrito mucho también acerca de la Atlántida, el Continente sumergido, del que parece ser sólo sobresalen del agua las Canarias y las islas de Cabo Verde. Según esta teoría, en el fondo del Océano descansa un inmenso territorio que se hundió en el mar; sepultando con él una avanzada civilización, y los guanches canarios serían los descendientes de una raza que habitó allí hace millones de años.

Pero para Wegener, los Continentes, en una época remotísima, estaban agrupados formando casi



CARBONIFERO SUPERIOR



EOCENO



PLEISTOCENO INFERIOR

Reconstrucciones de WEGENER de la disposición de los Continentes en diferentes períodos, según su hipótesis de las translaciones continentales.

un bloque compacto junto al Polo Norte.

LA HUIDA DEL POLO

Los bloques continentales efectúan grandes movimientos a la deriva; lo han hecho y, probablemente, siguen haciéndolo.

Por ejemplo: la meseta sudamericana, en contacto con la africana hace millones de años, formaba con ella un gran bloque continuo que se partió en dos trozos durante el período cretáceo, los cuales, como icebergs, fueron separándose incesantemente.

Exactamente igual le sucedió a América. En aquella época, para la que los calendarios que hoy colgamos de las paredes no sirven, estaba unida a Europa, en un principio, y formaba con ella y con Groenlandia un bloque continuo, por lo menos desde Terranova e Irlanda hacia el Norte. El bloque comenzó a quebrarse a fines del período terciario, y por el Norte, en pleno cuaternario, de modo que siguió el mutuo alejamiento de los diversos trozos.

La Antártida, Australia y la India, en contacto con África del Sur, formaban con esta y Sudamérica una gran masa, parcialmente cubierta por mares de poco fondo. Al separarse la India del grupo, se originaron pliegues y presiones, que han dado lugar a la cordillera del Himalaya. Si usted coloca un papel sobre una mesa que esté arrimada a la pared y hace resbalar el papel sobre la mesa empujándolo hacia el muro, tendrá una idea de lo que sucedió cuando aún en la Tierra no había testigos que pudieran contarlo. América al separarse del conjunto, en su mar-

cha hacia el Oeste, tropezó con el fondo del Pacífico, y como el empuje que la marcha le proporcionaba era continuo, la costa del Pacífico se fué arrugando y levantando, hasta formar la cadena de los Andes, que se alza desde Alaska a la Antártida.

Todo esto sucedió en una época tan lejana, tan remota, que la memoria de los hombres no recuerda, simplemente porque los hombres no existían. La imaginación es pobre, se queda corta, al tratar de suponer lo que debieron ser los cataclismos que esta marcha originaba. Miles de kilómetros cuadrados nacían o morían bajo el impulso de fuerzas tremendas y ocultas, en una acción lenta y continua, terrible e inexorable. La Naturaleza en marcha, los Continentes huyendo del Polo.

La marcha de los Continentes, su traslación, tal y como la explica Wegener, puede ordenarse en un gran sistema: los bloques continentales derivan hacia el Ecuador y hacia el Oeste. La traslación hacia el Ecuador o «huida del Polo», se puede reconocer casi en cualquier parte; afecta mucho más a los bloques grandes que a los pequeños, y su existencia se pone de relieve particularmente en Eurasia. La isla de Madagascar tiende a acercar-

se al Ecuador, pues deriva hacia el Noreste con relación al Continente africano. Ahora, en estos siglos, como África y América del Sur están situadas en el Ecuador, sus desplazamientos son, en realidad, pequeños. Los grandes bloques, en su «huida del Polo», derivan hacia el Oeste. Incluso los más pequeños y las guirnaldas de islas. Las Canarias y Cabo Verde, parece que se han desprendido hace poco del África y se dirigen hacia América.

AÑO BISIESTO, AÑO FUNESTO

El refrán popular puede haber sido cimentado ante una serie de hechos coincidentes todos en año bisiesto. Por regla general, hechos calamitosos: terremotos, inundaciones, epidemias que asolaban la Tierra y a la Humanidad. Pero grandes cataclismos ocurren casi continuamente, aunque apenas nos enteramos de ellos. Su desarrollo es tan profundo, que a la superficie de la Tierra nos llega tan sólo el eco de lo que sucede debajo de nosotros. Y la Tierra no se rige por el calendario del hombre. «Hoy, terremoto en Japón, a las nueve horas. Jueves, día tantos de 1956.» Pero si hay una cosa que puede admitirse como cierta: que las traslaciones

Lea usted

“LA ESTAFETA LITERARIA”

Aparece los sábados

continentales, el plegamiento y la disipación de las capas terrestres, el volcanismo, las migraciones polares, etc., se encadenan de manera grandiosa, según prueba el hecho de que sus paroxismos ocurren en las mismas épocas.

Son obra de la Naturaleza, que afecta al hombre por lo vinculado que está al terreno en el que vive.

Millones de personas en todo el mundo le podrán hablar del terremoto de San Francisco. Tembló la Tierra, se agrietó el suelo, surgieron los incendios, acá y allá, y la ciudad sufrió los efectos del seísmo. La costa cercana a la gran ciudad, que hasta entonces apenas había variado en miles de años probablemente, sufrió una brusca alteración, y parte de ella se hundió. Su lugar lo ocupa ahora el mar. Los corrimientos de tierras, unas veces son ocasionados por aguas subterráneas que van minando poco a poco la superficie hasta que una masa de muchos o pocos metros cúbicos de tierra y rocas se precipita por una ladera, arrastrando en su caída nuevas masas y arrollando y sepultando todo cuanto encuentra a su paso. La génesis de un alud de nieve es algo por el estilo; un movimiento de las capas más profundas, debido a las presiones que sobre ellas ejercen las superiores; una corriente subterránea en la época de deshielo, un ruido demasiado fuerte y... millones de metros cúbicos de nieve se precipitan por la montaña.

En alguna Era de la historia de la Tierra, el Manzanares, ese aprendiz de río que atraviesa Madrid, fué un brazo de agua ancho y caudaloso. Luego, la Tierra se levantó, se levantó toda la Meseta castellana, cambió la cara de lo que más tarde sería la tierra de nuestra Patria, y el Manzanares quedó hundido, reducido cada vez más. Así se fueron formando las «terrazas del Manzanares», en las que vivieron los hombres primitivos, y que hoy constituyen una de las más ricas fuentes de la historia de la Humanidad y de la Arqueología.

¿Año bisiesto, año funesto? ¿Desastres? La Naturaleza es una fuerza sin sentimentalismos, sin emociones. Mata y da vida, y en ella nacen, crecen y mueren cada día millones de seres.

MAS ALTO Y MAS BAJO

Si a usted le dicen que un avión ha volado a cincuenta metros bajo el nivel del mar, pensará inmediatamente en algún nuevo artefacto bélico, terribles, costoso e inventado por los norteamericanos o los rusos. No es nada de eso. Usted mismo puede volar a cincuenta metros de altura bajo el nivel del mar. Cincuenta metros de altura bajo el nivel del mar. Aparentemente existe una contradicción, pero, en realidad, esa contradicción no existe. Es más, volaría usted sobre la superficie de otro mar.

El mar Muerto está a doscientos metros bajo el nivel medio del mar. Si un avión desciende tan sólo cincuenta metros cuando vuela sobre el mar Muerto, es decir, se sitúa a sólo cincuenta metros de la superficie de este mar, se encontrará volando bajo el nivel del Océano Indico o del Medi-



El valle del Jordán, una de las más estériles zonas de la tierra

terráneo o el mar Rojo. No es imposible.

El mar Muerto quedó aislado cuando la tierra que le rodeaba se levantó por efectos de las inmensas fuerzas que operan en el interior de nuestro Planeta. Y Holanda, en Europa, es una nación que, prácticamente, vive y trabaja junto a un mar colocado en un plano superior al de la tierra que pisan y cultivan los holandeses. Otro caso es el Valle de la Muerte, en Arizona, Estados Unidos.

En el extremo opuesto está el lago Titicaca, en América del Sur, situado a más de 3.000 metros de altura. Y en cuanto a las montañas, el Himalaya es una buena muestra de lo que pueden hacer esas fuerzas que mueven los Continentes y crean o hacen desaparecer inmensas extensiones de tierra.

Eötvös, W. Koppen, P. S. Epstein, W. D. Lombart y otros muchos científicos han estudiado esas fuerzas colosales que convier-

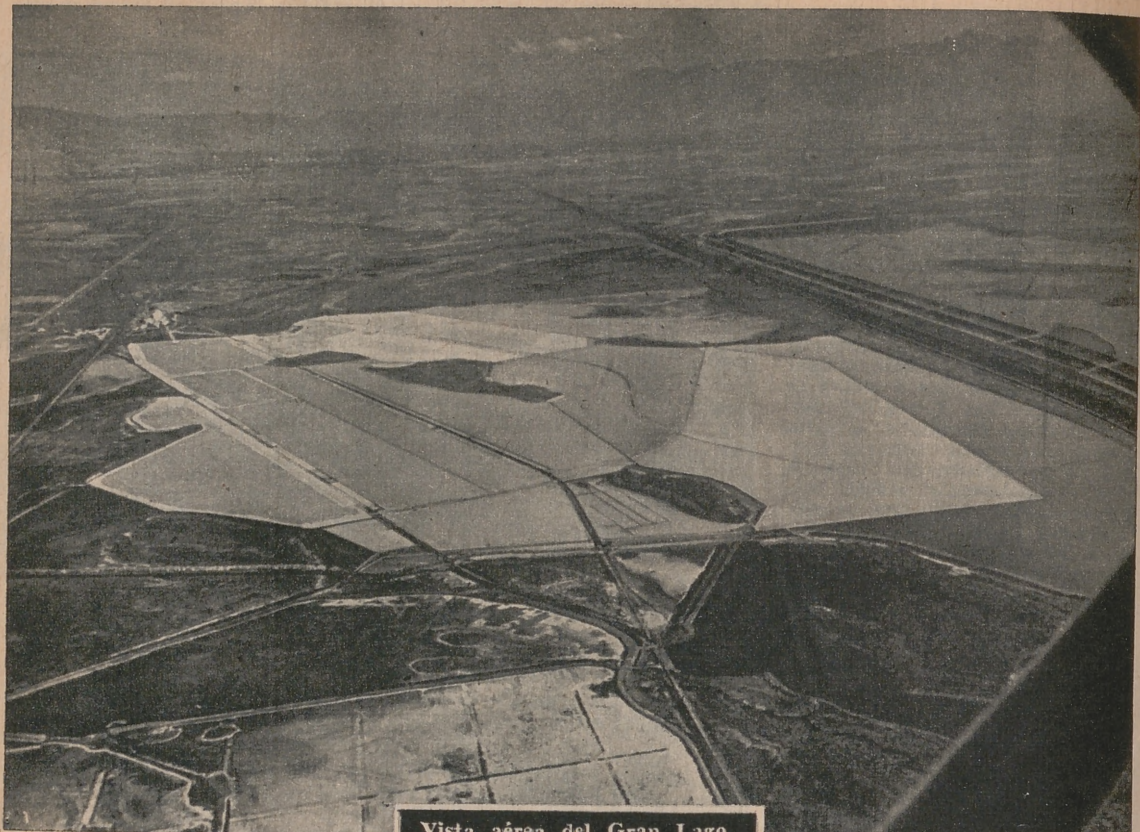
ten a un Continente en una isla a la deriva. Pero todavía no se sabe qué fuerzas son las que causan esas traslaciones. Los bloques continentales, de unos cien kilómetros de espesor, flotan en un agua de distinta naturaleza, del que ellos emergen unos cinco kilómetros y que está al descubierto en el fondo de los océanos.

LAS ISLAS QUE SE QUEDARON SOLAS

El día de Reyes de 1912, Wegener, haciendo de Melchor, o Gaspar, incluso de Baltasar, puso en la ventana de los sabios de entonces su teoría de la traslación de los Continentes. Fué una conferencia pública que dió en la Sociedad Geológica de Francfort, con el título de «La formación, a base geofísica, de los grandes accidentes de la costra terrestre (Continentes y océanos)». Cuatro días después, otra nueva conferencia, acerca de «Las traslaciones horizontales de los Continen-



Un iceberg a la deriva en el Atlántico Norte



Vista aérea del Gran Lago Salado, en Utah

tes» en la Sociedad para el Progreso de las Ciencias Naturales, de Hamburgo. Y en este mismo año aparecen sus dos primeras publicaciones. Como Wegener está en edad militar cuando estalla la primera guerra mundial, el Ejér-

cito le reclama, y tiene que interrumpir sus estudios. A finales de 1915, aprovecha una larga licencia por enfermo para dar en la primera edición de «La génesis de los Continentes y océanos» una experiencia más detallada.

Su teoría es revolucionaria y deja planteada la cuestión de si la Tierra se mueve realmente bajo nosotros, en una marcha continua segura y lenta, hacia el Sur y hacia el Oeste. En sus explicaciones, Wegener pone el ejemplo de Australia. Este es un Continente veleidoso. Antes de desgajarse de la Antártida, su fardo chocó con algo que había en el magma, y se formaron entonces las cadenas montañosas de Nueva Zelanda, pues esta isla perteneció al bloque australiano, y al cambiar éste la dirección de su movimiento a la deriva, se desprendió de él y quedó formando una guirnalda. Con un atlas en la mano verá usted la verosimilitud de la teoría.

Pero no fué Nueva Zelanda la única isla que se quedó atrás en la marcha. Ya hemos citado las

islas Canarias y las de Cabo Verde. En su marcha, los Continentes van dejando rezagados. Las pequeñas y grandes Antillas, las cadenas costeras del borde oriental asiático, etc. Las islas se quedaron solas, porque, según parece, los Continentes caminan más de prisa que ellas. Todos los bloques que terminan al Sur en punta, muestran en su extremidad una inflexión o desgaje producido por su rezagamiento hacia atrás, hacia el Este. Por ejemplo, Chileán, la punta sur de Groenlandia, el banco de la Florida, la Tierra de Fuego y de Graham...

La Tierra se mueve; pero, ¿se mueve la tierra sobre la Tierra?

LA VERDAD, EN LAS ESTRELLAS

Esto es lo que el profesor doctor Mario Fichera, del Observatorio de Capodimonte, de Nápoles, trata de averiguar desde el Real Observatorio de Uccle, en Bruselas, en colaboración con otros científicos. Mirando a las estrellas. La verdad está allá arriba entre esos mundos brillantes y diminutos. Norteamérica se aleja de Europa unos 33 centímetros por año, y América del Sur, unos veinte centímetros anuales de las costas africanas.

La isla de Palma de Mallorca se levanta gradualmente en su su extremidad oriental; el templo de Hércules, de Cádiz, estuvo sumergido bajo el mar durante cierto tiempo; en la meseta castellana se encuentran restos de seres marinos; surgen volcanes en el Pacífico, y luego desaparecen. Toda una serie de fenómenos geológicos que, en mayor o menor grado, pueden estar directamente ligados con la marcha de los Continentes en su huida del Polo. ¿Se mueven realmente? Por ahora, la verdad está en las estrellas.

Gonzalo CRESPI

RECETARIO DE COCINA

ENTRADA SOPAS VUEVE ARROZ PASTAS VERDURAS CARNE Y PESCADO SALSAZ UNIDAS POSTRES

Siga así siempre, adquiere estos productos

PUDINES Royal

RIERA MARSA S. A.

OBSEQUIO

Formulario de cocina

Si recorta usted este vale y lo remite a PUBLICIDAD RIEMER, calle Lauria, 128, 4.º, Barcelona, acompañando seis pesetas en sellos de Correo, recibirá un valioso

FORMULARIO DE COCINA de un valor aproximado de 25 pesetas.

Esta publicidad está patrocinada por **INDUSTRIAS RIERA MARSA, S. A.** Primera empresa nacional de la alimentación



LA MUERTE NO SEPARA

NOVELA

Por Carmen NONELL

I

SU día estaba terminado y ya sólo le quedaba esperar a que el sueño llegara a hacerle fácil esta inminente e interminable noche que se extendía ante ella.

Se encogió friolenta en la butaca y atizó los leños que en la chimenea intentaban una sensación de hogar, intento tan fingido como todos los que jalaron estos seis años.

Sus ojos buscaron sobre la librería el retrato de él y hoy al fin se atrevió a decirse que aquella fotografía, allí, era asimismo un intento inlogrado. Se detuvo, advirtiendo que la costumbre de mentirse, de imponerse verdades que no lo eran, no había sido en vano un trabajo de tanto tiempo, pero descubrió que los cuarenta años que hoy cumplía le daban el derecho a la sinceridad frente a sí misma.

Esto era todo lo que había conquistado en cuarenta años de vida, de lucha—que ésta es la palabra, que casi siempre equivale a vida—: el derecho a enfrentarse sin equívocos con su propia verdad.

Volvió a mirar el telegrama que junto a ella era como el alerta de un camino nuevo de desconocidas revueltas. Quiso releerlo, pero algo detrás de la retina había modificado la exactitud de la visión, sustituyendo las palabras por la imagen de la que la ausencia no consiguió borrar una sola línea.

Hoy más que nunca sentía la proximidad casi física de aquel a quien la infinita posesión del mar, que lo había acogido en postrer refugio, habría aniquilado hasta el absoluto. Este pensamiento no la estremeció. En realidad la idea de la fusión de él con el mar no le había causado ningún escalofrío. Pero ello fué el imán que la atrajo hacia ese mar, poseedor de lo único de él que ella no poseyó nunca. Y había buscado el recato de las playas solitarias en las madrugadas salinas, cuando las barcas ofrecen al sol que nace sus costillares, jadeantes del esfuerzo nocturno. Entonces se sumergía, buscando en el abrazo del mar el abrazo de un átomo disperso de aquel a quien tanto amara, y encontraba un extraño y desesperado consuelo en imaginarlo errante, quién sabe si varado muy cerca de ella.

En los cristales del gran ventanal, una vibración fué como un suspiro que, flotando en la infinitud, hubiera llegado a refugiarse. Y fué tan real la evidencia, que parecía imposible que al otro lado no hubieran de encontrarse los labios que lo exhalaban. Ella sabía que no podía hallarlos, pero un movimiento instintivo del subconsciente, siempre alerta al reclamo del más allá, la obligó a abrir de par en par los cristales.

Por un momento en la habitación hubo un leve crujido, como de viejas jarcias de un navío lejano, y el viento al entrar hizo cabecear la pequeña escuadra que eternamente navegaba, colgada de las vigas del artesanado. El telegrama se agitó como las alas de un pájaro, dudoso de emprender el vuelo, y las palabras quedaron al descubierto: «Ruego esperar puerto Pollensa, día 5, seis tarde. Urgeme entregarle mensaje.» Y la firma, que era como un retroceso de seis años.

El lejano canto del «flaviol» de un pastor y el tintineo de las esquilas de un baño en regreso eran los únicos sonidos de aquella hora en que

el aire, diríase cansado, no mece las hojas ni estremece la hierba.

Hacia tiempo que fueron cerradas las puertas, que no habían de ofracerse a ninguna espera, y llegaba la noche, irisada como un ópalo. Pero bajo la quietud fingida alentaba el alma de la tormenta que se avecinaba. El alma que suspiró en los cristales. Poco más tarde, el bosque dormido se agitó y todo quedó sumergido en la lluvia y en el viento, y por las ramas inquietas de los pinos se desflcó el agua que empapó la tierra.

La brava belleza del paisaje y el perfume áspero y violento de la Naturaleza en desprezo iban infiltrando en el ánimo de ella una paz serena, ya desconocida. Con estremecida alegría penso si no sería el beso infinito de la muerte, que tan cerca había sentido.

Recordó de pronto unas frases que un día leyeran juntos: «No es la muerte la que separa, sino la vida con sus circunstancias...» Así había sido, en efecto, para ellos, a quienes la muerte no había separado. Porque ella lo sentía más cerca, como recuperado, desde que lo supo muerto. Su espíritu se había fundido, trasmigrado al suyo, de tal manera que ya, mientras le durase la vida, no había de abandonarla nunca.

Poco a poco cesó la lluvia y el viento empujó las nubes hacia el otro lado de la isla, descubriendo jirones de cielo constelado de estrellas como frías gotas de mercurio sobre la inmensidad de un manto de terciopelo oscuro.

Un instante más tarde el bosque yacía en silencio y la noche se dormía en los charcos llenos de cielo. Dijérase que la tierra, perdida el alma, no podía recobrar la vida, y del secreto inquietante de los bosques llegaba solo hasta ella el eco de un íntimo suspiro y un estremecimiento que no se sabía si era de voluptuosidad o de dolor.

El frío la obligó a refugiarse cabe la vieja chimenea donde ardían los últimos leños. Tendió hacia el fuego las manos traslúcidas, en las que las venas dibujaban sus caminos azules, y su fragilidad la llevó a pensar algo en lo que quizá su pensamiento no se había aún detenido nunca: «manos de vieja.»

Esta idea le sugirió otra: «Soy vieja. Una mujer a los cuarenta años es vieja cuando en su corazón no quedan más que cenizas. El corazón es lo único que puede salvar la vejez física. Y el mío no guarda ya ni un rescoldo de las pasadas lumbres...»

II

Ahora, en el momento pleno de la evocación, en la que se sumergía conscientemente, dispuesta a enfrentarse con ella misma, revivía cómo le conociera. Fué la vida la que cruzó sus caminos, que, convergentes un punto, habían de continuar su curso distinto. La vida, que había sido cruel con ella y le enviaba su desquite con la refinada crueldad de hacérselo inasequible.

Finaba agosto y sólo entonces terminaban las laboriosas e interminables gestiones de la testamentaria de su marido. Ese marido que un inexplicable miedo a la soledad le había hecho aceptar sin ningún convencimiento y junto al cual se deslizaron cuatro años indiferentes de su vida. El pasó junto a ella, pero su paso no la marcó con ninguna huella. Había muerto un día y ella lo sintió, tal vez lamentando no poder sentirlo más.

Entonces se vino a la isla, cuando empieza en los caminos el trajineo precursor de la vendimia. Ese

tiempo en que desde el fondo de los bosques las campanas de las aldeas y las esquilas de los rebaños tañen con un sonido más grave, como más íntimo. Cuando el más leve soplo de viento desprende las hojas de los árboles, en las que el verde agrío del estío se ha matizado hasta dorarse. Y cuando el ladrido de los perros es más triste junto a los almiarés y los «Mases».

Su chalet era, entre los cuatro o cinco que se alzaban entre los pinos que limitaban la bahía, el único habitado en aquellos días y el más próximo al hotel. Ese Gran Hotel cosmopolita como un trasatlántico, varado en el más bello y solitario rincón de la Isla Dorada. Esta proximidad le proporcionaba la excusa de ir hasta él a recoger el correo en el que, sin embargo, nunca había de llegar la carta que pone erizamientos en la piel y en la inquietud. Muchas tardes también se quedaba en la terraza, ante una taza de té, escuchando una música frívola que la dejaba indiferente, viéndose deslizarse sobre la pista, iluminada por la luna, unas parejas a las que las facilidades del ambiente habían vuelto también indiferentes.

Desde su mesa solitaria veía palidecer el mar al final de la amplia escalinata, escoltada de bojés y rododendros, florecidos en rosa y marfil, y mecerse las luces invertidas de los yates, anclados en el pequeño puerto.

Resuelto todo lo que hubiera podido ser distracción para unas horas demasiado vacías, éstas tuvo que llenarlas con largos paseos con la sola compañía de un libro y unos pensamientos que, tal vez sin saberlo, buscaban un punto de apoyo a que acogerse. Porque se hallaba aún bajo el influjo de la como somnolencia que fuera su estado normal durante los años de su matrimonio, y era precisa una fuerte sacudida que la despertase.

El final del verano aclaraba el numeroso grupo de los veraneantes, y ya sólo permanecían los verdaderos gustadores del mejor momento de la isla y aquellos que no tenían prisa por recobrar las brumas de sus respectivos países.

Formentor quedaba aislado entre los montes y el mar, y el vaporcito de servicio era el único punto de unión con Puerto de Pollensa, que era el lugar más cercano y al que le unía también una carretera costera: doce kilómetros a bisel sobre el mar, entre bosques y calas solitarias y bajo el cielo más bello del Mediterráneo.

Llevaba cerca de un mes en su retiro, sin ambicionar nada concreto, pero sintiendo que algo nuevo, tímido y balbuciente todavía comenzaba a nacer dentro de ella.

Aquella tarde se rezagó, saboteando el largo crepúsculo, y la paz que se desprendía de la Naturaleza se le iba entrando en las venas, infiltrándose en sus poros, sensibilizados por una avidez de captación que llegaba hasta el dolor físico. Era una sensación desconocida, de plenitud, de intensidad, como un apresuramiento de vida que hubiera de apurar antes de escaparse.

Entre las frondas había un alboroto ensordinado, y en medio del murmullo que se iba apagando a la par de la luz fué destacando el ronquido del motor de un coche. Gradualmente se fué haciendo más claro, hasta alcanzar el primer plano en la difusa orquestación de las voces del crepúsculo.

El coche frenó cerca de ella.

—Perdone; no estoy seguro de haber equivocado el camino.

Antes de haber terminado su pregunta se habían encontrado sus ojos. Ella no halló palabras para



su respuesta. Y sin palabras permanecieron estáticos, frente al paisaje, del que tal vez sólo captaban la paz, la armonía, que era como un reflejo de su propio paisaje íntimo en aquel minuto.

Sólo después había pensado ella en su pregunta, cuando ya era tarde para contestarla. El abrió la portezuela del coche y descendió, y ella captó el juego de los músculos bajo la delgada chaqueta. Le sorprendió hallarlo tan alto, tan aplomado, junto a ella, porque tenía la idea, tan generalizada, de que todos los orientales eran pequeños.

El repitió entonces:

—No sé si he equivocado el camino, pero en todo caso lo celebro.

Ella sonrió.

—Todavía no me ha dicho a dónde se dirige; mal puedo darle una orientación.

—Perdón. Tenía entendido que por aquí no había otro lugar habitable que el hotel.

—Así es, en cierto modo. Ahora ya puedo decirle que ha pasado de largo. En la dirección que usted lleva sólo llegará a Puerto de Pollensa.

—De allí vengo.

Entonces se le ocurrió una pregunta que podía ser una coquetería, de la que, de ser consciente, ni siquiera se hubiera creído capaz.

—¿Sólo de allí?

El volvió el rostro hacia ella, que sintió que el arco duro de sus ojos tensos se aflojaba sobre ella.

—¿Quiere saber de dónde vengo o de dónde procedo?

—Prefiero adivinarlo. Espere... No es filipino, que es lo primero que pensamos los españoles, tal vez por un atavismo del sentido de la propiedad. En este caso...

Dudó un minuto, complaciéndose en la duda que se reflejó en la sonrisa de él. Y se dijo que gustaba de provocar su sonrisa, que mostraba la blanca media luna de sus dientes en su rostro dorado.

El repitió:

—¿En este caso...?

A la vez le tendía abierta su pitillera. Ella tomó un cigarrillo y sus ojos se posaron en la mano que se le ofrecía. Al aceptar el fuego repuso:

—Chino.

—¿Cómo lo supo?

—No recuerdo dónde leí que las manos largas y bellas son un sello característico.

—No sé si debo aceptarlo como un cumplido.

—No usted, sino su raza.

—Gracias en nombre de ella. ¿Qué más sabe de nosotros?

—Poca cosa. Tan poca que ante usted siento la extraña sensación de hallarme completamente desarmada.

—¿No piensa que a un hombre, sea cual fuere su raza, puede ser peligroso hacerle semejante confesión?

—Tal vez prefiero pensar que a su proverbial cortesía repugnará la idea de enfrentarse con un enemigo sin armas.

—¿Por qué enemigo?

—Un hombre y una mujer son siempre, en el fondo, enemigos.

—¿Siempre?

—Cuando no son excepcionalmente amigos.

—Prefiero esto último.

—Antes debe ponerme en igualdad de condiciones.

—Celebraré proporcionarle todas las armas que desee. Comience. ¿Cuál desea?

Entonces le hizo una pregunta extraña que él no supo si era a él o al destino a quien la dirigía.

—¿Por qué ha venido?

—¿Me lo reprocha?

—Todavía no.

—¿Qué más quiere saber?

—Lo que usted crea que debo conocer.

—Que mi nombre es Tong-Fon, lo que en su lengua significa Viento del Este.

—¿Viento del Este! Tiene algo de símbolo. ¿Sabe que es el único de los vientos marinos que no temen nuestras gentes de las costas?

—Puedo suponerlo, pero, ¿tampoco usted lo teme? Le miró de frente, aceptando el reto:

—Tampoco yo, Tong-Fon.

Insensiblemente había descendido la noche sobre ellos. Sentados en el pretil que limitaba la carretera habían apurado una cajetilla, a la vez que las inminentes preguntas, necesarias en tan extraordinario comienzo de amistad.

Fué él, Tong-Fon, quien, consultando su reloj, dió la voz de alerta.

—Perdóneme; son casi las diez, y si alguien la espera...

—Nadie me espera.

—¿Nadie?

—Vivo sola. Con los criados, que se limitan a esperar mis órdenes, no mi persona.

—¿Puedo pedirle, entonces, que me acompañe en la cena, si es que consigo, al fin, encontrar el hotel?

Subió al coche, junto a él, que conducía con una mano, mientras la otra sostenía el cigarrillo. Ella se sintió atraída por el extraño juego de claroscuro que la luna ponía en aquella mano que reposaba sobre la portezuela. Y se estremeció un instante, como ante un símbolo de destino.

III

Ahora evocaba aquel tiempo primero en el que, insensiblemente, se había ido forjando su amor.

El había llegado a la isla peregrino de un largo viaje por el mundo latino, en cuyo estudio se había especializado. Hacía tres años que dejó su país, en busca de datos vivos para el libro que estaba escribiendo. Había oído hablar de la paz dorada de la isla y, completas ya sus fichas, terminadas sus rebuscas, pensó en ella como un refugio ideal donde acabar un trabajo que ya sólo precisaba ser ordenado y revisado antes de salir para la imprenta.

Formentor, en otoño, le brindaba la seguridad de aislamiento que deseaba y, a la vez, le ofrecía la belleza de su marco. No tenía fecha fija para el regreso. Regresaría cuando el fin del trabajo y la proximidad del frío le marcaran el camino. Y he aquí que en medio de ese camino había surgido, como un hito deteniendo su ruta, la ensoñante figura de esta mujer.

Su aparición allí, en el momento en que se preparaba para dar cima al trabajo de tres años, le produjo un momentáneo sentimiento de molestia. Pero pronto reaccionó, diciéndose que sólo de su voluntad dependía que ella no llegara nunca a imponerse a su conveniencia.

Para ella había sido la mano que pulsó la cuerda dormida de su juventud en ocaso. Tong-Fon la atraía con la fuerza de lo exótico y lo desconocido, acuada por una insatisfacción latente que cuatro años de un matrimonio regido por la indiferencia no pudieron colmar.

Sin embargo, ni uno ni otra contaban con la fuerza insoslayable del amor, que es la más subrepticia de todas las fuerzas. Ni con el signo indescribible de la vida que lleva y trae, enlaza y desune.

Era un éxtasis lleno de tímidas palpitaciones que ellos no querían definirse, como si intuyeran que era algo tan frágil, tan sutil, que cualquier estridencia podía romperlo.

Días inciertos, llenos de lucha íntima y de emocionados silencios. Tal vez fuera paralelo su descubrimiento. Y, sin embargo, ambos encontraban una extraña felicidad en prolongar el equívoco, como si temieran que la mutua revelación pudiera evaporar lo que en su secreto había de más bello: su fragancia, su esencia. Tal vez no habían llegado al grado de madurez suficiente para que la verdad se impusiera, haciendo sentir a su carne la alarma que produce siempre la llegada del amor. Nada había cambiado en lo externo, aunque dentro de ellos todo fuera ya distinto. Se sabían y sentían unidos por un lazo muy íntimo, pero les faltaba la prueba que fuera piedra de toque de esa amistad en la que ellos creían, quizá, porque les era preciso creer. Y la revelación había llegado.

Aquella tarde se habían citado en el bar del hotel, y ella llegó demasiado temprano. Entonces abrió el libro que llevaba como excusa de sus manos ociosas y leyó, sin mucha atención, las palabras que la página abierta al azar le ofrecía. Pasó los ojos sobre ella y una frase los detuvo con la fuerza de su imperativo: «No es la muerte la que se para, sino la vida con sus circunstancias...»

No pudo arrancarse a aquella frase que la atraía con la tremenda verdad que llevaba implícita. De espaldas a la puerta, iban resbalando sobre su sensibilidad los ruidos de los que entraban y salían, pero no precisaba volver la cabeza para saber que no era él quien llegaba. Sólo de vez en cuando su mirada iba hacia el reloj que presidía el bar. Y le sorprendía la lentitud del avance de sus manecillas, que parecían fijas en el mismo punto. «¿Cómo es posible que quepa tanta intensidad de espera en el radio de cinco minutos?»

Deseaba desesperadamente su presencia, porque

esperaba de él el contrapeso a aquella frase terrible, aun a sabiendas de que no podría ser tan cierto como ella.

Sobre las páginas abiertas se proyectó una sombra que le trajo el sentimiento de su proximidad, pero no acertó a volverse. Entonces él se aproximó y, por encima de su hombro, fué leyendo:

—«No es la muerte la que separa, sino la vida...»

Ella sintió que en sus labios la frase entrañaba una amenaza. Y necesitó pedirle una seguridad que sólo él podía darle.

—Tong-Fon, ¿nos separará a nosotros algún día?

La respuesta de él fué tan sincera como debía serlo junto a aquella verdad tan absoluta:

—¿Quién puede saberlo? ¡Qué más quisiéramos que poder asegurar lo contrario!

Le dolió brutalmente, sintiendo que hubiera preferido la cobardía de una promesa, de una seguridad, en la que, sin embargo, no hubiera podido creer.

Ninguna palabra, ningún comentario podía añadirse ya. Su silencio mismo era su elocuencia. Y ambos habían vibrado unidos en el abrazo de ese silencio tan íntimo y quizá tan sensualmente perfecto como el abrazo físico.

Así, sin palabras, pero llenos de la armonía de aquel fantástico diálogo silente, salieron de la penumbra del bar a la brillante transparencia de la noche otoñal recién nacida. Todo, en torno suyo, era como un eco infinito de su infinita felicidad.

Ella se sentía más alta, más firme. Le parecía que había crecido, que las personas, las cosas, a su lado, quedaban más bajas, como supeditadas a su altura.

Se lo dijo, aunque sabía que era innecesario:

—He crecido:

Y él lo aceptó naturalmente:

—Siempre nos sentimos más altos tras los momentos de liberación.

Cuando llegaron cerca del chalet de ella, él se detuvo para encender un cigarrillo. Al alzar los ojos, la vio ante él, en una actitud de espera de la que, tal vez, ni siquiera era consciente. Entonces la besó y ella no esquivó el beso.

Desde la puerta, le vio perderse en el bosque, sin hacer un gesto de adiós ni volver la cabeza. Y se le ocurrió pensar: «¿Para qué, si es seguro el mañana?»

Lentamente fué subiendo hasta el primer piso. Sentía de pronto que todo el cuerpo le dolía. Tuvo que apoyarse en la pared y le pareció que ésta, bajo su mano, era un cuerpo vivo. Esa inefable pereza de todas sus fibras le proporcionó el íntimo placer de ir saboreando la nueva y deslumbradora luz que la invadía, como una sonrisa que la abarcara íntegramente.

Y entonces tuvo miedo de esa lasitud, quizá porque, en el fondo, tenía miedo de sí misma, de esa ignorada capacidad suya que acababa de revelársele.

No sabía lo que le sucedía, pero todo aquello, tan familiar, que la rodeaba, le resultaba ahora desconocido. Pensó: «Debo ser yo, que estoy resucitando en una forma desconocida.»

No oyó entrar a la doncella hasta que la tuvo delante.

—¿Quiere la señora que sirva la cena?

La miró como si despertase, con una dulce sonrisa que no le era destinada.

¡Cenar! ¡Qué raro que hubiera que cenar!

—No, Luisa; hoy no voy a cenar.

Se dejó caer en la cama y apagó la luz para gozar de la maravilla de la noche en la bahía. Ni una brizna de aire rizaba los pinos ni empañaba la superficie del mar, donde los yates permanecían inmóviles, con las luces encendidas. Lejos, temblaban las luminarias en la orilla de Alcudia.

Detuvo un instante su respiración, deseosa de captar la de las estrellas, prietas, llenas de inquietud. Y tan evidente era esta sensación, que el crujido que desde el exterior llegaba hasta ella no supo si era el crujido del bosque o el de las estrellas.

Una gran paz cuoríá el mundo, y ella pensó que la noche se había cuajado en aquel momento en que todo parecía haberse detenido, tal vez porque había alcanzado su perfección absoluta.

IV

Tong-Fon volvía a través del bosque, rumoroso de despertar. La naturaleza, a aquella hora, se sentía más fragante, recién barrida por la brisa del mar durante la noche. El hotel mismo estaba en silen-



ció, porque sus ocupantes dormían aún. Pertene- cían a ese mundo para el que el sol que brilla antes de las once es totalmente desconocido.

Tong-Fon había tomado ya su primer baño en el mar dorado y tibio, y ahora desayunaría mientras esperaba a Ana Rosa. Se sentía intensamente feliz, y le extrañó, al cruzar los vestíbulos, el grave y solemne saludo de los criados. ¿Es que no advertían que estaba radiante?

Sonrió en el pensamiento, recordando el prejuicio de estas gentes europeas que habían hecho un tópi- co de la impenetrabilidad de los orientales. «Pero ella no es así, pensó. Ella me conoce perfectamen- te.» Y ya el recuerdo que había estado aleteando sobre y dentro de él se concretó en la figura y en el nombre que lo provocaban.

Iba a verla dentro de poco tiempo. Y ya la ten- dría durante todo el día. Se le ocurrió pensar que un día próximo podría tenerla para siempre. «Mía. Y ya no perderla nunca.»

Se había enamorado sin darse cuenta del momen- to en que había comenzado. Tal vez ni siquiera ha- bía comenzado en un determinado momento.

Recordaba la intensa inquietud que le había cau- sado el encuentro aquel día primero, el de su lle- gada. «Posiblemente la amé ya desde aquel minuto.»

No se había enamorado nunca, pero siempre ha- bía creído en el amor. Siempre se había sentido capaz de un gran amor. Tal vez no era un senti- miento muy masculino ese concepto suyo del amor. Lo había observado en torno suyo, allá como aquí, cuando los hombres desdeñaban este sentimiento que para la mujer era, en cambio, la fuerza más importante. Pero a él no le importaban las opinio- nes ajenas. En todos los hechos de la vida tenía por norma guiarse por su única experiencia, des- oyendo las que pretendían imponersele. «Yo soy distinto a ellos, luego no puedo compartir sus opi- niones.» Por eso esperó al amor humildemente, sin temerle, pero también sin hacer el menor esfuerzo para encontrarlo, seguro de que había de llegar con toda la integridad de que se sabía capaz.

Por ello había rechazado los intentos de sus pa- dres para buscarle una esposa, según la antigua costumbre. Le costó imponer su voluntad contra la tradición, pero lo consiguió. Fue una dura batalla, tan dura como esta otra de venir a Europa. Llegó a creer que su madre sería irreductible. ¡Pobre ma- dre! Odiaba a Europa y a todos los europeos, y él sabía bien por qué. Pero la convención, con ayu- da de su padre, bastante más ecléctico. Ahora se sentía orgulloso de su fuerza. Había conseguido el permiso de ella y había podido escapar al matrimo- nio que quería imponerle como condición para el viaje. Aquella linda Mei-Lan, prima no sabía en qué grado, se había quedado sin marido y su ma- dre sin los nietos, por los que suspiraba desde que, quince años atrás, él cumpliera los diecinueve.

En su recuerdo se reunieron un instante las figu- ras de Ana Rosa y de su madre. Ella daría a la anciana esos nietos tan deseados. La llevaría con él, y cuando su madre le recibiera le presentaría a su esposa. ¡Quién sabe si podría anunciarle ya otra buena nueva: sus hijos...

Fué el pensamiento de esos futuros hijos lo que le hizo de pronto advertir el abismo al que se ha- blaba abocado.

En este momento le parecía que el sol, el mar y el aire se cubrían de un velo oscuro y muy tupido que le impedía ver la luz y los colores y le con- vertía el paisaje en una fotografía gris y muerta. Horrorizado acababa de descubrir que había llega- do a olvidar lo que siempre fué convicción absolu- ta; pero al descubrirlo descubría también la conde- na de este amor que era la nota cumbre de su vida.

Ante él, como una maldición, se alzaba el re- cuerdo de Sho-Ahn, el hijo de la hermana más querida de su madre y su primo también, y veía su rostro, pálido como una lámina de marfil an- tigo, bajo la clara cabellera que destacaba apenas sobre el raso tostado de la almohada, aquel día que lo hallaron muerto en su camarote cuando el barco que lo devolvía arribaba a Tien-Tsing.

Tong-Fon no podía olvidar el anatema de su ma- dre, como no podía olvidar su propia e íntima de- cisión, construida lenta y concienzudamente a la vista de la tragedia de su primo y coronada enton- ces, cuando el cuerpo exangüe parecía más blanco que nunca al trasladarlo desde el barco hasta la tumba de sus antepasados, que tal vez se negarían a reconocerlo entre ellos.

La hermana de su madre, contrariando a toda



la familia, desoyendo los sabios consejos de los ancianos, olvidando la tradición y desafiando el anatema, se había casado con un europeo. Un jo- ven agregado francés que la llevó consigo a su ru- bio país. Pero el exilio había durado poco. El ma- rido había muerto en el frente en la primera gue- rra europea, y la joven viuda, con el hijo de am- bos, no quiso permanecer en un país donde todo le era extraño y casi hostil. Volvió a China y a su familia, para la que también fué ya una ex- traña. Soh-Ahn, educado por sus abuelos, que in- tentaron borrar en él todos los atavismos de aque- lla raza que intervino circunstancialmente en su nacimiento, era chino en su pensamiento, en su educación, en sus costumbres. Pero allí estaban sus claros cabellos y las pálidas pestañas orlando sus ojos tirantes y el sonrosado color de su piel. De niño tuvo que sufrir la curiosidad de las gen- tes, que más tarde había de trocarse en desdén y malquerencia. Para Soh-Ahn existió una palabra, temida como el más humillante insulto, y más te- mida aún porque era cierta. Soh-Ahn, «el Mestizo», comenzó a odiar a las gentes, a sus compañe- ros de Universidad, que se burlaban de él y lo des- preciaban, y a sus amigos, que exageraban su sim- patía para hacerle olvidar lo que no podía olvi- dar nunca.

Entonces, sintiéndose extranjero, y más que ex- tranjero un paria entre ellos, decidió marchar a Europa. Ya que los suyos le rechazaban por su sangre blanca se iría con los blancos y sería uno más entre ellos.

Fué a París. Hablaba la lengua que su madre cuidó de enseñarle, y la herencia de su padre le hizo asimilar fácilmente el nuevo ambiente. Pero en París era también un extranjero. Era «el Mes- tizo», esa raza despreciada por unos y por otros, tal vez porque es su subconsciente, más que el pre- juicio de las gentes, lo que las obliga a ese des- precio.

Permaneció poco tiempo en Europa. Un día vol- vió. Y cuando el barco que lo traía avistaba las costas chinas, su criado lo descubrió muerto. Se había matado porque no tenía raza ni patria.

Tong-Fon, desligado de las tradiciones y de los prejuicios, viviendo esa vida moderna y sin fron- teras que hace hermanos en la forma a todos los hombres, había, sin embargo, comprendido la le-cción de Soh-Ahn y la asimiló. La tragedia de su primo era la de millones de hombres estigmatiza- dos por dos razas. Y se juró a sí mismo que de- fendería siempre la pureza de la suya.

Había estado a punto de olvidarlo, pero ahora que la verdad se imponía a él sabía que no tenía derecho a dar vida conscientemente a unos seres que nacerían con el estigma de su pecado de egoís- mo. Ana Rosa se alejaba de él sin que pudiera hacer nada por retenerla, pero la llevaba tan aden- tro, que ya no podría desprenderla nunca.



Ante él el largo espejo le mostró su imagen, y quizá por primera vez se miró, analizándose obje- tivamente. Era hermoso: su cuerpo aplomado, alto y esbelto. Sus miembros rectos y fuertes, la frente inteligente y los ojos profundos. Su pensamiento interpuso ante él la figura pálida de Ana Rosa. y en su recuerdo admiró su armonía y su belleza.

Eran dos razas bellas y dos seres perfectos, que se atraían sin barreras y que engendrarían hijos imperfectos destinados al sufrimiento.

Sabía que ella no comprendería sus razones, pe- ro sabía también que él, en su alto concepto del amor, no podía amarla de otra manera. Debía ale- jarse antes de que las fuerzas de la voluntad le fallasen. Regresaría a China y se casaría con Mei- Lan, que le daría aquellos hijos que debía tener. Acumularía barreras entre su amor para poder tener la seguridad de no retroceder nunca.

Sin pensarlo descolgó el teléfono y pidió poner- se al habla con el conserje.

El avión de Roma salía esta misma mañana, tres horas más tarde

V

De fuera, donde comenzaba a desesperarse el bosque al reclamo del alba iniciada sobre el mar, le llegó el canto de la flauta del pastor entre los mil rumores precursores del despertar del día, que se le entraban por la ventana, comunicándole la primera sensación de vida después de la noche ab- solutamente átona.

Sin mirar el reloj supo que eran las cinco. El pastor era exacto, y ella pensó que era lógico que en aquel ser tan primitivo todas las actividades fueran a la par de la naturaleza.

Volvió a encogerse entre las sábanas y gozó con fruición del recuperado calorillo que trepaba por su cuerpo aterido. Cuando despertó de nuevo el sol cruzaba de flechas la habitación y dos moscas zumbaban bajo el dosel que coronaba su alto lecho.

A partir de este minuto su recuerdo era una gran nube en la que se confundían y superponían las horas y los hechos.

No supo cómo llegara hasta su casa. Había deambulado por el bosque, sin saber a dónde iba,

porque el paisaje le parecía desconocido. Sin em- bargo hallaba un extraño consuelo en ese encon- trarse físicamente perdida, porque en ello había como un reflejo de su estado moral.

Le martilleaban en los oídos, en las sienes, las palabras que acababa de leer: «... No tenemos de- recho a hacer desgraciado a un ser que nace por nuestra culpa... Y debo marcharme así porque te quiero... Te quiero...»

Sólo ahora, cuando ya nada tenía remedio.

Esta frase, la convicción de la verdad que había en ella, le iba desheliendo la terrible cerrazón del primer minuto, cuando al llegar al hotel para reu- nirse con él el conserje le entregó la carta, ad- virtiéndole que Tong-Fon había marchado dos ho- ras antes.

Poco a poco le fué entrando una extraña sensa- ción que le hacía aceptar como lógico el resulta- do. Como si en su subconsciente hubiera sabido de antemano que no podía ocurrir de otra manera.

Ni por un minuto se le ocurrió pensar que él pu- diera retroceder en su decisión. Conocía su firme- za y le amaba así, para que la duda pudiera si- quiera insinuarse.

Como una automática fué guardando en la male- ta lo imprescindible. Sabía que debía marchar in- mediatamente también ella mientras los nervios la sostuvieran, antes de que se produjera el derrum- bamiento que no podría eludir.

Llegó a Palma al mediodía. El avión de Roma hacía dos horas que había partido. Y sólo enton- ces pensó cuál debía ser su objetivo. Regresaría a Madrid, no sabía bien por qué: tal vez porque sólo sabía que debía huir.

Mientras esperaba su turno un hombre llegó pa- ra devolver un pasaje para el avión de París.

Y ya no volvió a pensar que su ruta pudiera ser otro punto distinto.

El invierno se le pasó entre distintas ciudades de Europa. Posiblemente si hubiera tenido que dar cuenta de cuál había sido su vida en aquellos me- ses se hubiera sorprendido al comprobar que no lo sabía. Sólo algo no ignoraba, y era que había sido posible pasarlos.

Al llegar la primavera se dispuso al regreso. Es- taba cansada de la vida de hoteles, trenes y avio- nes. De llegadas y despedidas, sin ningún interés

LA ACTUALIDAD NACIONAL Y EXTRANJERA DEL MUNDO AR-
TISTICO Y LITERARIO LA ENCONTRARA EN LAS PAGINAS DE
"LA ESTAFETA LITERARIA"

ni emoción, porque en ningún sitio dejaba ni la esperaba nada.

Y un día tomó en Marsella el avión para Palma. Nada había variado en lo externo. Y, sin embargo, la casa, los bosques, el mar, que ahora parecían haberse alejado, todo lo halló más triste, como disminuida la luz que antes lo inundaba. Los atardeceres también tenían tintes grises y desvaídos, impropios de la primavera, que se hallaba en todo su apogeo, y ella se dijo que era su estado íntimo el que no captaba la exuberante lozanía. Hasta los animalillos del bosque, los gorriones y las golondrinas ponían una sordina a su algarabía, y los montes parecían apagar su altivez, recatándose en los velos de las nieblas. En el apagamiento de vida que aquel proceso sugería ella se encontraba a gusto, porque creía hallar un reflejo de su propia vitalidad que se iba apagando dentro de ella.

A partir de entonces se encerró en sí misma, como lo había estado hasta la llegada de aquel amor, nota cumbre en la ritmada sinfonía en gris mayor de su vida. Y ya sólo fué un objeto inanimado, quién sabe si el reflejo de un recuerdo o el eco de una nostalgia.

Esto había durado cinco años. Cinco años en los que cada uno fué una exacta y monótona repetición del anterior. En ellos no tuvo más que muy vagas y lejanas noticias de Tong-Fon. Apenas algunas palabras, que eran una seguridad de recuerdo, cuando los veranos llegaban a su final. Sin embargo, por estas palabras ella podía continuar viviendo, esperando, hasta el otoño siguiente.

Este último no las había recibido, y al romperse aquel levisimo lazo que la unía a él, fué como si ya su vida, su espera, no tuvieran ningún objeto.

Finalizando el invierno, le llegó la noticia. Tong-Fon había muerto. Iba con su esposa a Manila y el avión en el que viajaban se había perdido en el mar. Los cuerpos de los pasajeros no fueron recuperados nunca.

La noticia era de un amigo de Tong-Fon, y a través de las escuetas frases, en un inglés comercial, ella adivinó que aquel hombre sabía mucho de ella misma. Le hablaba del pequeño Tong-Fon, el único hijo, que apenas contaba cuatro años, y le ofrecía escribirle extensamente «cuando los papeles de su amigo estuvieran en orden y clasificados».

La noticia no la afectó más que la de su marcha. Tal vez recordó el contenido de aquella frase como un axioma: «No es la muerte la que separa...» Tal vez su dolor había llegado al máximo y le era ya imposible superarlo.

Y hoy había llegado el telegrama. Estas palabras que la obsesionaban la habían sacudido como un grito de esperanza: «... úrgeme entregarle mensaje...»

VI

Fué como un despertar en medio del sueño retrospectivo de su vida. Advirtió que se había que-

do helada, porque el fuego se había apagado, y que todos los ruidos, en el chalet y en el bosque, habían cesado. Sólo se oía, sordo y lejano, el rumor del motor de la lancha de los carabineros recorriendo la bahía.

Debía ser muy tarde. Pero no le importaba. No tenía sueño, y dormir en este instante sería perder un momento precioso que no le sería dado recuperar.

Se puso en pie, tratando de desentumecer los miembros, que se le enrigidecían. Y sin saber cómo, sintió que le iba naciendo una dulce esperanza dentro del pecho. Pensó: «Soy como una planta. Vivo, pero no siento. He perdido la facultad de sufrir, de gozar, de desear.» Tal vez le era precisa una emoción que fundiera su hielo. Se acercó el retrato y pronunció lentamente, saboreándola en toda su amarga lejanía, la palabra clave de sus sensaciones:

—¡Tong-Fon! ¡Viento del Este!... ¿Por qué viniste a agitar mi mar dormido si sólo habías de pasar sobre él como un viento marineró?...

Llegó a Puerto de Pollensa dos horas antes de la que el telegrama le indicaba. No sabía qué esperaba, pero la espera se le hacía insostenible, como si intuyera que al final de ella hubiera de hallar el camino que seis años atrás se le había perdido.

Se sentó en la terraza de un hotel ante una taza de té que olvidó en seguida, atenta sólo a los coches que llegaban y pasaban de largo.

Hasta que llegó el que esperaba. Un coche con matrícula extranjera que apenas pudo distinguir quién lo ocupaba, porque fué a defenirse a bastante distancia, junto al malecón dondè cabeceaban los balandros.

Un hombre descendió y por un instante Ana Rosa se sintió retrocedida seis años atrás, cuando en un atardecer como éste otro hombre descendió también de un coche con la misma matrícula.

Ella dejó su sitio y fué al encuentro del viajero, que parecía esperarla.

—¿Ana Rosa?...

Tembló al sentir su mano dentro de la del recién llegado.

—Por favor, ¿quiere acompañarme a tomar una taza de té?

Volvió, seguida de él, a su mesa. El hombre sacó su pitillera de piel y le ofreció un cigarrillo, y ella también se fijó en la mano que se lo ofrecía.

Shen se presentó explícitamente:

—Fuí el mejor amigo de Tong-Fon. Tal vez sepa usted lo que entre nosotros son los hermanos por juramento. Lo que significa que poseí toda su confianza. Por ello puedo decirle que él se casó porque debía cumplir su deber con sus antepasados. Con una mujer de su raza, de nuestra raza. Su hijo no debía ser mestizo. Pero este hijo, Ana Rosa, le pertenecía a usted. Tong-Fon se lo debía y ahora se lo envía. El me había entregado un mensaje que yo debía abrir cuando él muriese. Y ese mensaje era el encargo de traerle a su hijo.

Fué como una gran campana que repicara dentro de ella hasta arrebatlarla: era la íntima alegría de saber recuperado el hijo que la Vida le había robado y la Muerte le devolvía.

Ahora sentía un deseo acuciante de ver al niño, de comprobar en su rostro en forja los rasgos de su padre. Aquellos rasgos que buriló el Viento del Este y ningún otro había mancillado.

—El niño está en el coche. Vamos a buscarlo.

Ella le siguió. Al aproximarse vió, a través de sus lágrimas, el pequeño rostro sonriente tras el cristal de la portezuela. Alguien desde dentro la abrió y Shen habló un momento en su lengua de extrañas cadencias.

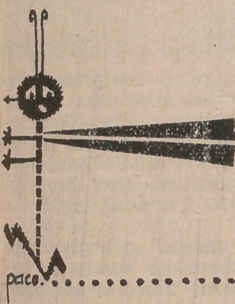
Entonces el niño acudió, atraído por ese inexplicable sentimiento de atracción de los niños hacia el dolor de los mayores. La miró con los tensos y profundos ojos de Tong-Fon y rodeó su cuello con sus bracitos.

Era la misteriosa reciprocidad intuitiva del alma infantil. Y era también la herencia sagrada que la unía a Tong-Fon más allá de la Vida y que él le enviaba, en un mensaje de eternidad, desde su lejano puesto en la Muerte que no separa



La pintura que
decora y protege

Pub. Ancema 135x



INSECTOX, la
pintura emulsionada
con poder insectici-
da permanente, se
fabrica en seis tonos:
blanco, crema, rosa,
gris, azul pálido y
verde pálido. Es
completamente ino-
dora, de acción pe-
netrante y **aplica-
ble directamente**
sobre yeso, cemento,
madera, etc.

PINTURAS INSECTICIDAS

insectox



Distribuidor exclusivo para DROGUERIAS en la
zona Centro: HIJOS DE ALFREDO ALEIX BEAIN
Calle del Prado, 15-MADRID-Tels. 215336-212159
Es un producto de PINTURAS **SMEYERS**
Sierra de Cameros, 17 - MADRID - Tel. 39 27 00



TRAJES

de línea moderna y elegante

... y de la más acabada hechura en magníficas telas de verano: muselinas, alpacas, «frescos», «jumel», gabardinas de algodón y el tejido «Perlón», exclusivo de GALERIAS. Colores del mejor gusto. Patronaje especial para todas las configuraciones.

Caballeros, 2.ª planta.

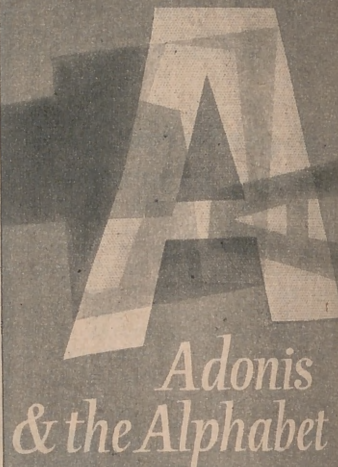
Galerías Preciados

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

ADONIS Y EL ALFABETO

Por Aldous HUXLEY

ALDOUS HUXLEY



EL ilustre crítico católico Charles Moeller ha calificado a Aldous Huxley de «aeronauta sin cargamento», queriendo caracterizar con esta gráfica frase toda la frivolidad ingénita que arrastra el escritor británico a lo largo de sus continuas divagaciones sobre los más diversos y distintos problemas divinos y humanos, y en este caso la frase no tiene nada de metafórica, ya que Huxley no es de los que se detienen en sus aventuras intelectuales en ningún terreno. Si alguien tuviese alguna duda a este respecto, no tendría más que abrir el libro que hoy nos toca resumir y contemplar, a través de la sucesiva serie de ensayos que lo componen, como Huxley, aun dentro del especial tema de cada uno de ellos, se sale constantemente de la materia específica para saltar sobre otras cuestiones que incidentalmente surgen.

La mayor virtud de Huxley es su enorme amenidad de concepto y de estilo, y su mayor defecto, esa frivolidad a la que venimos aludiendo. A todas estas cosas el autor británico une el afán de ser todavía el «enfant terrible» de la generación británica literaria de los años veinte, y este afán obstaculiza más la posibilidad de que alguna vez se decida a ver las cosas en toda la magnitud que sus propios planteamientos requieren. No deja de resultar curioso que el famoso trapense norteamericano Tomás Merton afirme que uno de los autores que más fomentaron el camino de su conversión fuese precisamente Huxley, lo cual demuestra cómo quizá por encima de la propia ligereza de este autor existe algo que el novelista y ensayista inglés se resiste a hacer suyo, por temor, sobre todo, a comprometerse más de la cuenta. En nuestro resumen hemos escogido como objetivo dos ensayos en los que de una manera más o menos directa se especula sobre el futuro.

HUXLEY (Aldous): «Adonis and the alphabet». And other essays. Chatto and Windus. Londres, 1956.

A John Ruskin le molestaban extraordinariamente las locomotoras. Nadie negaba que fuesen útiles, pero, ¿para qué presentarlas con un aspecto tan ramplón? ¿Por qué no revestirlas con el caparazón de un dragón, con el fin de que al verlas pasar pareciesen un animal de esos lanzando fuego? Ruskin creía que las máquinas y todas sus producciones son intrínsecamente feas; pero, puesto que son inevitables, había que hacer algo por superar su poca estética, aunque sólo fuese para ponerles unos adornos góticos.

LIBERTAD, CALIDAD Y MAQUINARIA

Para William Morris, cualquier maquinaria era odiosa, incluso en sus formas más sencillas. Las atacaba por motivos estéticos, aunque como soció-

logo las detestase también. Con su proceso de crear fealdad y monotonía, las máquinas habían destruido el viejo orden y habían convertido a los hombres y mujeres ocupados en ellas en brutos y autónomos. El ideal de Morris era la Edad Media, naturalmente no la auténtica, sino una versión mejorada de la idea victoriana de la Merrie England.

Hoy consideramos a la ciencia aplicada como una especie de animal domesticado puesto al servicio de las masas trabajadoras. Hace medio siglo, Tolstoi veía en ellas la más grande amenaza para la libertad, el instrumento más poderoso de opresión en manos de los tiranos. Era por esta razón, entre otras, por la que Tolstoi abogaba por la vuelta al trabajo manual dentro de las comunidades rurales, lo que las haría convertirse en autosuficientes. Su discípulo más importante, Mahatma Gandhi, predicó la misma doctrina y vivió lo suficiente para ver cómo la nación cuya independencia había conseguido, adoptaba una política de industrialización a ultranza.

Es muy fácil descubrir los puntos débiles de los argumentos clásicos contra el maquinismo y favorables a volver a la producción artesana. Todos ellos pasan por alto el hecho más importante de la historia moderna: el rápido y casi explosivo crecimiento de la Humanidad. Dentro del espacio que abarcan las dos largas existencias de Gandhi y Tolstoi, la población del planeta se ha más que triplicado. Consideremos algo las consecuencias políticas, estéticas y psicológicas de este acontecimiento, sin precedentes en la historia de la Humanidad.

En modo alguno la fealdad, que tanto les molestaba a Morris y a Ruskin, es resultado de la sustitución de la artesanía por la producción maquinaria. La causa fundamental estriba sencilla y simplemente en el hecho de haber cada año más seres humanos. Más allá de cierto punto, los seres humanos no pueden multiplicarse sin producir un medio ambiente que, en el mejor de los casos, es predominantemente árido, estulto y odioso y, en el peor, loco y falto de todo alimento espiritual. Las ciudades pueden seguir siendo hermosas hasta los doscientos o trescientos mil habitantes, pero nunca lo es una de un millón o más. Las viejas partes industrializadas de El Cairo o Bombay son todavía peores que las ciudades totalmente industrializadas de Nueva York, Londres o la cuenca del Ruhr. No se puede vivir satisfactoriamente entre ladrillos y cemento. Esto es tan cierto que vale aun en el caso de que los ladrillos y el cemento se utilicen para la construcción de hermosas casas. Lo habitual en la actualidad es que las grandes capitales del mundo estén siempre rodeadas por vastas zonas de fealdad y mediocridad. En las pequeñas ciudades de épocas anteriores la miseria y la fealdad rodeaban a espléndidas iglesias y palacios, pero estas zonas se medían por metros y no por millas cuadradas. Pequeñas cantidades de miseria humana pueden ser pasadas por alto, sobre todo si se asocian estas pequeñas ciudades con los bosques y campos que las rodean, constituyen una unidad urbana, que le da una especie de belleza especial.

Este género de belleza particular extraurbano no existe nunca en las grandes urbes, las más de las cuales parecen, por el simple hecho de esta grandeza, como inalterablemente monótonas, antiespirituales y odiosas.

En realidad lo que Ruskin y Morris censuraban no eran las consecuencias del maquinismo, sino la fertilidad victoriana que, combinada con la sanidad mejorada y con la baratura de los alimentos traídos del Nuevo Mundo, creó las grandes familias y con ello se originó el proceso de desarrollo de las ciudades monstruos, guardadoras de decenas de millares de kilómetros cuadrados de suciedad y fealdad.

Gracias a los avances de esa técnica, tan apasionadamente desaprobada por Tolstoi y Ghandi, una tercera parte o más de la población actual del mundo goza de una prosperidad sin precedentes, así como de una gran longevidad y permite que vivan, aunque sea miserablemente, por lo menos hasta los treinta años, el resto de la Humanidad. Una vuelta a la artesanía traería consigo la inmediata liquidación, dentro de pocos años, por lo menos de mil millones de hombres, mujeres y niños. Además, si mientras se realizaba el proceso de reconversión a la artesanía, manteníamos nuestros actuales niveles de limpieza y sanidad pública, dentro de medio siglo la Humanidad recuperaría los mil millones perdidos, con lo cual volvería a repetirse una nueva liquidación.

Ahora bien, el hecho de que el hombre no pueda vivir sin los avances de la técnica no quiere decir ni mucho menos que Tolstoi estuviese completamente equivocado en sus apreciaciones. Cada victoria sobre la naturaleza fortalece indudablemente la posición de la minoría gobernante. Los modernos oligarcas están hoy mucho mejor equipados que lo estaban sus predecesores. Gracias a los procedimientos de control existentes están capacitados para poder hacer casi todo. Con sus radios, aeroplanos, automóviles y las gigantes disponibilidades de las modernas armas blindadas, pueden hacer uso de su fuerza casi instantáneamente. En virtud de los medios de comunicación masivos de que disponen están en situación de pulverizar, persuadir, hipnotizar, hacer decir mentiras, suprimir la verdad, en una escala nacional y casi mundial. Con los micrófonos ocultos y con los cables disimulados, sus espías son omnipresentes. Gracias a su control de la producción y de la distribución pueden recompensar a sus fieles con trabajo y mantenimiento y castigar a los descontentos con el paro y el hambre.

Pero no es esto lo único que ocasiona el maquinismo; otro imprevisto, pasado por alto por Ruskin, Morris, Tolstoi, Ghandi e incluso por los más recientes filósofos y sociólogos, se ha producido, y ello es que la creciente dependencia del hombre de la máquina la ha hecho ser productora de distracción y lujo como fabricante de obras de arte sintéticas, en las que se reemplazan con productos plásticos viejas y artísticas obras, resultado de la habilidad manual. Mientras que grandes máquinas se han hecho todavía mayores, una nueva raza de máquinas enanas ha surgido suavemente y comienza, por lo menos en América, a proliferar como los conejos. Estas pequeñas máquinas son para individuos privados, no para las grandes organizaciones ni para el uso de las grandes organizaciones dirigidas por los amos del poder político y financiero. Son producidas por las grandes empresas, pero su finalidad, aunque ello sea algo paradójico, es el de restaurar el consumidor individual o, por lo menos, a independizarlo de los grandes negocios en el grado de libertad de que disponía en la época, todavía no muy distante, en que no existían las grandes empresas. Estas pequeñas herramientas de poder, en combinación con toda una serie de nuevos útiles, han creado toda una nueva especie de artesanos. Estas gentes pasan sus horas de trabajo en una fábrica de producción masiva, en una oficina distribuidora de las mismas, en un comercio que las vende, en un camión que las transporta, durante el tiempo libre, y la semana de cuarenta y cuatro horas deja mucho tiempo libre, se convierten en artesanos, que, aunque utilizan las herramientas producidas en serie, laboran para ellos mismos; bien por capricho, porque desean obtener alguna ganancia extra, o por ambas razones.

Este movimiento de autodeterminación tiene sus aspectos cómicos. Ahora bien, esto lo tienen casi todas las cosas que hacemos en este valle de lágrimas en que nos ha tocado vivir. Lo importante

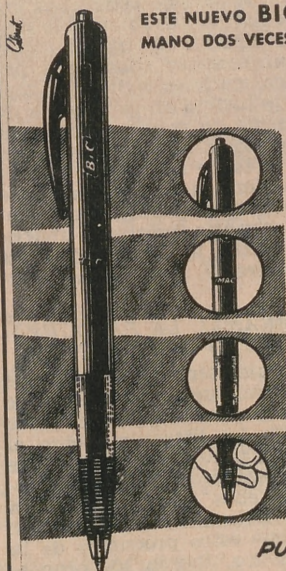
no es que el aficionado sea un tema fácil para el caricaturista, sino que un ser humano intente actualmente hacer algo para resolver, aunque sólo sea parcialmente, algunos de los problemas creados por el rápido avance de la técnica, cuya continua perfección lleva directamente a la automatización. Millones de personas se han cansado de ser simples espectadores u oyentes y han decidido llenar su ocio con algún género de actividad constructiva. La mayor parte de esta utilidad tiene carácter utilitario, pero existen muchos casos en que estos nuevos artesanos de la edad maquinista complementan su actividad utilitaria con la práctica de las bellas artes. Existe una interminable cohorte, no sólo de especialistas, sino también de escultores, pintores, alfareros aficionados. Nunca como ahora hubo un interés tan grande por el arte y nunca como ahora hubo tanto artista «amateur». ¿Estaremos entonces, a pesar de todo lo dicho por Morris y Ruskin, en los comienzos de una nueva edad de oro?

Distingamos... El arte no es una cosa, sino muchas. Metafísicamente hablando, es un instrumento para dar sentido al caos de la experiencia, para imponer orden, significado y sentido de permanencia al incomprensible influjo de nuestro perpetuo perecer. La naturaleza del orden impuesto depende de las capacidades nativas y de la herencia social de la persona que lo impone, descubre y expresa. Y esto nos trae al arte como comunicación, al arte como medio excepcionalmente adecuado para que los individuos comuniquen a los demás sus reacciones, su concepción de la naturaleza del hombre y del universo y sus visiones del orden ideal.

El arte es un método de autodescubrimiento y de autoexpresión. Una válvula de seguridad para hacer salir nuestro vapor emocional. Una catarsis (la metáfora médica es tan vieja como Aristóteles) para purificar el sistema de los productos de la constante autointoxicación del ego. El arte como terapia es buena para todo el mundo: para los niños y las personas mayores, para los imbéciles y los alcohólicos, para los adolescentes y para los hombres de negocios cansados, para los primeros

"Montado sobre amortiguadores"

ESTE NUEVO BIC HACE SU MANO DOS VECES MAS AGIL



HAGA VD. LA PRUEBA

Presione sobre la punta y notará que retrocede como el amortiguador de un automóvil.

Esta ventaja permite perfilar los trazos y escribir intensamente sin la menor fatiga.

- 1.º ¡Retráctil! Un sencillo mecanismo movido por patillas hace innecesario el capuchón.
- 2.º ¡Siempre limpio! La tinta IMAC empleada en este modelo no puede derramarse ya que se seca instantáneamente. Es ideal para uso en Administraciones Públicas, Bancos y Escuelas.
- 3.º ¡De una sola pieza! Sin recambio. ¡Para que recargarlo si por el mismo precio se puede comprar otro!
- 4.º ¡Más práctico! Nivel de tinta visible. Bien sujeto en la mano por su parte estriada.

PUNTA

BIC

solo cuesta
9 pesetas

ATENCIÓN: ¡Todo lo que corre sobre bola no es BIC! Sólo la VERDADERA Punta BIC le garantiza una fabricación de alta precisión, un control irrefragable, un funcionamiento regular. Observe bien antes de comprar si tiene la marca de garantía BIC.

FÁBRICA LAFOREST S.A. MAESTRO FALLA, 19 - TEL. 39 49 68 - BARCELONA

ministros en fines de semana y para los monarcas tímidos.

La difusión del artista aficionado casero servirá para suavizar muchos temperamentos y para impedir que surja toda una serie de neurosis, pero no contribuirá a aumentar considerablemente el número de obras maestras en arquitectura, pintura y otras artes plásticas... En todas las épocas de la historia, el número de buenos artistas ha sido muy reducido y el número de malos e indiferentes muy grande. El hecho de que ahora muchos hombres practican el arte como terapia no significa, ni mucho menos, que se produzca un considerable aumento en las obras de arte. El que yo me sienta mejor por haber expresado mis sentimientos de alguna manera plástica no significa en modo alguno que usted se sienta mejor por contemplar mi trabajo; por el contrario, esto le puede incluso repeler. Por ello practiquemos el arte como terapia, pero nunca lo consideremos como medio de comunicación con los demás.

Ni siquiera debemos esperar un aumento de la buena artesanía. Durante el pasado, la artesanía progresó por dos razones principales: una intensa y prolongada especialización en un simple terreno y la ignorancia de cualquier otro estilo, salvo el que dominaba localmente. Hasta la invención de la máquina, nadie llegaba a un conocimiento total de una habilidad sin pasar por un largo aprendizaje. El hombre que era «un sabelotodo» era considerado generalmente como un incapaz y como una inutilidad para cualquier clase de trabajo serio. Si usted deseaba tener una mesa, llamaba a un carpintero, y si quería blanquear su casa, a un pintor, y así sucesivamente. La especialización en artes manuales se remonta a la más remota antigüedad. Los arqueólogos nos aseguran que las pinturas de las cuevas del paleolítico superior eran ejecutadas probablemente por equipos de artistas viajeros, cuya habilidad nativa era mejorada por una constante práctica. Igualmente las cabezas de flechas eran fabricadas allí donde existía abundancia de materia prima y luego distribuidas a los consumidores en una enorme zona.

Nuestros nuevos artesanos, con sus múltiples herramientas y su abundancia de materias primas, son una especie de «sabelotodo», y por ello sus obras no pueden presentar nunca las excelencias que distinguen el trabajo de alta calidad de los especialistas. Además, los antiguos artesanos daban como algo indiscutible y acabado el estilo que se les enseñaba y reproducían los viejos modelos sin introducir la más ligera modificación. Cuando se apartaban del estilo tradicional, sus obras eran aptas para los excéntricos y, en la mayoría de los casos, auténticamente malas. Hoy sabemos demasiadas cosas para ser fieles seguidores de un solo estilo. Las enseñanzas y la fotografía han colocado toda la cultura humana a nuestro alcance. El artesano o el artista aficionados se encuentran solicitados por miles de diferentes e incompatibles estilos. La amplitud de oportunidades le inclina en la mayoría de las veces por el eclecticismo, lo que hace casi por liberarse de ninguna sujeción. El resultado de todo, desde el punto de vista de considerar el arte como medio de comunicación, es algo despreciable o monstruoso o insipido y acaramelado. Como terapia, este arte es una garantía contra el aburrimiento y un antídoto contra la televisión y los otros entretenimientos pasivos y, por ello, algo admirable.

¡MAÑANA!, ¡MAÑANA!. LA PREOCUPACION DE NUESTRA GENERACION

La preocupación del paraíso terrenal es algo que se ha apoderado del pensamiento occidental desde 1800. La obsesión, aunque se mantenga ahora, tuvo su gran época hasta 1900. La literatura sobre el futuro fué enorme. Se podrían citar millares de títulos. Moralistas y reformadores políticos, humoristas y científicos, todos ellos aportaron algo a esta visión de un mundo feliz. Menos pintorescas, aunque más ilustrativas que estos productos de la fantasía y del celo idealístico, fueron los pronósticos hechos por hombres de ciencia sobrios y bien informados.

Un autor conocido—Brown—ha puesto sus dudas sobre la capacidad de la raza humana para adaptarse a las nuevas y menos concentradas fuentes de energía y materias primas. Según el mismo, existen tres posibilidades. La primera, y es la más probable, es la vuelta a la existencia agraria. Este re-

greso tendrá lugar casi seguro si el hombre no sólo no es capaz de adaptar la transición técnica a las nuevas fuentes de energía y materias primas, sino también si no consigue abolir la guerra y al mismo tiempo estabilizar la población. El propio Darwin creía que el hombre no sería nunca capaz de controlar la población. Las restricciones contra la natalidad se pueden practicar durante algún tiempo, pero su duración es siempre limitada temporalmente. Las naciones que siguen estas normas corren siempre el peligro de ser anegadas por las que no las siguen, y esto es siempre un gran peligro. Además, al reducir el número de competidores, el control de nacimientos restringe la acción de la selección natural, y si a la selección natural no se le deja actuar libremente, sobreviene inmediatamente la degeneración. Por otra parte, si los gobernantes no han llegado nunca a grandes acuerdos en cuestiones mínimas de carácter internacional, ¿resulta imaginable el pensar que lo van a estar en una cuestión tan espinosa como es el «birth control»? La respuesta parece inclinarse al lado negativo, pero, además, si por una auténtica casualidad se llegara a este acuerdo, resulta difícil de pensar cómo sería aplicada una política forzosa sobre esta clase de asuntos, en los que los métodos totalitarios más abusivos resultan ineficaces.

La segunda posibilidad que señala nuestro autor, en el supuesto de que se superaran algunas de las metas previstas por él, era que se alcanzara una sociedad industrial colectivizada completamente controlada (una sociedad totalmente semejante a la que yo he descrito en mi ficticio ensayo «Un mundo feliz»).

La tercera posibilidad con la que se enfrenta la Humanidad es la de la de una sociedad industrial completamente libre en la que los seres humanos puedan vivir en completa armonía con su medio. Esta es una alentadora perspectiva, pero nuestro autor se apresura a comunicarnos que es muy improbable que tal modelo pueda llegar a realizarse, y que si se alcanzase, las posibilidades de su duración son mínimas, ya que si las dificultades de realizarse son grandes, todavía lo son mayores las de mantenerse.

Como siempre hay opiniones para todo, frente a las teorías de Brown, las profecías de sir George Thompson constituyen un reconfortante tónico, aunque para éste la edad de oro comience ya en el presente. En el periodo que se inicia en nuestros días y acaba en el año 2050, época en la que la Humanidad habrá alcanzado los cinco mil millones y quizá los ocho mil también, en la que la energía atómica habrá agregado su potencia a la del carbón, el petróleo y la fuerza hidráulica, el hombre dispondrá de más esclavos mecánicos que nunca. Volará con una velocidad tres veces superior a la del sonido, viajará a 70 nudos en transatlánticos submarinos y resolverá los más intrincados problemas por medio de máquinas pensadoras. Las experiencias químicas dotarán al hombre de toda una serie de sustancias y materias sintéticas de infinitas e imprescindibles aplicaciones. Mientras tanto, los biólogos no estarán ociosos y toda una serie de bacterias y hongos serán domesticados, hasta el punto de obligárseles a producir diversos alimentos y a realizar toda una serie de síntesis químicas totalmente inalcanzables por otros procedimientos. Todavía más pintoresco resulta el cuadro que nos traza la incansable imaginación de sir George, cuando nos habla de que se lograrán crear unas razas especiales de monos capaces de llevar a cabo las más enojosas tareas de la agricultura, tales como la recolección de frutas, el algodón y el café. Rayos electrónicos serán proyectados sobre determinadas zonas, alterándose los cromosomas de los animales e introduciéndose excelentes mutaciones. En el campo de la Medicina, el cáncer será completamente vencido y la senilidad pospuesta y quizá eliminada definitivamente, tanto más cuanto que, según nuestro autor, la palabra senilidad es, en cierto sentido, un malentendido.

Si entre las perspectivas que se nos ofrecen para una pequeña parte de la humanidad industrializada son brillantes, no puede pensarse lo mismo cuando la industrialización se haya extendido en gran escala. Existe siempre el peligro de la inadecuación de los medios de producción con el crecimiento demográfico. La tarea de industrializar a los pueblos poco desarrollados y de hacerles capaces de producir lo suficiente para sí mismos es una tarea del futuro nada fácil.

Una vista aérea del puerto de Tánger. Aquí fué donde sonaron las misteriosas explosiones que hundieron el «Bruja Roja» y el «Barra»



DOS BUQUES A PIQUE EN EL PUERTO DE TANGER

¿MISION DE GUERRA CONTRA EL CONTRABANDO DE ARMAS?

LA ACUSACION DE PAUL GILL, UNA INCOGNITA SIN DESPEJAR

AL pie de la vieja muralla, y en un lugar desde el que se divisa toda la bahía, está emplazado el bar marinero La Mar Chica. El dueño de La Mar Chica es conservador y poco amigo de pasajeros modernísimos; conserva las directrices que se

trazó, hace ya bastantes años, cuando montó este negocio: vino español, horario nocturno, folklore andaluz, clientela habitual y fidelidad a la ya prestigiosa mascota naval que campea sobre la puerta de entrada. La clientela es algo heterogé-

nea, aunque impera la gente de mar. Cargadores portuarios, gente gris a la que es difícil encuadrar en la escala social de actividades, chóferes, árabes... De vez en cuando grupos de elegantes procedentes de las más caras «boites» vienen a tomar sus pen-



ALFA

La máquina de coser y bordar famosa en el mundo entero

últimas copas. La mayoría se sienten unidos por su común simpatía por Angelita, la «vedette» del local. Angelita canta y baila acompañada por un guitarrista de cara impassible, por la que resbalan y se diluyen toda clase de estímulos y sensaciones. Angelita lleva siempre el mismo «atrezzo»: un rojo clavel artificial, de gracioso balanceo, que le sobresale verticalmente por encima de la cabeza; un viejo mantón de escudo de Manila, cuyos flecos ya rubios ha adornado con bolitas de papel de plata, y unos zapatos de tacones tan barrocammente retorcidos, que mentira parece puedan sostener sus furiosas volteretas y taconeos. Angelita tiene la edad de sus canciones, y las canta tan nostálgicamente...

El lugar tiene, qué duda cabe, su encanto; y si además la noche es tranquila, como suelen serlo bajo el cielo de Tánger, se pasan unas horas muy agradables.

En la madrugada del lunes 20 de mayo, exactamente a las dos, un fortísimo estallido vino a despertar a toda la ciudad; a toda la ciudad y al pequeño grupo de pacíficos noctámbulos que nos recreábamos admirando el caduco arte de Angelita.

Salimos rápidamente. Sobre el puerto se extendía la oscuridad. Solamente en un ángulo se levantaba una ligera humareda.

EL «BARRA» DE PAUL GILL

Acababa de volar el navío «Barra», que arbolaba pabellón inglés, y que, junto con otras numerosas embarcaciones, se encontraba anclado en el recinto del Yachting Club. A los pocos minutos fuerzas de la Policía acordonaron el puerto, y al rato llegaban las primeras unidades del Cuerpo de Bomberos.

Colocadas convenientemente las baterías y los reflectores de los servicios portuarios se comprobó que el «Barra» había quedado completamente destruido. Sobre las aguas flotaban minúsculas partes de lo que había sido la embarcación: de ellas la más considerable era la chimenea. Del resto sólo quedó un montón de hierros retorcidos y maderas rotas. Mientras tanto, multitud de curiosos seguían las operaciones. A una respetable distancia del siniestro, las fuerzas de la Policía encontraron el cuerpo de un hombre que presentaba mortales heridas; a pesar de que algunas de ellas le desfiguraban el rostro se le identificó como al guardián del «Barra». Era el súbdito español apellidado Delgado Forjas.

EL «BRUJA ROJA» DEL SEÑOR POUCHERT

Poco antes de las tres de la madrugada, cuando ya los curiosos que presenciaban la labor de los miembros del servicio de extinción de incendios empezaban a retirarse, se produjo un segundo estallido de similar potencia al anterior a bordo del navío de bandera costarricense «Bruja Roja», propiedad del señor Pouchert, de nacionalidad letona. Esta vez la embarcación quedó cortada en dos pedazos. El trozo correspondiente a la proa quedó

amarrado al muelle, pero el otro, el que correspondía a la popa, quedó totalmente destrozado.

Afortunadamente, y por rara providencia, el guardián marroquí acababa de descender del buque y se hallaba en el momento de la voladura con otras tres personas a una prudencial distancia del lugar del suceso. Resultaron levemente heridos.

Las numerosas embarcaciones que rodeaban al «Bruja Roja» salieron también milagrosamente ilesas. Solamente el vapor «Flash» sufrió desperfectos considerables, y el «Manolita», de matrícula española, resultó abierto en el casco por un boquete de cuatro metros.

Las autoridades tangerinas fueron llegando al lugar del siniestro. La investigación policíaca fué encomendada al comisario Burnote, quien, después de las primeras inspecciones en el puerto, tomó declaración a los propietarios de los navíos volados.

¿CONTRABANDO DE ARMAS?

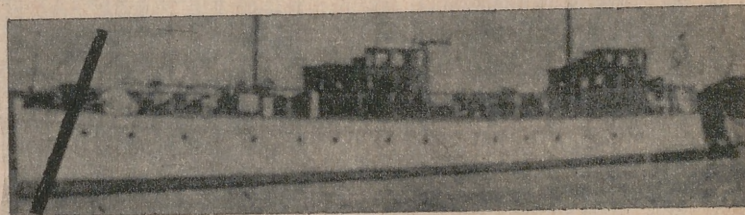
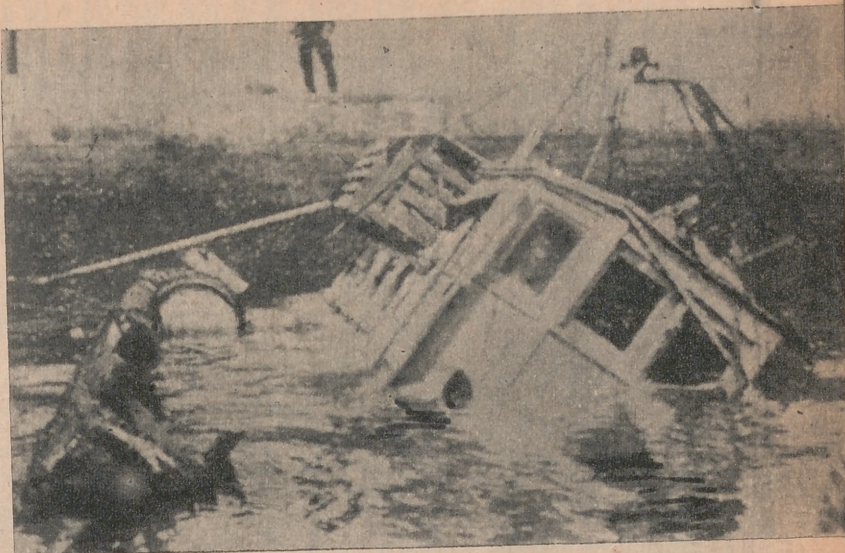
Durante los días que siguieron a las extrañas voladuras del Yachting Club el rumor popular dió paso a las más raras conjeturas. Tal abundancia de suposiciones contrastaba con la absoluta reserva que las autoridades judiciales y policíacas guardaban, como es lógico, en torno a lo ocurrido. Tan sólo últimamente una escueta nota oficial declaraba que se proseguían las pesquisas y que se investigaba ya sobre probables pistas que conducirían al total esclarecimiento del caso.

A las pocas horas de hundirse en la dársena el «Barra» y el «Bruja Roja» era detenido en un inmueble de la calle de la Libertad un individuo llamado Jesús Pérez Conde, del que sospecha la Policía por haber sido encontrado en su poder un potente aparato de radio, transmisor, que funcionaba ilegalmente. También se le encontraron mensajes cifrados.

En su primera declaración el detenido ha negado todo contacto con los autores de las voladuras.

Otros rumores no confirmados hacen recaer sospechas sobre Roger Buyle, director del South American Bank de Tánger, que huyó a Bruselas con los 600 millones de francos propiedad de un egipcio. Según tales suposiciones, el Servicio Secreto francés se benefició del acoso a que fué sometido el director del Banco para arrancar a éste dilaciones contra sus antiguos clientes los contrabandistas. Después de esto hay quien cree que los agentes de una potencia extranjera hundió los buques para privar de su «instrumento» de trabajo a los comerciantes fuera de la ley.

Sin que nada de lo que a continuación digamos tenga carácter oficial ni oficioso, todo parece indicar que las voladuras del «Barra» y del «Bruja Roja» no han sido precisamente casuales. Queda también descartada la hipótesis de que la misma índole del cargamento de las embarcaciones produjera la voladura. Según opinión de los entendidos, los ex-



De arriba abajo: El «Barra», en el estado en que le dejó la explosión; el «Bruja Roja», ya bajo las aguas, después del accidente, y una vista del «Barra» amarrado en el puerto de Tánger, antes del misterioso suceso

plosivos actuaron en la dirección de abajo-arriba, o sea que seguramente estarían colocados en los flancos de los navíos y por debajo de la línea de flotación.

Admitidas estas suposiciones, cabría preguntarse cuándo fueron colocados los explosivos, quiénes llevaron a cabo la colocación y qué fines perseguían. Seguramente se pondrían en los flancos de los buques unas horas antes; pero, por lo visto, nadie parece haber visto que desde el atardecer del domingo a la madrugada del lunes se acercara nadie a las embarcaciones. Ni desde el muelle ni a bordo de algún bote por el agua.

Entonces, ¿puede resultar fantástico que se hable de un trabajo de expertos «hombres-ranas»?

Los rumores iniciales aseguran que la espectacular voladura de las dos naves obedecía a un simple «plan amistoso» de reajuste de cuentas» entre grupos que se dedican al comercio, no demasiado legal, entre las plazas de Tánger y Gibraltar. Más adelante se habló de un contrabando de armas a todo lo largo de la costa norteafricana. Cuando todo hacía presumir que este asunto quedaría en el olvido, dadas las misteriosas circunstancias que lo rodeaban, unas audaces declaracio-

nes del propietario del «Barra», de las que se hizo rápidamente eco el «Daily Mail», han puesto de nuevo el caso al rojo vivo.

«NOTAS PARA UNA PELÍCULA DE ACCIÓN ALGO IRREAL»

El propietario del primero de los buques siniestrados es el súbdito inglés de treinta y dos años de edad llamado Paul Gill. El señor Paul Gill reside desde hace algunos años en Tánger. Actualmente usufructúa el apartamento número 35 situado en la sexta planta de un inmueble de la rue Gaveto. Durante los últimos cinco años ha venido admitiendo que es un contrabandista. Según sus propias declaraciones, él empezó como patrón de un buque de contrabandistas, más adelante se estableció por su propia cuenta y compró el «Barra» y el «Fury». El «Fury» se «hundió» frente a Portugal no hace todavía dos meses; la suerte del «Barra» ya la conocen ustedes.

En su apartamento de la rue Gaveto Paul Gill tiene un modernísimo receptor de radio con el cual capta los mensajes que sus hombres le dirigen desde alta mar; también posee un transmisor para enviar mensajes con las oportunas instrucciones.

Ahora Paul Gill acusa al Intelligence Service y a la Marina de guerra francesa de la voladura de su buque. La cual, según él, obedece a una información errónea por parte de los servicios de contraespionaje, que les ha hecho suponer que su navío era uno de los que transportaban armas.

—Naturalmente— afirmó Paul Gill a su amigo Hugh Medicott, corresponsal del «Daily Mail», a mí me han pedido los árabes que les facilitara armas. Pero siempre me negué a ello. También se pusieron en contacto conmigo algunos árabes de El Cairo, pidiéndome armas y municiones. Les dije que no.

Por lo visto, la falsa información que produjo tan tajante medida represiva fué facilitada por un mecánico holandés, miembro reciente de la tripulación del «Barra», y que colaboraba con los servicios franceses encargados de la persecución del contrabando de armas.

Lo que da un grave cariz a las acusaciones del propietario del «Barra» es el hecho de que horas antes de que volara su embarcación salieron del puerto tangerino varias unidades de la Marina de guerra francesa, que bajo el mando de la fragata «Maljadhe» habían estado anclados en Tánger durante dos días.

La índole del trabajo permite asegurar que la operación de adherir el explosivo—seguramente con ventosas o imanes— al casco del buque no pudo realizarlo sino un experto («hombre-rana») perfectamente adiestrado y preparado para ese tipo de voladura.

—Fué en el centro mismo de la quilla—dijo Gill a su amigo Medicott—. No conozco a nadie en Tánger capaz de realizar esa misión. Fué un acto de guerra. No había cargamento a bordo del na-

vio cuando ocurrió la explosión. Y tuve suerte al no encontrarme a bordo durmiendo, como suelo hacer cuando el vigilante nocturno tiene su día de descanso. La Policía vino a buscarme, me condujo a los muelles y mientras estábamos allí pude presenciar la voladura de otro navío. Después fui conducido a la sede de la Policía, donde se me colocaron unas esposas, y permanecí en prisión desde las tres de la madrugada hasta las siete de la tarde del lunes.

Estoy tratando de salvar lo que pueda. No había realizado ningún trabajo por espacio de dos semanas y estaba reparando el motor de mi embarcación, ya que dos miembros de la Compañía en que yo trabajaba habían sido detenidos y esperábamos que las aguas volvieran a su cauce.

Un funcionario del Consulado británico ha declarado que Paul Gill se había quejado por su de-



Uno de los personajes: Paul Gill, propietario del «Barra»

tención y que se han enviado a la Embajada de Rabat un informe sobre la voladura del «Barra». Gill afirma que la Policía no le dió alimento ni le permitió entrar en contacto con el cónsul británico.

EL HOMBRE FRENTE AL EJERCITO-MASA

Si las acusaciones que Paul Gill hace al Intelligence Service francés son tan veraces como parece creer el rotativo inglés «Daily Mail», nos enfrentamos con una larga serie de hechos que hacen tambalear las tradiciones militares de los ejércitos. Durante el curso de la última guerra mundial tuvimos ocasión de asombrarnos por hechos audaces que

se apartaban de lo que podemos llamar la guerra clásica. Ambos bandos rivalizaban asustando al enemigo esos grupos suicidas que influían tan decisivamente en la psicosis de la guerra mundial. Los Cuerpos especiales de paracaidistas, los mandos de Skorzeny, los pilotos suicidas japoneses, los hombres-rana, el facilitar por medio del contraespionaje información falsa para desorientar al enemigo, etc., no son sino otras tantas modalidades de estos nuevos temas bélicos que están cerca del guerrillero y del francotirador solitario que de los disciplinados y anacrónicos ejércitos de masas piramidales. Para esos ejércitos de masas el individuo carece de importancia; ahora, de nuevo, todo parece indicar que se recuerda como portador de un rebro.

Los franceses y en particular las promociones que anualmente salen de Saint-Cyr han tenido ocasión de comprobarlo cruelmente con su propia sangre. Primero en aquella guerra de prestigio que tantos sacrificios costó para al final firmar un armisticio que podían haber signado dos años antes en las mismas condiciones. Me estoy refiriendo a Indochina. Actualmente en Argelia donde un moderno Ejército de varios cientos de miles de hombres bien equipados está luchando contra fantasmas guerrilleros que aparecen y desaparecen; conocedores del terreno que continuamente les preparan escaramuzas; terrorismo, estado de alarma, toques de queda. Una sangría ininterrumpida constante que se traduce en París en presupuestos de cientos de millones de francos.

Los franceses conocen este estado de cosas. Primero fué la experiencia de Indochina, hoy Argelia.

No creo, pues, que sorprenda a nadie, si después de estas consideraciones aseguro que existe hoy en Francia una fuerza especial coordinada que se dedica a luchar contra el enemigo con sus propias armas o incluso con más audacia, si el caso lo requiere.

Ustedes leyeron en su día lo que ahora voy aquí a repetir; yo me limito simplemente a recordárselo y verán cómo inmediatamente descubrirán una afinidad un paralelismo entre los hechos. Les cito solamente los que tuvieron más resonancia en la Prensa mundial.

Octubre de 1956. Detención del yate «Athos», procedente del Oriente con un cargamento de armas valorado en doscientos millones de francos, para los nacionalistas argelinos.

Noviembre de 1956. Secuestro de la plana mayor de los dirigidos argelinos que viajaban a bordo de un avión. esta operación fué más efectiva que todas las que efectuó durante el curso del año el Ejército francés en Argelia.

Y ahora, finalmente, y según afirma Paul Gill, la voladura del puerto de Tánger de dos navíos a los que se creyó complicados en el suministro de armas a los nacionalistas del Norte de Africa.

Antonio SACCAS

CINCO PREGUNTAS QUE VALEN MEDIO MILLON

Miguel Lizón y Ramón Perdiguier, con el locutor de Radio Madrid José Luis Pécker



UN MANO A MANO ENTRE JOSELITO Y GRETA GARBO EN LA PLAZA DE LAS VENTAS

MIGUEL LIZON Y RAMON PERDIGUER EN EL RUEDO DE LA FORTUNA

YA en diciembre del año pasado, la revista italiana «Oggi» se hizo eco, en un amplio reportaje de los éxitos radiofónicos y erudito-musicales del doctor Salvá, el primer concursante que alcanzase la cifra de pesetas más alta en los premios del concurso «Medio Millón», de la firma co-



La granja de Jesús y María, en la isla de Gracia, propiedad de Gallina Blanca

mercial «Gallina Blanca», productora, entre otros, del renombrado «Avecerem». Han pasado seis meses, poco más, poco menos, y esta vez los periódicos, las revistas y las emisoras de radio de Italia, Francia, Alemania, Inglaterra, Suiza y Sudamérica han reseñado una por una las preguntas y las respuestas de dos hombres españoles que han tenido medio millón al alcance de su mano.

En el mismo Hollywood, los medios de la cinematografía donde se hiciera famosa Greta Garbo, han seguido los aciertos y las vicisitudes de Ramón Perdiguer, que se ha sabido la vida de la actriz sueca, casi mejor que la misma protagonista. En todas las provincias de España, en todos

los lugares castellanos, andaluces, levantinos, extremeños, manchegos o norteos, en todos los rincones donde haya un aficionado a la fiesta de toros, se han vivido los momentos de las preguntas y de las respuestas que de la vida de José Gómez, «Gallito», el Joselito de las historias de las tauromaquias, ha ido resolviendo Miguel Lizón, un muchacho de Alicante.

La plaza de toros de las Ventas de Madrid, llena hasta la bandera, como en las más solemnes corridas de tronío, ha contemplado el pináculo, el fin y la admiración popular de estos dos hombres, que han realizado sobre su arena, el más insospechado mano a mano que desde su inau-

guración celebrara el coso madrileño. Ha habido aplausos, ha habido vitores, ha habido emoción. Y cuando cada uno con su premio obtenido, la suerte jugada, ha salido con un premio personal, lo de menos ha sido la cuantía, el éxito total o el fracaso mínimo. Lo demás ha estado integrado en ese deseo de triunfo de 30.000 espectadores y 20 millones de radioyentes, que a las nueve de la noche del miércoles 12 de junio, han, con ellos, corrido su misma suerte.

MIGUEL LIZÓN, MAESTRO NACIONAL Y BIOGRAFO DE JOSELITO

Han dicho que tiene estampa de novillero caro, de novillero de empuje, de novilledro e corazón. Ya no lo es; José Luis Pecker, locutor de Radio Madrid, le dio la alternativa en cinco preguntas. Si Miguel Lizón fuera torero regalaría un capote de paseo a su gen alicantina y se encargaría un vestido corinto y oro, como los matadores de ley. Pero Miguel Lizón, desde su escuela nacional de Petrel, Elda —cuando regresó para sus alumnos pequeños, ilusionados y sencillos, habrá vuelto un héroe—, es, simplemente, un hombre joven que sabe, y mucho, de la vida y de la muerte de José Gómez, «Gallito».

Miguel Lizón, ojos claros, espiada la figura, viene a hacer, como su compañero Ramón Perdiguer, el 150 de los concursantes de las fases finales de este certamen publicitario de «Gallina Blanca». Ya una vez, con el tema «Visigodos», Miguel Lizón participó en las emisiones. Entonces perdió. Pero volvió a enviar tarjeta; en el ángulo superior derecho, un nombre: Joselito. Y veintiséis preguntas, otra tras otra, le han traído la fama.

En esta particular sabiduría torera, Miguel Lizón tiene un antecedente, un basamento, un basamento, un ejemplo: su padre. El señor Lizón padre fué el que comenzó a reunir esa colección de libros, recortes, noticias, avisos, confidencias y rumores sobre la vida del menor de los Gallo. En una maleta —una maleta de cañerío de diez kilogramos de peso— están con él todo el tesoro de los conocimientos. Miguel Lizón se sabe, pues, catorce kilogramos de Joselito.

Miguel Lizón y su compañero en el cartel radiofónico, Ramón Perdiguer, han asistido en estos días a conferencias de Prensa en Madrid, Zaragoza, Barcelona y Valencia. Actuaciones semipúblicas, semiprivadas, en las que han demostrado su memoria, sus investigaciones, su sapiencia.

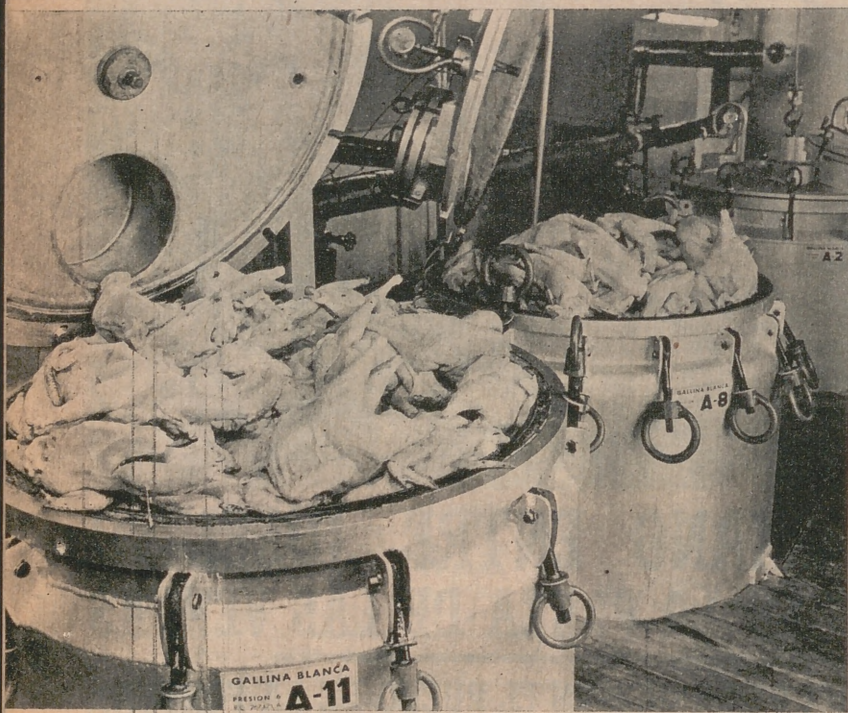
En Valencia, a Miguel Lizón le preguntaron:

—¿Qué prometió Joselito a un médico de Valencia, promesa que se cumplió diez años después de la muerte del torero?

Hubo un instante tenso, pero un instante tan sólo.

—Sí, señor, la Virgen de la enfermería de la plaza de toros.

Miguel Lizón tiene sus padres y su novia en Alicante. Por la radio, muchas veces, a todos les ha brindado las respuestas.



Dos mil quinientos pollos se sacrifican diariamente para las autoclaves de Gallina Blanca



En la fotografía superior, Ramón Perdiguer demuestra no sentir el menor temor ante el tiroteo sobre Greta Garbo. Abajo, Miguel Lizón contesta sereno al tema de Joselito

Cuando Miguel Lizón ganaba, Alicante entero aplaudía.

UNA MUJER, GRETA GARBO, EN LA VIDA DE RAMÓN PERDIGUER

El número 61 de la calle de San Pablo, de Zaragoza, es en estos días mentidero famoso. Y ahora no sólo ha sido la gente ociosa la que ha permanecido, sino la Zaragoza de todas las edades la que por allí ha desfilado.

Ramón Perdiguer, treinta años —el toro de cinco, el torero de veinticinco—, ha demostrado ante sus paisanos que en su vida había una mujer. Y no una mujer innominada, una mujer oculta, una mujer desconocida. Nada más, nada menos, que la actriz más famosa del cine de todos los tiempos: Greta Garbo.

Los rincones de la fábrica de licores de la ciudad del Pilar donde Ramón Perdiguer, industrial, trabaja con su padre, han sido muchas veces recóndito escenario de lecturas sobre historia del cine, sobre fichas técnicas y artísticas de producciones nacionales y extranjeras sobre la vida, las andanzas, las correrías, los trabajos y los éxitos particularísimos de dos grandes genios del séptimo arte: Greta Garbo y Charlie Chaplin. Igual de perfectas, igual de exactas, igual de completas, Ramón Perdiguer se sabe las vidas de los dos «astros».

Un día decidió presentarse al Concurso de «Gallina Blanca». Dudó al principio, mas por fin escogió: Greta Garbo. Y fué llamado. Tuvo un pequeño contra-tiempo.

En una de las emisiones, José Luis Pécker le preguntó:

—¿Cuáles son las tres principales figuras que acompañaban a Greta Garbo en la película «La calle sin alegría»?

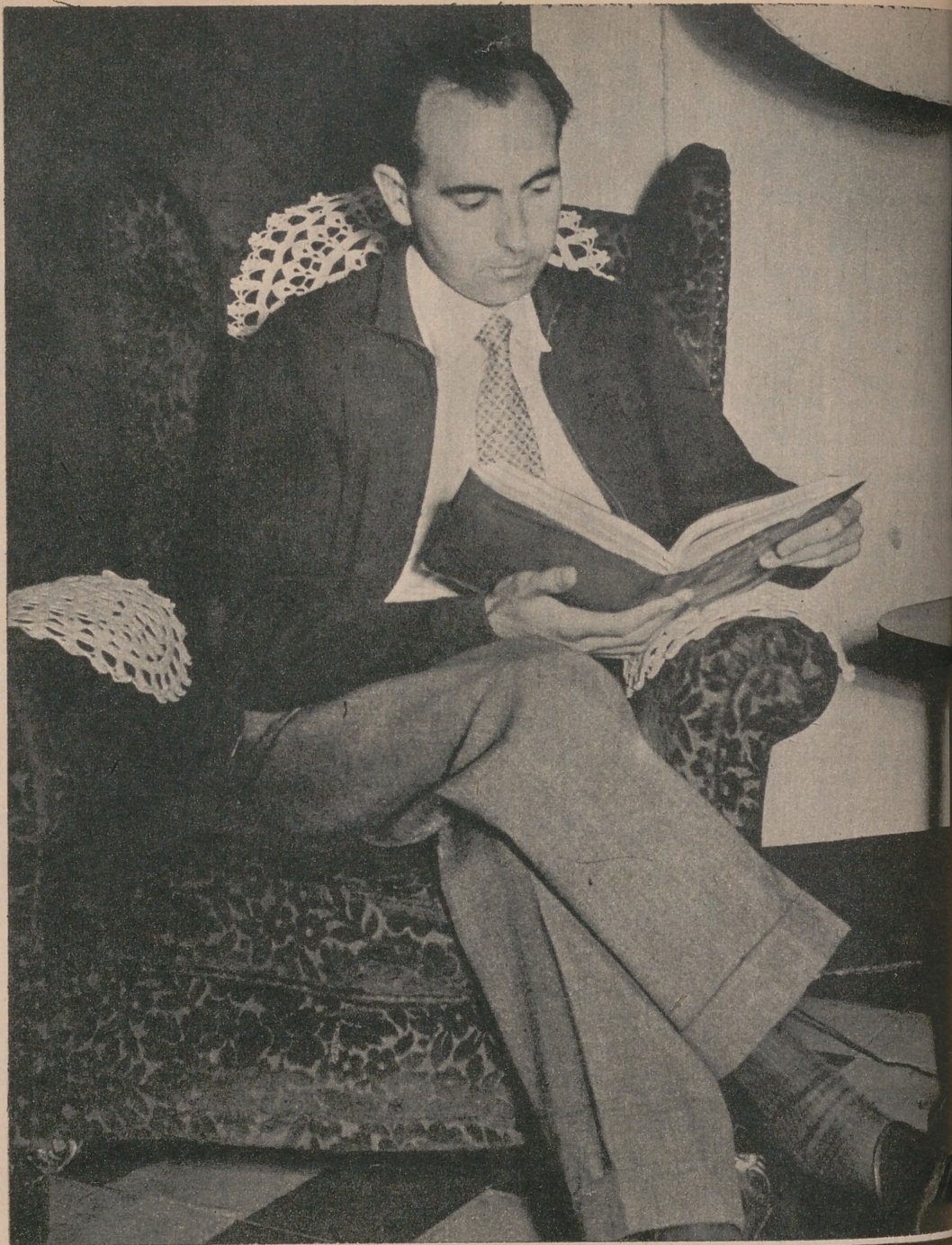
Ramón Perdiguer contestó seguro:

—Jaro Fuhr, Asta Nielsen y Werner Krauss.

José Luis Pécker leyó la respuesta exacta, según la ficha que tenía en la mano:

—Lo siento, señor. Pero fueron Waleska Gert, Asta Nielsen y Werner Krauss.

Ramón Perdiguer, en el mismo momento, dió la ficha completa de la película. Encabezando la lista de actores, después de los protagonistas, estaba Jaro Fuhr. Consultada la propia productora de «La calle sin alegría» se vió



Ramón Perdiguer repasa sus enciclopédicos conocimientos acerca de Greta Garbo

que Ramón Perdiguer tenía razón. Y Ramón Perdiguer pudo, por sus respuestas, llegar, el día 12 de junio, miércoles, a la plaza de toros de Madrid.

Junto con Miguel Lizón, Ramón Perdiguer ha sido preguntado y repreguntado por periodistas de Madrid, Barcelona, Zaragoza y Valencia. Cuando alguien dudó de que fuese posible que el zaragozano supiese la fecha exacta del estreno de «María Walewska» en Nueva York, Ramón Perdiguer ci-

tó sin detenerse las fechas y los teatros en que tal suceso se produjo en Madrid, Barcelona, Bilbao y Valencia. Todo ello, naturalmente a vía de ejemplo.

Si treinta años tiene Ramón Perdiguer, si lleva por lo menos quince formando un fichero biográfico de la actriz. Ya no son sólo libros, historias del cine, biografías o críticas de películas, sino recortes de periódicos nacionales o extranjeros, reportajes norte-

americanos, noticias recogidas en emisiones de radio o simplemente indicios y rumores los que el «Millón» protagonista del «Millón» ha recogido, estudiado lo que es más importante, sabido con perfección segura.

Ramón Perdiguer ha terminado de mostrar su especialización en los micrófonos de Radio Madrid frente a los obstáculos de «Calle Blanca». Ramón Perdiguer ha vuelto a Zaragoza y con gran

Lea usted

“LA ESTAFETA LITERARIA”

APARECE LOS SABADOS



Miguel Lizón, allá por la tierra alicantina, paseando acompañado de su novia

gria todos le han recibido. Si la arena de la plaza de toros guardase perennemente la huella de los famosos, el zapato, ya que no la zapatilla de este hombre de Zaragoza no se borraría nunca. Aunque en las pequeñas historias de la radio su presencia no se diluirá jamás en el tiempo.

UNA BRIGADA CONTRA EL DESEO DE VEINTE MILLONES DE OYENTES

No hay ya hogar en donde próximo o lejano receptor exista que no conozca, comente, se apasione o discuta por este Concurso del «Medio Millón» que «Gallina Blanca» ha lanzado, con éxito verdadero, desde principios de otoño pasado.

Todos los días, en la Delegación de la casa patrocinadora, se recibe gran número de tarjetas de toda España con diversos temas de

actuación. Sigue abundando el tema biográfico, porque siempre en él hay más defensa que en uno general. No es lo mismo estudiar la vida de Alfonso X el Sabio que contestar a todo lo que se pregunte sobre arte gótico, por ejemplo.

Tarjetas han llegado también de París, Londres, Berna, Marruecos y Portugal solicitando participación. Y si el sorteo les designa, de París, Londres, Berna, Marruecos y Portugal vendrán los que escribieron.

El Concurso ha tenido la virtud de fomentar extraordinariamente la venta en toda España de biografías de toda clase de personajes actuales, pasados o futuros y asimismo en la Delegación madrileña de «Gallina Blanca» se reciben cartas de gente que por su letra se ve no es precisamente de estudio, rogando se les facilite lista de personajes y biografías de los mismos que sean de calidad. A

todos se les contesta y se les solucionan sus deseos.

Ocurre también que cuando un concursante se encuentra en las fases finales, las biografías de sus personajes se agotan totalmente. Por ejemplo, es difícilísimo, por no decir imposible, encontrar un libro que trate de Joselito o de Greta Garbo. Concretamente, hace siete u ocho días, una señora se llevó ella sola los cuatro últimos ejemplares que de la biografía de Joselito escrita por Gustavo del Barco tenía la madrileña librería de la calle del Príncipe, cuya especialidad, precisamente, son los temas taurinos.

Junto a esta adhesión en lo intelectual está también el deseo, en lo material, de que el concursante acierte, de que el concursante gane el medio millón de pesetas. Miguel Lizón y Ramón Perdiguier han recibido durante

los días que mediaron entre sus actuaciones, cartas con consejos, recomendaciones de libros, recortes, informaciones, ánimos o estímulos que vienen a significar cómo el oyente sufre, se entristece o se alegra con las adversidades o los éxitos de los preguntados.

Sin embargo, en este concreto caso de Miguel Lizón y de Ramón Perdiguer, Joselito y Greta Garbo como transfondo, las ayudas, por vez primera, las ha recibido también la Casa patrocinadora. A ella han llegado cartas:

«Señor don Mariano Povedano. Muy señor mío: No todo ha de ser favorecer a los que ganan el dinero. Ahí le mando una pregunta para que la hagan al de Joselito, que a buen seguro no la sabrá. Es ésta:

«El 16 de mayo de 1920, en Talavera de la Reina, un toro hirió de muerte a José Gómez, «Gallito». En la puerta de la enfermería había una pareja de guardias; uno, guardia civil; otro, de Caballería. Cuál era el nombre de este último?»

O bien otra:

«Señor don Mariano Povedano. Muy señor mío: Aquí tiene usted una pregunta que no sabrá el señor Perdiguer:

«Durante el rodaje de «El Beso» en Hollywood, se le enredó a Greta Garbo un perrito entre las piernas, lo que motivó la caída de la actriz y la pérdida de varios días de rodaje. ¿Cuántos fueron éstos?»

En ambos casos se daba la respuesta exacta.

Mariano Povedano, hombre de letras, humorista, autor teatral, es el que busca y redacta las preguntas en el concurso. El, agradeciendo las sugerencias y los simpáticos deseos de ayuda de los comunicantes, no puede aceptar las preguntas.

—Podrían, por ejemplo, estar de acuerdo con el concursante o también no ser ciertas. Aparte, naturalmente, que son casi imposibles de contestar. Y nosotros, lo que no queremos tampoco es quedarnos con el dinero, sino darlo a quien verdaderamente lo merezca.

El concurso «Medio Millón» de «Gallina Blanca», como se ve, tiene sus partidarios.

MUCHOS POCOS EN VEZ DE POCOS MUCHOS

En Ibiza, 33, Madrid, está la Delegación de «Gallina Blanca». Don Sebastián Alvarez es el delegado. Un hombre al que se debe mucho y gran parte de la difusión del Concurso.

—Hasta el mismo día 12 de junio llevábamos repartidas más de un millón doscientas mil pesetas en premios. Ahora eche usted la cuenta...

Don Sebastián Alvarez rebate los posible escepticismos ante la cantidad desembolsada.

—Lo que pueda decirse de a mayores premios, menor calidad, no es cierto. La verdad es que a menores dividendos, mayores pre-

mios, ya que «Gallina Blanca» devuelve parte de sus ganancias al mismo consumidor. «Gallina Blanca» prefiere muchos pocos a pocos muchos.

Cierto es que el consumo de sus productos ha aumentado extraordinariamente.

—Nuestro sistema publicitario es el más barato porque es el más eficaz. Y el que el público acepta nuestros productos, nos lo confirma el hecho de que diariamente se sacrifican dos mil quinientos pollos con destino a los autoclaves de nuestras fábricas; que el Ministerio de Comercio consume públicamente los millones de pesetas que pagamos por nuestras importaciones de extracto de jugo de pollo; que antes nuestra finca «Jesús y María», en la isla de Graciá, en la desembocadura del Ebro, estaba dedicada exclusivamente al cultivo de productos horticolas para nuestros productos; que estos cultivos se quedaron pequeños y hubo que arrendar dos fincas más en la huerta de Murcia; que esto resultó insuficiente y contratamos toda la producción de hortalizas de comarca de Tudela, como puede comprobarse; que estamos construyendo una gran fábrica de nueva planta en San Juan de Espi, donde entra incluso el tren...

He aquí, pues, las múltiples factetas de este Concurso. Hombres, saber, radioyentes, iniciativa comercial.

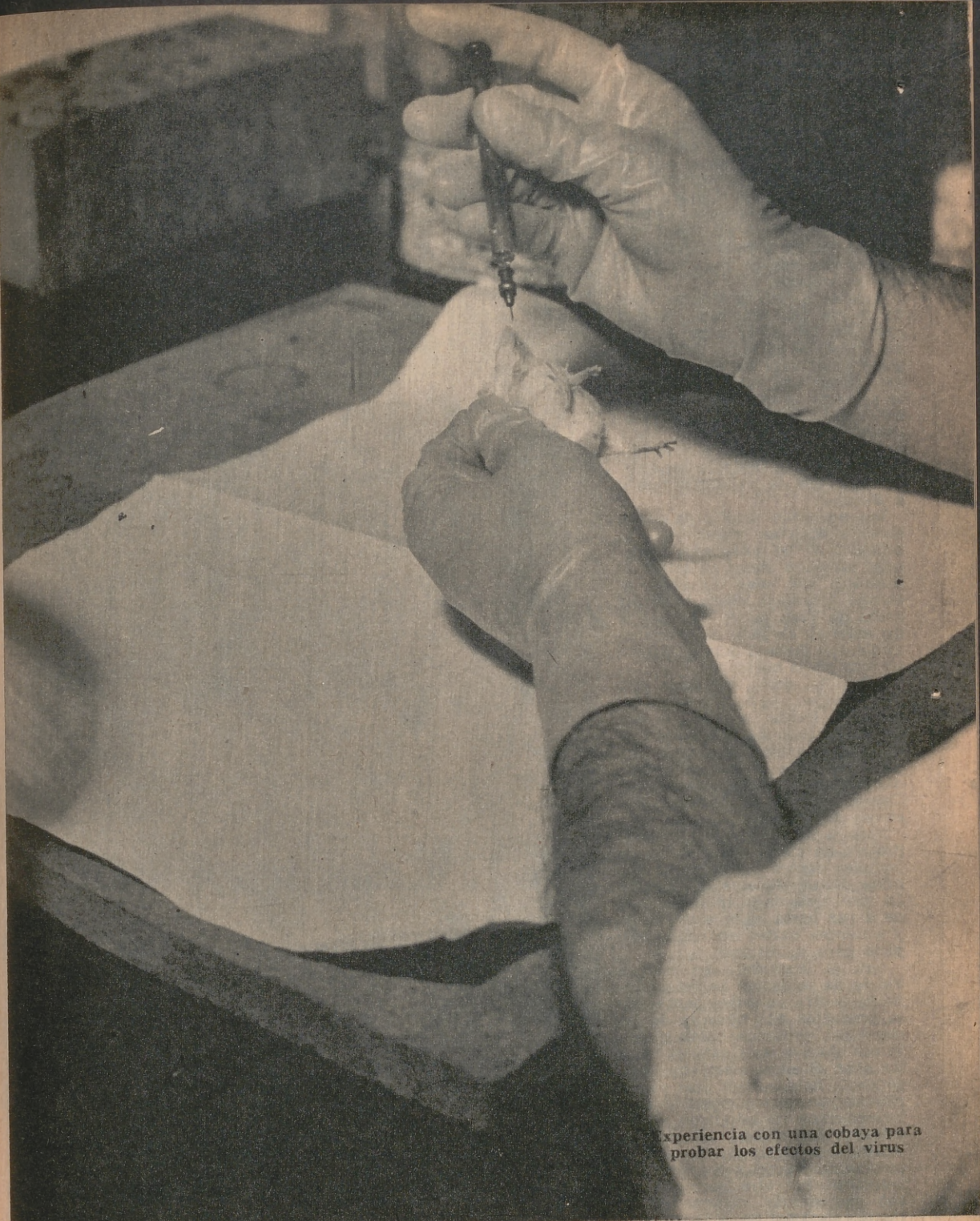
José DE LA ROSA



Aquí está Miguel Lizón consultando a su padre, que sabe de Joselito mucho más que él

de su
Blas
poco
de su
crac
itar
mi
cep
con
men
mien
toch
de e
onst
e pe
estr
e ju
estr
a is
adun
xclu
ucto
odio
ueda
rren
uerta
insu
a la
e co
ueda
com
a de
e Es
ren...
s fa
bres
co

SA



Experiencia con una cobaya para probar los efectos del virus

LA GRIPE

UNA MANCHA DE ACEITE QUE SE EXTIENDE POR ASIA

EL VERANO, MURO DEFENSIVO CONTRA LA EPIDEMIA

LA epidemia de gripe del año 1918-19 ocasionó la muerte de 300.000 españoles. Con otras cifras, de cada mil enfermos murieron entonces unos 45. La gripe que ahora se extiende por el Extremo Oriente no alcanza una mortalidad superior al uno por mil. Puede afirmarse, pues, que la actual enfermedad ofrece caracteres benignos, sobre todo si se se compara sus efectos con los de pasadas epidemias.

Según los informes de la Organización Mundial de la Salud, que tiene su sede en Ginebra, el origen del mal hay que situarlo en Hong-Kong allá por mediados de abril último. De esa zona se ha extendido considerablemente al Asia oriental. La India se cuenta entre los países más directa-

mente afectados; en Madrás y Bombay aumenta cada día el número de casos. Manila se ve atacada gravemente y el 60 por 100 de su población se ha contaminado. Brotes de importancia son los que se vienen produciendo en Formosa, Camboya, Malaya, Indonesia, Sarawak y Norte de Borneo. Se calcula que en Japón hay más de 350.000 personas enfermas y 1.113 escuelas de Tokio son focos de contagio.

Rara es la casa de Calcuta donde no se ha registrado ningún caso. En Filipinas, cerca de medio millón de personas padecen la gripe y hay más de 649 defunciones. Como una mancha de aceite se corre la dolencia, sin detenerse ante ninguna barrera geográfica. Según los estudios realizados, se aprecia que la epidemia avanza hacia el Oeste, lo que quiere decir que se va aproximando a Europa.

Los modernos medios de comunicación aceleran grandemente la difusión. Si las anteriores epidemias tardaron meses en salvar la distancia del mar Amarillo al océano Atlántico, ahora cualquier avión de línea puede transportar un enfermo cargado de gérmenes virulentos desde Tokio a Madrid en muy pocas horas.

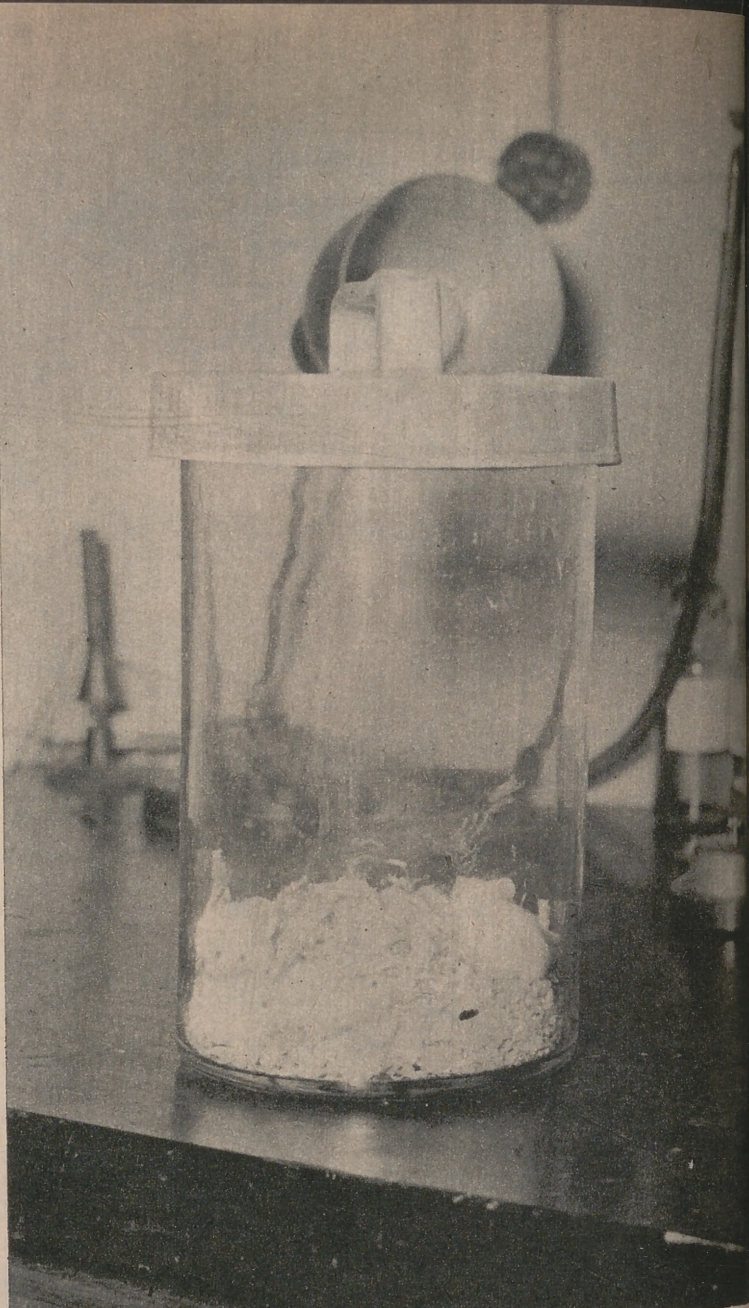
—España, como cualquier otro país europeo, no está a salvo del contagio. Puede contribuir a evitar la difusión de esta pandemia la estación estival, muy poco propicia para que el mal se extienda—declara el doctor Clavero del Campo, director del Instituto Nacional de Sanidad.

Pero el hecho de que el verano proteja en cierto modo a los españoles contra la gripe no elimina definitivamente los riesgos. La virulencia de la epidemia puede durar hasta el próximo otoño y entonces hallar un clima propicio para su difusión.

—Si se presentara en nuestra Patria, la población no estará inmune contra la gripe, porque no es producida por ninguna de las cepas del virus que habitualmente nos ataca a los españoles todos los años. Obedece a un virus desconocido hasta ahora, que ya ha sido aislado, pero que está todavía imperfectamente estudiado. Como medidas preventivas, se ha establecido una vigilancia discreta en aeropuertos, puertos marítimos y fronteras. Por otra parte, se están preparando vacunas en el Centro Nacional de la Gripe, adscrito a nuestra Escuela Nacional de Sanidad—ha declarado el doctor Palanca, director general de Sanidad.

LA VACUNA: UN MEDIO RELATIVO CONTRA LA GRIPE

Contar con dosis de vacuna para una inmunización en masa de la totalidad de los españoles o de los habitantes de cualquier otro país es un supuesto que escapa a toda posibilidad. Para preparar esas vacunas individuales se precisan muchos cientos de miles de embriones de pollo y sabido es el número de huevos que son necesarios hacerse con los que contengan embriones vivos. Los almacenes de todo el mundo dedicados a ese fin suministrarían muy re-



Con estos ratones, muy sensibles a la afección gripal, se han realizado pruebas de las vacunas

ducidas reservas para inmunizar a las poblaciones afectadas. Puede afirmarse que la vacuna anti gripal es sólo un medio relativo en la lucha contra la epidemia.

Para impedir la extensión de la enfermedad es necesario recurrir a los sistemas de profilaxis tradicionales. En primer lugar, se impone un diagnóstico precoz, lo que permite emplear cuanto antes medidas preventivas y curativas, evitándose así las complicaciones, y cuya eficacia es tanto mayor cuanto más pronto se apliquen. No hay que olvidar sobre los riesgos de la gripe que nadie se muere de esta enfermedad sin alguna complicación sobreañadida. Y ahora, con los antibióticos y los modernos medicamentos, es posible combatir con excelentes resultados en la mayoría de los casos esas complicaciones o infecciones que acompañan a la gripe. Entre éstas se encuentran con más frecuencia la laringitis seca, la amigdalitis, la encefalitis, la neumonías y bronconeumonías.

También, los trastornos neuropáticos, hemorragias, otitis, abscesos pulmonares, nefritis...

Es necesario el aislamiento de los enfermos o sospechosos, si bien las dificultades son muy grandes por el gran poder difusivo de la enfermedad. Hay que evitar los peligros de las aglomeraciones y del hacinamiento.

Se impone también la desinfección de cuanto se crea contaminado, ropas y objetos de uso personal, sin olvidar tampoco las habitaciones que ocupan los enfermos. Tanto éstos como los sospechosos, cuando tosan deben volver la cabeza hacia el lado opuesto del que ocupen las personas, colocándose al menos un pañuelo ante la boca.

El doctor A. Domínguez relata así las medidas de profilaxis que puso en práctica durante la epidemia de 1918 en Ciudadela (Machón):

«En el sector de la población que me correspondió, el éxito fue completo, con una sola defunción.



En esta cámara se conservan las primeras dosis de vacunas, que están aun en experimentación

Este resultado fué debido a la rigurosidad con que apliqué las medidas generales de profilaxis, limitando a una sola persona la asistencia del enfermo y prohibiendo el contacto con otros individuos, incluso familiares. Impuse también escupideras con lechada de cal.»

Para destruir los virus y demás gérmenes que existan en locales cerrados ha venido dando muy buenos resultados irradiar en ellos luz ultravioleta y pulverizarlos con determinados productos químicos tal que el propilenglicol, cuyos efectos son considerados por muchos médicos como más beneficiosos incluso que las vacunas preventivas.

La aplicación de esas medidas contribuyen a impedir la propagación de la epidemia. El alcohol, como profiláctico, que tanto se usa, no está justificado, aunque puede citarse como hecho curioso lo ocurrido en 1918 con tres alcohólicos que estando expuestos

al contagio, no padecieron la enfermedad.

LOS NIÑOS SON LOS MAS AFECTADOS

Según los investigadores, el virus de la actual epidemia del Extremo Oriente es del llamado tipo «A», pero de una raza diferente de las ya conocidas y encasilladas dentro de ese grupo. Los virus tipo «A» son normalmente los más frecuentes en las epidemias grandes.

El ataque de ese virus es más grave cuanto mayor sea la edad del paciente. Más grave aún que en los ancianos es en los niños que no han cumplido el año de edad. La gripe es una enfermedad que ataca especialmente hacia la mitad de la vida e invade por igual a ambos sexos.

Sin embargo, la influencia de la edad es variable según las epidemias. En la de 1892 atacó preferentemente a los viejos y en la de 1918, los jóvenes fueron las

principales víctimas. Los niños parecen ser los más afectados por la actual. Cada epidemia fija sus objetivos favoritos, según el tipo de virus que la ocasiona.

Como norma general, el hacinamiento y las aglomeraciones humanas favorecen el contagio. La gripe no se propaga por el aire a grandes distancias, sino que es necesario para ello que los gérmenes se transmitan por los mismos enfermos, aunque éstos se hallen en período de incubación.

Al pasar las personas de unas regiones a otras, de unos países a otros distintos, sirven de vehículo de contaminación. Si éstas sólo tuvieran lugar en casos de enfermedad declarada, las medidas profilácticas serían más fácil de implantarse. Lo que agrava el problema es la posibilidad de individuos que, ignorando haber contraído la enfermedad, se ponen en relación con la población sana y transmiten así los gérmenes.

Para tranquilidad de los europeos, y sobre todo los que habitan en zonas calurosas, el calor es mal vehículo para la expansión de la epidemia. Es el frío precisamente el que prepara el terreno y abre la entrada a la infección.

El virus de la gripe penetra por el aparato respiratorio donde se localiza. Después de veinticuatro a cuarenta y ocho horas de incubación suele empezar la enfermedad. A veces son suficientes unas pocas horas para que aquélla se manifieste.

Los primeros síntomas que experimentan los pacientes son un intenso lagrimeo, gran postración y secreción nasal, sin que existan los estornudos del simple catarro. Se produce también dolor de espalda, de ojos, de articulaciones y músculos, con escalofríos y fiebre que viene a durar de tres a cinco días.

La convalecencia es larga y contrasta la escasa duración de la enfermedad con la falta de fuerzas que se experimenta después. Las epidemias de gripe aparecen con periodicidad irregular, cada veinticinco a treinta años. A veces median hasta cuarenta años de una a otra. La anterior a ésta que actualmente alcanza su mayor virulencia en Asia, fué la de 1950-51 que se extendió por Europa y América, sin la gravedad ni la extensión de otras epidemias anteriores.

LA GRIPE DE 1918 CAUSO VEINTE MILLONES DE VICTIMAS

Entre todas las epidemias, una de las de más triste recuerdo fué la de 1918-19, que se llamó sin causa que lo justificara «gripe o fiebre española». El foco de esta infección fué Asia, como casi siempre viene ocurriendo, propagándose de Este a Oeste hasta llegar a los Urales. No se detuvo la enfermedad en esta zona, sino que invadió pronto las llanuras de Europa.

La mortalidad fué elevadísima. Apareció primeramente en los meses de marzo y abril en los ejércitos combatientes y después la epidemia vino a España. Causó en Europa más víctimas que la primera guerra mundial.



El líquido contenido en los tubos de ensayo servirá de base para las vacunas contra la gripe

Enfermaron entonces doscientos millones de personas y fallecieron unos veinte millones. Después de aquella primavera se recrudece la epidemia de septiembre a noviembre y vuelve a tomar incremento, aunque ya con efectos más leves, de marzo a mayo de 1919. En Francia murió medio millón de personas y en España, 300.000 individuos. El número de japoneses víctimas de la enfermedad ascendió a 250.000, y sólo en la India británica dejaron de existir seis millones de habitantes.

Esta plaga de la Humanidad que es la gripe existe desde los tiempos antiguos, pues cuatro siglos antes de nuestra Era hay datos ya sobre esta enfermedad. En España, en tiempos de los Reyes Católicos, en 1480, se produjo una gran epidemia que atacó a casi todo el territorio nacional.

Poco después se desarrolla una epidemia, que invade Italia, y en 1580 Madrid fué centro de otra que dejó muy disminuido el número de sus habitantes.

De China se extiende durante el siglo pasado, año 1830, una invasión gripal que pasa a través de Rusia y no se extingue en Europa hasta transcurridos siete años. También con iniciación en China se transmite una intensa epidemia en 1889, que alcanza a San Petersburgo en noviembre de ese mismo año. Un mes más tarde se presentaba en Madrid.

Por las condiciones de vida en muchas regiones de Asia viene siendo esta parte del globo la zona más propicia para la incubación de las epidemias gripales. El estado sanitario de muchos pueblos que estuvieron bajo el mandato inglés hasta días recientes es más que alarmante. Los alojamientos que existen ahora en

Bombay sólo son capaces de albergar a la población de esta provincia a base de hacinar a treinta individuos por estancia de cuatro metros cuadrados.

Las fuerzas vitales para resistir la epidemia se hallan tan disminuidas como se desprende del hecho que de cada tres habitantes dos no alcanzan el nivel alimenticio indispensable para subsistir saludablemente. La malaria es padecida por la quinta parte de la población.

LLAMADAS DE SOCORRO DESDE ORIENTE

En Indonesia, otro de los puntos afectados ahora por la epidemia, trabajan varios médicos enviados por la Organización Mundial de la Salud. Pierre Gascau escribe que en una región poblada por medio millón de habitantes hay un solo doctor. Habla también de hospitales con 200 camas que carecen de electricidad. Para mejor apreciar esa ausencia de asistencia facultativa y de medios sanitarios en aquellas zonas orientales, basta decir que tanto en España como en Francia y Canadá hay un médico cada mil habitantes.

Para hacer frente a la grave situación planteada en muchas regiones asiáticas por la epidemia, la Asociación Médica Mundial ha iniciado sus preparativos para el envío urgente de medicamentos por avión.

Mientras los auxilios llegan, las autoridades sanitarias de las regiones afectadas han aplicado las medidas preventivas que están a su alcance. En Nueva Delhi se ha dispuesto el cierre de escuelas, salas de espectáculos y piscinas. En Tokio se prohibieron las reuniones y excursiones de estudiantes, y las escuelas están ce-

rradas. Las autoridades de Filipinas tienen previsto, si no decrece la epidemia, que el curso escolar no se inicie este mes, como estaba dispuesto. La Asociación Médica de este país ha solicitado de los organismos médicos internacionales una ayuda inmediata en vacunas y compuestos de aspirina para hacer frente a la propágación de la enfermedad por las zonas rurales.

Sobre esas demandas de vacunas, el diario «Times», de Londres escribía hace unas fechas: «En vista de la diferente naturaleza del microorganismo productor de la enfermedad no hay vacuna preparada para combatirla, ni sería posible producirla en cantidad suficiente en el tiempo exigido para su empleo». Y terminaba la información haciendo este vaticinio: «La epidemia podría cruzar el Canal dentro de los próximos días o semanas».

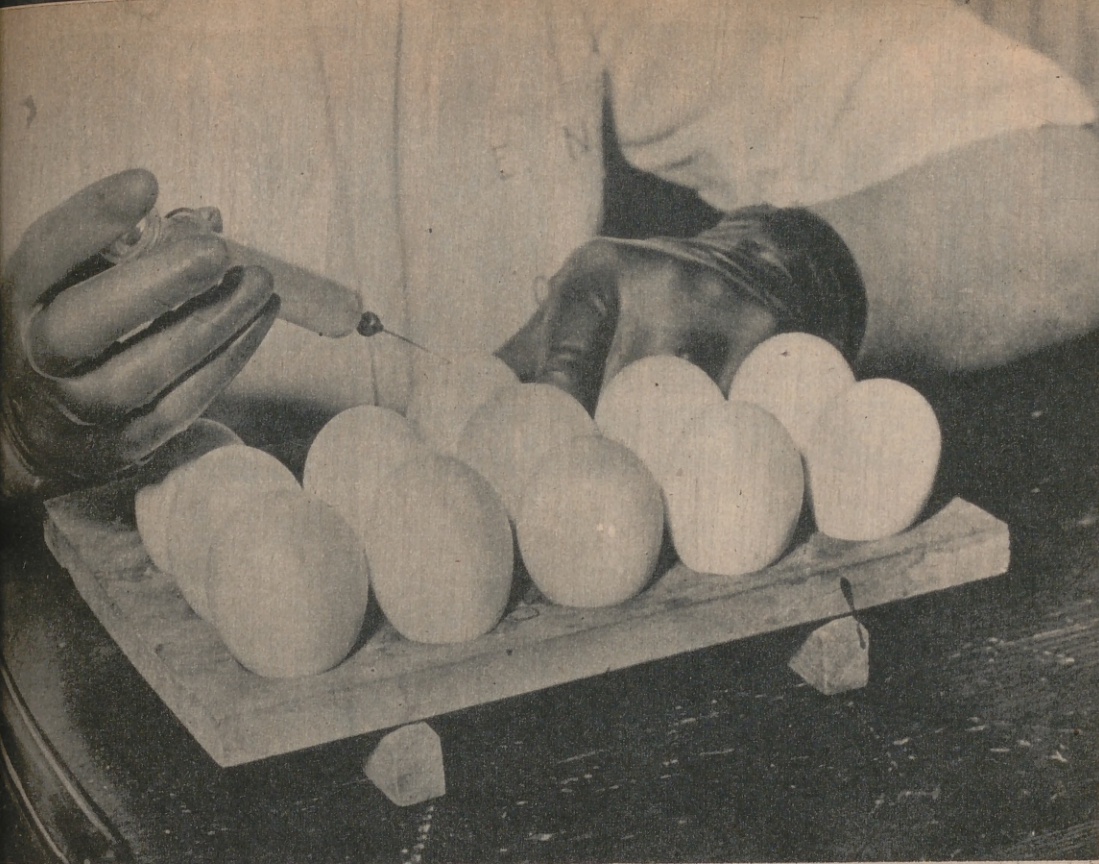
VIRUS DE LA GRIPE EN LA ESCUELA NACIONAL DE SANIDAD

Las autoridades sanitarias españolas han adoptado las medidas del caso con la diligencia debida para hacer frente a la eventualidad de que la epidemia salpique hasta Europa y, por lo tanto, alcance a la Península.

De Ginebra, por vía aérea, se han recibido varias ampollas con el nuevo virus, que se hallan actualmente en la Escuela Nacional de Sanidad, en la Ciudad Universitaria de Madrid, a fin de preparar con él vacunas antigripales.

Las ampollas recibidas contienen virus en polvo, conservado por congelación. Estos recipientes se guardan en heleras, siempre a temperaturas bajo cero.

Para operar con ese virus se le



Una especialista procede a la inoculación del virus en un huevo con embrión

agrega una solución salina y se inocula a los huevos, empleando aquellos cuyo embrión tenga el desarrollo de diez a doce días de incubación. Examinados en el ovoscopio, se señala en la cáscara la zona donde se encuentra el embrión. Para cada experiencia se han de emplear, como mínimo, de seis a diez huevos.

Esos huevos se colocan en una gradilla, especie de bandeja con agujeros, para depositarlos, y se ponen de forma que la cámara de aire del huevo quede hacia arriba. Con una aguja montada en una pinza se perfora el centro de esa cámara en todos ellos, una vez desinfectada la cáscara. A continuación, con una jeringa de insulina, estéril, en la que se ha tomado el virus de la ampolla, se introduce una aguja con la punta no aguzada, de las que se emplean para inyecciones intramusculares, ligeramente inclinada en la dirección en que se marcó se encontraba el embrión.

A cada huevo se inocula 0,1 centímetro cúbico de disolución con virus. Después se cierra el orificio con parafina y se dejan los huevos en la misma posición dentro de una estufa a 36 grados centígrados durante cuarenta y ocho horas.

Es después de ese tiempo cuando se va a operar con el líquido que envuelve el embrión inoculado. La extracción de esas substancias se lleva a cabo a raíz de haber tenido el huevo unas seis horas en una helea para evitar hemorragias del embrión durante la operación.

CARA AL VERANO, NO HAY MOTIVOS DE ALARMA

Hay que desinfectar con yodo y alcohol la cáscara de todo el polo superior del huevo y se eli-

mina ésta con unas pinzas. Puede verse ahora si el embrión se encontraba vivo al ser sacado de la estufa, lo que es fácil observar porque los líquidos que lo envuelven están transparentes y no de un color amarillento rosáceo, como sucede si el embrión estaba muerto. En este último caso, hay que desechar el huevo.

Con una pipeta se obtiene por succión de 5 a 10 centímetros cúbicos de esos líquidos, perfectamente transparentes, operación que exige destreza para evitar hemorragias en el embrión, ya que entonces la sangre mezclada con los líquidos determina una marcada disminución del virus presente en éstos. Según este sistema, luego hay que proceder a la centrifugación, con lo que el producto final contiene un 90 por 100 del virus total que se hallaba en aquellos líquidos.

Esa vacuna debe administrarse quince días antes de la posible aparición de la enfermedad o peligro de contagio. Según unas pruebas realizadas en el Ejército norteamericano, con seis mil hombres, entre los vacunados hubo un 2,2 por 100 de enfermos y un 7,1 por 100 entre los no vacunados. Para aumentar la eficacia de la vacuna antigripal se suele añadir a ésta parafina líquida, bacilos de Koch muertos, etcétera, con lo que se logra una mayor duración de la inmunidad.

Más de un invierno no duran los efectos de la vacuna, lo que unido a la dificultad para descubrir el tipo o variedad del virus de la epidemia y lo rápido de su difusión, precisamente dentro de las semanas precisas para que la vacuna muestre su actividad, son razones que limitan mucho su uso. No obstante, resulta útil para proteger a los ancianos al personal de los servicios sanitarios,

a los miembros de las fuerzas armadas y de las corporaciones o centros industriales concurridos.

La inmunidad se consigue inyectando un centímetro cúbico y menos, según la edad, para los niños. La vacunación es dolorosa y a veces produce fiebre.

En los laboratorios del Instituto Nacional de Sanidad, donde se trabaja con los virus gripales, el aire está esterilizado por los rayos ultravioletas. Las máximas garantías se observan en todas las manipulaciones, pues no puede olvidarse que esos virus se difunden fácilmente por el aire y que resisten hasta quince días sobre paños, instrumentos y otros objetos, y aun en el polvo que pueda haber depositado en cualquier pequeño rincón de la estancia.

No son nuevos estos trabajos, pues fué en España donde por primera vez se elaboró y aplicó por el doctor Salvat una vacuna mixta no antigripal propiamente dicha, sino de las complicaciones de esta enfermedad, constituida con las distintas bacterias aisladas de casos de gripe durante la epidemia de 1918. En las gripes prolongadas dieron muy buen resultado las vacunas mixtas, y actualmente los antibióticos y sulfamidas las han descartado por poseer éstos productos un efecto más rápido y seguro.

Por fortuna, la epidemia de gripe que se extiende por Asia no causa mucha mortalidad. Si los efectos no pueden localizarse en aquellas regiones, nuestras autoridades sanitarias no serán sorprendidas. Todos los medios que la ciencia ha puesto al servicio de la salud pública para combatir la epidemia serían rectamente aplicados. Cara al verano, no hay motivos fundados de alarma.

Carlos GUADIANA
(Fotografías Henecé.)

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas. - Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 140

En la Escuela Nacional de Sanidad trabaja para preparar cinco millones de vacunas contra la gripe



LA GRIPE

UNA MANCHA DE ACEITE
QUE SE EXTIENDE POR ASIA

EL VERANO, MURO DEFENSIVO CONTRA LA EPIDEMIA